

Evolución, revolución
y el ideal anárquico

Eliseo Reclus

Scritti Sociali

Impressioni e Ricordi di LUIGI GALLEANI

Con due manoscritti, un disegno e tre ritratti fuori testo

Primo Volume



I Libri di ANARCHIA
Buenos Aires
1930



Élisée Reclus

EVOLUCIÓN, REVOLUCIÓN
Y EL IDEAL ANÁRQUICO

Edición conmemorativa de su publicación en 1930
por I Libri di ANARCHIA, al cuidado de Severino
Di Giovanni

Prólogo de Horacio Ricardo Silva

Reclus, Elisée

Evolución, revolución y el ideal anárquico / Elisée Reclus. - 1a ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros de Anarres, 2020.
168 p. ; 20 x 12 cm. - (Utopía libertaria)

Traducción: A. López Rodrigo

ISBN 978-987-1523-36-8

1. Anarquismo. 2. Revoluciones. 3. Filosofía de la Historia. I.
López Rodrigo, A., trad. II. Título.

CDD 320.57

Corrección: Hernán Villasenín

Diseño: Diego Pujalte

Recuperación de imágenes de tapa e interior: Alberto Amoroso

© Libros de Anarres
Av. Rivadavia 3972 C.P. 1204AAR
Buenos Aires / R. Argentina
Teléfono: 4981-0288
edicionesanarres@gmail.com
www.librosdeanarres.com.ar

La edición de este libro no habría sido posible sin la colaboración de

© Tupac Ediciones
Juan Ramírez de Velasco 958. C1414AQT
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
R. Argentina
Teléfono: 11-4856-9764
bpjingenieros@gmail.com

© Terramar Ediciones
Calle 18 N° 5444. B1884BQD
Berazategui. Buenos Aires
R. Argentina
Teléfono: 11-4216-4821
www.terramarediciones.com.ar

ISBN: 978-987-1523-36-8

La reproducción de este libro, a través de medios ópticos,
electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, está
permitida y es alentada por los editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

En la presente edición de Evolución, Revolución y el ideal anárquico se han utilizado las ilustraciones y viñetas de la edición de I libri di Anarchia –publicada en italiano en el Buenos Aires de 1930– al cuidado de Severino Di Giovanni. También se ha conservado, traducido al español, el texto de Luigi Galleani, Impresioni e Ricordi, que fuera publicado como obituario en Cronaca Sovversiva, del 15 al 29 de julio de 1905 y reproducido, a modo de introducción, en dicha edición. Agradecemos aquí la valiosas colaboraciones de Ángela Di Tulio, Frank Mintz, Aldo Brandani, Alberto Amoroso y Marina Legaz Bursuk, sin cuyos diversos aportes no hubiera sido posible llevar este proyecto a buen término.

NEL PRIMO CENTENARIO DELLA NASCITA
DI ELISEO RECLUS (1830 - 1930)

LA PRIMA EDIZIONE DI QUEST'OPERA È STATA
STAMPATA IN 2000 COPIE SU CARTA VERGÈ NON
NUMERATE. L'EDIZIONE ORIGINALE FUORI COM-
MERCIO È COSTITUITA DA 100 COPIE IN CARTA
SPECIALE NUMERATE DA 1 A 100.



UNA HISTORIA DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE

A Jorge Etchenique (1947-2013) quien, con este material, pensaba escribir uno de sus bellos cuentos.

Los orígenes del libro que tiene el lector en sus manos se remontan al año 1930; eran los tiempos en que se estrenaba *Yira... yira...*, de Enrique Santos Discépolo; una “canción de soledad y desesperanza”, que su autor describiría ante Carlos Gardel como la historia de *un hombre que ha vivido la bella esperanza de la fraternidad durante cuarenta años y de pronto, un día, a los cuarenta años, se desayuna con que los hombres son unas fieras.*

Eran tiempos difíciles, en efecto. El crack de Wall Street de 1929 había dado inicio a la era de la “Gran Depresión”, cuyos devastadores efectos se hicieron sentir hasta en el más remoto rincón del planeta. En Europa, mientras Mussolini acariciaba el sueño de reeditar el poder del antiguo imperio romano, el hitlerismo se convertía en la segunda fuerza electoral del parlamento alemán, preanunciando los horrores del nazismo.

Aquel año, en la madrugada del 12 de julio, un tranvía de la línea 105, repleto de obreros, se hundía en el Riachuelo. El poeta Raúl González Tuñón hizo la cobertura de ese triste suceso para el diario *Crítica*:

Uno de los cadáveres extraídos era el de un chiquilín como de 14 años de edad. Obrerito joven, la muerte lo sorprendió tiritando de frío en un rincón del tranvía. Nadie lo reconoció en el momento de ser sacado de las aguas. ¡Quién sabe si ese chiquilín no tiene más familia que una abuelita vieja, a la que debe mantener con sus pobres jornales! Cuando levantaron ese cuerpecito liviano, llamó la atención lo abultado de uno de los bolsillos de su saco. Ese bulto resultó ser un sándwich. Un pan francés abierto en dos, llevando adentro una milanesa, seguramente sobra de la comida del día anterior. Ese sándwich era el único almuerzo de la infeliz criatura. Cuando se lo sacaron del bolsillo, ese sándwich, último sándwich de quién sabe cuántas jornadas de hambre, tuvo el prestigio de arrancar más de una lágrima.

A su vez, para esa época terminaban los tiempos entrañables del potrero y el fútbol amateur; y el arquero Américo Tesorieri –gloria de Boca Juniors– se retiraba para siempre de aquel deporte, ya convertido en un lucrativo negocio, que nada tenía que ver con su amor por la camiseta.

Pero no todo era triste o trágico. Después de 20 años de martirio en el helado presidio de Ushuaia –la “Siberia argentina”– recuperaba su libertad Simón Radowitzky, el joven que había ajusticiado al jefe de policía Ramón Falcón en 1909, dando satisfacción a un auténtico anhelo popular. Finalizaba así, con el indulto presidencial de Hipólito Yrigoyen, la intensa campaña emprendida por los anarquistas dos décadas atrás.

El anarquismo era por entonces la fuerza predominante en el movimiento obrero de la región argentina. Sus principales referentes eran, por un lado, la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) y el diario *La Protesta*; les seguían, en orden de importancia, los grupos afines al periódico *La Antorcha* y, por último, la franja minoritaria de los anarquistas expropiadores, cuyo vocero fue *Anarchia*.

La historia de este libro de Eliseo Reclus está íntimamente ligada a la historia de Severino Di Giovanni, acaso el más célebre de los anarquistas expropiadores, de su joven compañera América Josefina Scarfó (“Fina”), de sus hermanos Paulino Orlando, Alejandro Romano y José Scarfó, y de una quinta ubicada en la localidad de Burzaco, en el conurbano bonaerense.

Pero, en rigor de verdad, esta es una historia de amor. Del profundo amor que se profesaban Fina y Severino, un amor que sobrepasó las fronteras de la muerte, y del amor de los hermanos Scarfó por la Libertad. Acaso por aquello de que “en el amor, grande e infinito, está basada la anarquía misma”.

Edición de la obra de un pacifista a tiro limpio

El 15 de marzo de 1930 se cumplía el centenario del nacimiento de Jean Jacques Élisée Reclus, el conocido geógrafo y pensador anarquista francés, ferviente partidario del pacifismo y de la no violencia; y a la sazón, uno de los autores favoritos de Di Giovanni.

En efecto, el ácrata de las bombas y las pistolas, el más decidido partidario de la lucha armada contra la burguesía y el fascismo, era a su vez un admirador del pacifista francés. ¿Cómo se explicaría tal aparente contradicción? Acaso la respuesta se halle en esta nueva edición de *Evolución, Revolución y el ideal anárquico*, que el lector tiene en sus manos.

Para homenajearlo, Di Giovanni dio rienda suelta a todo su amor por las artes gráficas, concibiendo el plan de publicar sus obras completas en italiano, en una edición de lujo revisada y comentada, con tapas encuadernadas y papel de calidad; además de otra versión más económica y popular, para que todos pudieran acceder a aquellos textos que él consideraba auténticos tesoros intelectuales. Ambas con ilustraciones elegidas; las mismas que aparecen en la presente edición de Libros de Anarres, que reproduce –en castellano– el *primo volume* de aquella colección.

Di Giovanni se había propuesto una tarea monumental: la búsqueda de los textos de Reclus, dispersos en bibliotecas y archivos europeos y americanos; su traducción fiel al italiano; la composición, armado e impresión de las obras y, finalmente, su distribución y venta. Todo eso, en la más rigurosa clandestinidad, sin los recursos humanos ni económicos necesarios; sólo un hombre de su férrea voluntad podía acometer semejante empresa.

Al respecto, escribía en carta a Hugo Treni: “No sé cómo podré encontrar compañeros capaces para reunirse en grupo y ponerse delante de una iniciativa como la trazada por mí. Por lo menos en Buenos Aires. Aquí reina la apatía (...) ¿Cómo hacer una librería? ¿Y más, hacerla autónoma del periódico? ¡Imposible! Por eso no veo otra salida que poner toda la iniciativa en una comunidad responsable y pensar en editar libros y fraccionarlos en varios depósitos (...) así la reacción no podría destruir más que una pequeñísima parte. Esto hasta ahora es todo lo que he podido idear para la difusión del libro antes de que el mismo vea la luz”.

Con la ayuda de su amigo y compañero Aldo Aguzzi comenzó a intercambiar correspondencia con traductores e intelectuales de Francia, Estados Unidos y Uruguay; en este último país, quienes más lo ayudaron fueron Hugo Treni y Luigi Fabbri, dos intelectuales anarquistas exiliados en Montevideo.

Y para la obtención de los fondos necesarios mediante la expropiación, contaba con los compañeros de su grupo: Paulino Scarfó, Paco González, Mario Cortucci, Braulio Rojas, Juan Márquez, Antonio Pieretti y Silvio Astolfi, entre otros.

Para marzo de 1930, Di Giovanni estaba viviendo en el barrio Villa La Perla, en Témperley. Desde allí empezó a preparar los bocetos de su nuevo periódico, *Anarchia*, editado quincenalmente junto al fiel Aldo Aguzzi, e impreso en el taller gráfico de *La Antorcha*.

A pesar de estas febriles actividades, el perseguido encontraba tiempo aún para encontrarse en secreto con su amada Fina, la adolescente con quien había iniciado una relación amorosa desde 1928.

Por entonces, Severino hacía cosas insólitas con tal de verla siquiera un rato: en una carta de aquellos días, la citaba así: “te esperaré el lunes desde las 7 de la mañana en la estación San Isidro, en el lugar que ya sabes”.

A los enamorados les urgía vivir su amor con plenitud; pero ella, sometida a la severa tutela de sus padres, debía primero terminar los estudios secundarios (tenía ya 17 años y cursaba el quinto año del Liceo). Sin embargo, un pequeño incidente familiar aceleró los tiempos.

Fina, con el pretexto de estudiar, se quedaba despierta por las noches para leer y contestar las numerosas cartas que Severino firmaba siempre con un cariñoso: *Tu biondo cativello* (“tu rubio malito”). Para no romperlas, las escondía en una carpeta con doble forro. Pero un día, al volver del colegio, su hermano mayor Antonio le descerrajó un: “¿así que tenés novio?”. Ella respondió, sorprendida: “No, ¿por qué me lo preguntás?” “Porque escribe muy lindas cartas”, dijo él.

En su ausencia, le había revisado sus cosas y había encontrado las cartas. Sin embargo, no se había dado cuenta que eran de Severino.

La madre, de inmediato, la sometió a un interrogatorio: “¿Quién es tu novio?”; “¿quién es él?” A lo que ella respondió: “Un muchacho que ustedes no conocen”.

Severino, al enterarse, pergeñó un audaz plan, en el cual no faltaba cierta divertida burla hacia la institución matrimonial:

¿qué tal si Fina se casaba con permiso paterno? Así se emanciparía de la tutela de sus progenitores y podrían al fin vivir juntos su apasionado amor.

La familia ya sabía que había un novio y que era rubio: ¿quién podría ser el falso “pretendiente” que la llevara primero al altar, para luego depositarla en brazos de Severino? Todas las miradas recayeron sobre Silvio Astolfi, un italianito simpático y desfachatado, rubio como el trigo y avezado expropiador: su especialidad era conducir automóviles a alta velocidad por las calles de Buenos Aires, en la retirada de los asaltos.

Astolfi empalideció ante la propuesta; nunca le habían encomendado una misión de esa naturaleza... pero aceptó; haría cualquier cosa por la felicidad de su amigo y compañero de aventuras.

Así, Fina le comunicó a sus padres que deseaba casarse lo más pronto posible con el “muchacho desconocido”. Ellos, creyendo que por fin esa chica testaruda iba a olvidarse de ese monstruo de Di Giovanni, pidieron conocerlo. Y allí fue el pobre Astolfi, arrastrando los pies, a cumplir con la misión más difícil de su vida.

El padre, Pedro Scarfó, lo ametralló a preguntas: dónde trabaja, dónde vive, usted quién es. Astolfi respondió que era mecánico –era cierto, trabajaba en un taller–, dio su domicilio y todas las referencias habituales en estos casos, declaró formalmente que pretendía casarse con su hija, detallando al centavo cómo la pensaba mantener. Luego, don Pedro y su hijo Antonio verificaron escrupulosamente los datos, que arrojaron resultados satisfactorios: todos los referenciados eran anarquistas repentinamente “aburguesados”, a gusto de los conservadores Scarfó. Sin embargo, ellos esperaban algo “mejor” que un simple mecánico sin futuro para su hija.

Lo que se relatará a continuación parecerá absurdo y les causará gracia a las lectoras y lectores jóvenes; y tendrán razón en reírse. Pero en los años treinta, los ritos previos al matrimonio adquirirían un carácter sacramental. ¡Y guay de la muchacha que los ignorara! Debía irse del barrio, o soportar los murmullos y las miradas acusadoras de las comadronas y las risitas socarronas –a más de las proposiciones maliciosas– de los hombres, casados y solteros.

Una vez aprobado el noviazgo, el “pretendiente” obtenía permiso para ser atendido en la puerta de calle –de esas viejas casas, con puerta cancel en el pasillo de entrada– por la novia, a la vista de toda la vecindad, una hora –rigurosamente cronometrada– a la tardecita, los martes y los viernes.

Astolfi cumplió puntualmente con las visitas, pero se quedaba mudo. Eso de cortejar señoritas no era para él; sentía vergüenza, se ponía colorado, no sabía qué decir. A él denle a pasar moneda falsa, agitar en manifestaciones, manejar como un demente en la huida de un asalto... Fina tenía que darle de codazos para que la tomara de la mano y, al menos, le contara las noticias del diario, antes de que los vecinos –siempre atentos a lo que no les incumbe– notaran que había algo raro en el novio. Finalmente, la primera etapa pasó; y el novio fue autorizado a ser recibido dentro de la casa, en el comedor o la cocina, siempre a la vista de la madre, o con algún hermano menor como chaperón.

Como Astolfi seguía incapaz de pronunciar palabra, Fina aprovechaba para hacer los deberes del colegio; cada minuto que pasaba duraba una eternidad para el anarquista metido a cupido, ¡y la maldita hora de irse que nunca llegaba! El cuadro era tan irreal que José, el hermano que simpatizaba con Di Giovanni –y que sabía quién era Silvio–, los amonestaba: “Disimulen un poco, ¡se están dando cuenta!”.

Al fin, después de un tiempo de sufrir aquel teatro, los padres dieron el “sí” de la novia y Fina y Astolfi se casaron legalmente. La madre confeccionó el ajuar y José, el mueblero, armó y les regaló el juego de dormitorio. Después de una pequeña fiesta de bodas, la familia acompañó a los recién casados a la estación ferroviaria, donde se suponía partirían con rumbo a Mar de Ajó para pasar su luna de miel; sin embargo, los “novios” se dirigieron a Carlos Casares, en cuya estación les esperaba Severino, con un enorme ramo de doscientas rosas rojas, primorosamente preparado para recibir a su amada. Cuando ella descendió del tren, los amantes se fundieron en un estrecho y largo abrazo, mientras Astolfi, cohibido, miraba para otro lado. Finalmente Severino le dijo, con sencillez: “Muchas gracias, compañero”; y Silvio Astolfi pudo al fin respirar tranquilo, dando por terminada su misión.

Es de destacar el hecho de que Di Giovanni, un hombre acostumbrado a tomar las leyes en sus manos y hacerlas pedazos, esperara pacientemente casi dos años para poder vivir junto a su amada; cuando fácilmente podía –con el consentimiento de ella– haberla “raptado” en el momento en que se le antojara. Pero Severino era de una madera diferente; no respetaba a las leyes, que consideraba opresoras, pero tampoco quería herir los sentimientos de la familia Scarfó, aun cuando pusieran obstáculos a la voluntad de los amantes.

Pero mientras Astolfi “noviaba” con Fina, Di Giovanni no había quedado inactivo: participó en la liberación de un compañero del grupo expropiador de Miguel Arcángel Roscigna, el “Capitán Paz”, quien se hallaba vigilado en el Policlínico de La Plata, y protagonizó también el fallido asalto al Banco de Avellaneda, situado cerca de Puente Pueyrredón.

El 20 de junio de 1930 el grupo expropiador asaltó con éxito la compañía de ómnibus “La Central”, que reportó una recuperación de 17.500 pesos, destinados a la atención y fuga de los compañeros presos y a la propaganda del ideal. Y dentro de esta, a cumplir el sueño de publicar las obras de Reclus, las cuales saldrían bajo el sello editorial I Libri di Anarchia.

En esos días, en carta a Hugo Treni fechada el 24 y 25 de junio de 1930, Di Giovanni se entusiasmaba:

A Pagine Libertaire la estoy buscando también yo para recopilar el trabajo de Reclus sobre “Evolución y Revolución” y “El ideal anarquista”, que será la parte fundamental del sumario del primer volumen.

Aquel primer volumen, continuaba, estaba previsto que saldría a fines de julio:

Parte de los originales han sido dados al tipógrafo y el libro contendrá de 160 a 180 páginas. Seguirán en seguida el segundo y tercer volumen. Una vez que los compañeros vean el primer tomo estoy seguro que facilitarán los escritos para los últimos dos volúmenes. Creo que ellos deberían dar todo el apoyo moral a nuestra iniciativa tanto más porque vivimos en una época de difícil desarrollo para los esfuerzos en favor del libro nuestro en lengua italiana.

Pero su afán por divulgar el ideal anárquico, ahora que contaba con el dinero recuperado en el asalto a “La Central”, ampliaba sus horizontes:

Apenas terminemos con Reclus (en tres meses esperamos concluir si tenemos escritos suficientes, escritos solamente sociales, porque omitiremos los de índole científica) empezaremos con Giuseppe Ciancabilla (dos volúmenes si es posible). Te haré una lista con todas las iniciativas que me llenan la mente, pero por ahora ayúdame a hacer la recopilación de lo referido a Reclus y Ciancabilla.

Treni, contagiado del entusiasmo de Di Giovanni, le respondió el 1° de julio:

He recibido tu última carta que me dio gran placer porque, si bien escrita en un momento triste, estaba inspirada en un profundo sentimiento de confianza y de fe. (...) La iniciativa de reunir las obras de Reclus es magnífica y seguramente encontrará en nuestro público buena acogida. Claro que el trabajo será bastante duro, dado que pocos o ninguno coleccionan nuestras publicaciones.

El “momento triste” mencionado por Treni, refería a la reciente captura de valiosos compañeros expropiadores, mientras cenaban en una fonda de la calle Pedro Goyena 285.

En esos días, Di Giovanni publicaba un folleto breve titulado *La verginitá stagnante* (“La virginidad infamante”), de entrega gratuita, junto con el N° 8 de *Anarchia*. La temática de género constituyó, desde siempre, un punto de alto interés para el perseguido. Lo mismo puede decirse del legendario anarquista español Buenaventura Durruti, quien fustigó una vez a un compañero que lo encontró en delantal lavando los platos en su casa, por decirle que eso era tarea de mujeres.

Resulta llamativo que quienes más respetaron a la mujer dentro del movimiento anarquista hayan sido precisamente los dos referentes más notables de la violencia revolucionaria.

Para fines de julio de 1930, la aparición del *primo volume* de la obra de Reclus parecía inminente. Así lo comunicó Di Giovanni al movimiento anarquista europeo:

A iniciativa del quincenario *Anarchia*, de Buenos Aires, aparecerá en los primeros de agosto el primer volumen de los escritos sociales de Eliseo Reclus (...) El libro, amorosamente editado, completado con notas biográficas y bibliográficas, constará de más de un volumen, el primero de los cuales, de cerca de 160 páginas, en buen papel, con un retrato fuera de texto, tapas a dos colores, está actualmente en curso de impresión. El precio fijado es de un peso moneda argentina.

Asimismo, en carta del 24 de julio, el perseguido se entusiasmaba ante Hugo Treni con la cantidad y calidad del material de Reclus recolectado hasta el momento:

Estoy contento también porque los compañeros de afuera me han dado el más grande apoyo para la iniciativa. Me ha llegado mucho material y otro me ha sido prometido. De manera que el segundo volumen es casi una realidad. Creo que debo aplazar para el tercero la copiosa correspondencia de Reclus.

Sin embargo, la publicación del primer volumen había sufrido una demora inesperada. Recién el 28 de agosto Di Giovanni pudo escribir, feliz, a Hugo Treni: “¡La composición del primer trabajo se ha terminado!”. Pero la complejidad de la tarea que se había propuesto resultó mucho mayor de lo esperada:

Hay que hacer verdaderamente un trabajo ciclópeo sobre Reclus y nosotros somos insuficientes. Al principio parecía fácil, pero ahora que vemos ciertos nuevos aspectos y ciertas nuevas recopilaciones nos damos cuenta que es verdaderamente un pecado dejar todo como está. Yo dispongo del dinero para hacer un mínimo de cuatro volúmenes y quiero llevarlo a término.

En el mismo mensaje, Di Giovanni le cuenta a Treni su felicidad por haber recibido una carta de Errico Malatesta, el legendario anarquista italiano, en aquel momento confinado y vigilado en Roma por el régimen de Mussolini. Y le anuncia su intención de publicar también los escritos sociales de Malatesta: “...son iniciativas que me torturan desde hace dos años, y si tengo fuerzas y sobre todo cooperación intelectual este sueño será pronto realidad”.

En tanto, Di Giovanni no descuidaba las acciones armadas. El 7 de agosto, junto con Paulino y otros compañeros, interceptó un carro celular con el objeto de liberar a Alejandro Scarfó, miembro del grupo expropiador, detenido por una delación en diciembre de 1928. Pero el operativo falló: en el carro sólo se trasladaba a un grupo de prostitutas.

Para Severino, la liberación de Alejandro –hermano de su amada y de Paulino– era una cuestión de honor. Pero no se desanimó ante el fracaso y comenzó a madurar un plan para asaltar la cárcel de Caseros, que finalmente no tuvo tiempo de concretar; el golpe de Estado del general Uriburu, primera dictadura militar argentina del siglo xx, estaba a punto de producirse.

La asonada militar era inminente, un secreto a voces. Los radicales, envueltos en una profunda crisis, estaban más interesados en ponerse a cubierto que en preparar la defensa de su gobierno. Las organizaciones reformistas del movimiento obrero (Confederación Obrera Argentina, socialista, y Unión Sindical Argentina, sindicalista) se llamaron a un sugestivo silencio y la FORA hizo pública su total prescindencia ante lo que consideraba como un conflicto interno entre sectores del capitalismo.

Ante tal situación, los sectores más radicalizados del anarquismo –la gente de *La Antorcha* y de *Anarchia*– se reunió para redactar un manifiesto, que fue volanteado en las calles de Buenos Aires a fines de agosto de 1930, y en el cual Di Giovanni cifraba grandes esperanzas: “Vivimos horas de gran tensión y de gran entusiasmo. ¡Mira el manifiesto que hemos lanzado!”, escribía el 28 de agosto a Hugo Treni.

El documento, titulado “Los anarquistas frente al momento actual”, después de señalar los aspectos represivos de la política yrigoyenista y advertir que la inminente dictadura militar constituía “una amenaza, tanto o quizá más grave” que el gobierno, afirmaba que “el deber obrero y revolucionario de la hora presente” era:

[...] quebrantar todos los propósitos de reacción y de tiranía, sean del yrigoyenismo gobernante o de la casta militar que pretende, por un golpe de mano, llegar al gobierno.

Para conjurar el peligro, el manifiesto proponía “la huelga general y la revuelta popular”, apostando a aprovechar el golpe de Estado para desencadenar la tan ansiada Revolución Social:

Revelada la mentira de la democracia y el parlamentarismo, develados los propósitos de políticos y aspirantes al poder, aparece claramente un solo camino: la toma de lo nuestro, la tierra, la fábrica, el pan, la vivienda y la vida social, en nuestras manos. Contra todo principio de gobierno, contra el monopolio de la riqueza, contra todos los políticos y contra la dictadura, el pueblo debe garantizar su libertad y su bienestar con las armas en la mano, solidarizado con los soldados sublevados y pasados a las filas obreras, de las que fueron arrancados para someterlos al cuartel, y unidos en la lucha con los grupos combatientes que levanten la bandera y libertad y los órganos de defensa revolucionaria.

Y finalizaba con un vibrante llamamiento:

Organizad la resistencia. Organizadla desde hoy en pequeños grupos, en los barrios, las fábricas, los pueblos, donde haya hombres de voluntad y coraje. Los trabajadores lo podemos todo. Basta quererlo, sostenerlo, poner pecho contra pecho. No tenemos que perder más que nuestras cadenas. ¡Resistid! Levantad la huelga general revolucionaria contra toda represión o dictadura. En nuestras manos está hoy el porvenir de la Argentina obrera. ¡Viva la huelga general! ¡Arriba la rebelión! ¡Fraternicemos obreros y soldados! ¡El plomo para los de arriba, no para los hijos del pueblo! ¡Abajo el militarismo y la dictadura!

Este volante, firmado como “Los Anarquistas”, tuvo la virtud de influir en el cambio de posición del diario *La Protesta*, que en su edición del 30 de agosto de 1930 pasó de su abstencionismo inicial a promover la “guerra con todos los medios a las veleidades dictatoriales”, para destacar que era “hora de pensar en la defensa y de estudiar los medios, todos los medios, para impedir la instauración de un régimen filo-fascista o absolutista”.

No obstante, ya era tarde para organizar una resistencia eficaz. A diferencia de lo que sucedería seis años después en España con el golpe del general Francisco Franco, que desencadenó la revolución conocida como “Guerra Civil Española”, Hipólito Yrigoyen –el otrora gran caudillo popular– cayó sin pena ni gloria el 6 de septiembre de 1930; las tropas del Ejército desfilaron hacia la Casa Rosada, ante el aplauso y los vítores de una clase media solícita y venal, siempre dispuesta a ubicarse del lado del más poderoso.

Contra el Golpe de Estado, por la Revolución Social

En esos días de septiembre, el grupo de Di Giovanni estuvo a punto de ejecutar un asalto al pagador de la Universidad Nacional de La Plata. Todos estaban en sus puestos en el patio de la Universidad, que estaba lleno de jóvenes estudiantes. Para simular una conversación, Paulino le recitaba poesías de memoria a otro compañero, Antonio Papaleo; pero a último momento, Di Giovanni hizo la seña de retirada, dando por abortado el operativo. Y termina el relato Osvaldo Bayer:

De regreso a la casa que habitaban, Paulino le reprochó a Severino haberse equivocado, ya que todo se iba a hacer sin disparar un tiro. Severino lo escuchaba mientras comía manzanas. Paulino finalizó: “estoy seguro que fue América la que te convenció”. Severino no contestó.

Un asaltante que recita poemas y un jefe de banda que desiste a instancias de la mujer amada, por temor a herir jóvenes inocentes. Singular pareja de bandidos, que pareciera nacida de la pluma del italiano Emilio Salgari, pero que tuvo existencia real.

No obstante, a la dictadura militar no le interesaban los poemas ni tenía el menor asomo de piedad para con los anarquistas. Ya desde los primeros días se allanaron y clausuraron sus periódicos *La Protesta* y *La Antorcha*, y se produjeron detenciones, deportaciones, salvajes torturas y fusilamientos clandestinos, entre ellos el del catalán Joaquín Penina en Rosario, quien el 10 de septiembre murió gritando: “Viva la Anarquía”. Ante tal situación, la idea de refugiarse en el exilio comenzó a rondar en importantes referentes del movimiento libertario.

Di Giovanni, quien vivía en la clandestinidad desde hacía tiempo, optó por quedarse y resistir a la dictadura. En carta a Hugo Treni, del mismo día 10, le decía:

Nosotros permaneceremos en la brecha ocurra lo que ocurra. No es propio ahora el momento de abandonar este país. Solamente en estas horas se ven los buenos temples (...) Aquí todo es silencio... y miedo. Uriburu y Hermelo (el jefe de policía) no bromean. ¿Pero, acaso debemos permanecer en silencio? ¿Cómo podemos quedarnos impasibles? Nuestra obra revolucionaria no debe ser interrumpida por ningún motivo.

Pero no era nada sencillo seguir editando el periódico y los volantes llamando a la lucha contra la dictadura; Di Giovanni decidió poner un pie de imprenta falso localizado en Uruguay y comenzar a publicar parte de los textos en castellano, tarea que le fue confiada a Fina:

¡Si tú supieras todos los incidentes y todas las dificultades que tenemos para imprimir el periódico! Así, con la dirección en Montevideo, todo está resuelto (...) de ahora en adelante el periódico saldrá la mitad en castellano, redactado por mi compañera.

Precisamente ese 10 de septiembre salió la primera edición de *Anarchia* bajo la ley marcial, cuyos titulares hablaban por sí solos:

¡ABAJO LA DICTADURA! ¡A nuestros puestos! ¡Contra la dictadura no obstante la ley marcial! ¡Por todas las libertades y todas las rebeliones! ¡Viva la libertad!

Sin embargo, iba a ser difícil sacar el siguiente número, que debía salir unos diez días después. En carta a Treni del 22 de septiembre, Severino decía:

Tal vez mañana el tipógrafo aceptará hacer el nuevo número de *Anarchia*. El miedo es lo que domina en más de una persona, y dados los argumentos que se desarrollan en el periódico, ninguno quiere arriesgarse.

En esos terribles días, ante el peligro común, se produjo un acercamiento entre las tendencias más nítidas –y enfrentadas– del movimiento anarquista. Así, hubo reuniones entre Diego Abad de Santillán –referente de la FORA y de *La Protesta*– con Di Giovanni, por *Anarchia*, y con gente de *La Antorcha*, para evaluar las posibilidades de declarar la huelga general y ejecutar una campaña de acciones armadas y de sabotaje. Juan Antonio Morán, secretario general de la Federación Obrera Marítima –gremialista de día y expropiador por las noches– ofreció los fondos sindicales y sus hombres de acción, y propuso un plan de sabotaje y bloqueo a buques de la Armada.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para todo ello. La situación era hartamente peligrosa y los núcleos anarquistas se hallaban completamente incomunicados entre sí. Finalmente, Abad de Santillán optó por refugiarse en Uruguay.

Di Giovanni se sintió profundamente decepcionado y se desahogó en carta a Treni:

¡El ambiente revolucionario en este país da tanta melancolía! Y el soplo no ha sido verdaderamente desastroso. Si han vencido, la culpa debe cargarla también nuestro movimiento. ¡Qué espectáculo de sálvese quien pueda! Es casi la única manifestación de vida que ha habido. Pasaron inútilmente dos semanas en reuniones y no se llegó a ningún acuerdo. Lo que faltó fue impulso, la tentativa audaz de la colectividad. (...) Y todo se disolvió en la nada, el terror es lo que quedó de todo lo nuestro. Ni un gesto, solamente alguna esporádica protesta, después nada. ¡Nada, qué muda palabra que desciende gélida sobre la nuca nuestra dejándonos la gran sensación de impotencia! Pero queda en pie a cuenta nuestra la gran esperanza que nos hace izar las velas rotas y apuntar hacia nuevas playas.

En carta del 12 de septiembre al escritor libertario Nino Napolitano –de quien Di Giovanni pensaba publicar también parte de su obra–, le decía:

Debía escribirte antes pero los acontecimientos me han obligado a no hacerlo. No he tenido un minuto de reposo. Por el momento las derrotas que sufrimos no son pocas y no me maravillo

más por eso. Aquí las cosas están que arden. Se arriesga la piel por un simple volante. Cuatro compañeros han sido fusilados en Rosario; uno de ellos simplemente por propaganda antimilitarista. Había gritado ¡abajo la dictadura! Pero no nos doblegaremos. Nos reímos de la ley marcial e imprimiremos el periódico en vez de quincenal, cada diez días. Pero tenemos necesidad de colaboración que vuelva más viva y ágil la publicación. Contamos contigo, y ya es bastante. Pero, ¿cómo mover a los demás que ni siquiera sabemos si están vivos?

El 20 de septiembre por la madrugada, unos misteriosos automóviles arrojaron un extraño volante por los barrios de Buenos Aires:

GALERÍA DE GRANDES CRIMINALES – Presidente Uriburu (alias) general “Cabalgado”; ministro del Interior Matías Sánchez Sorondo, (alias) “Sánchez Sorete”, y jefe de policía Ricardo Hermelo, alias “la Foca”. Los tres capitanean una temible banda que opera en el Departamento de Policía, Casa Rosada y demás reparticiones del gobierno. (...) Por estos reiterados y enormes delitos, Sánchez Sorete, el general Cabalgado, la Foca y demás componentes de la peligrosa banda dictatorial se han hecho acreedores a la execración de los hombres dignos de la República. En su representación los hemos condenado a muerte. Esta sentencia es inexorable y será ejecutada en breve. EL TRIBUNAL DEL PUEBLO.

Naturalmente, los autores del irreverente y audaz libelo no eran otros que Severino Di Giovanni y Aldo Aguzzi.

No obstante estos enormes peligros, la tarea de edición de las obras de Reclus continuaba sin desmayos. Para el 22 de septiembre, el perseguido esperaba recibir las pruebas de galera de este primer volumen de los Escritos Sociales y para la semana siguiente, las correspondientes al segundo tomo.

Pero en esos días Aldo Aguzzi decidió también exiliarse en Uruguay, quedando privado Severino de su mejor compañero y asistente. Para colmo, Aguzzi había resultado ser algo desordenado para el trabajo; después de su partida, cuando llegaron las pruebas de este primer volumen, Di Giovanni

no podía encontrar el texto original enviado a la imprenta, indispensable para cotejar y verificar que no se hubiera deslizado ningún error. Este hecho implicaba un nuevo atraso en la aparición de la obra, lo cual hizo decir a Di Giovanni –con cierta amargura– sobre Aguzzi: “Su único lugar es un buen sanatorio dirigido por cartujos; o mejor dicho, por benedictinos”. De todas maneras, las pruebas fueron enviadas a Montevideo para que las corrigiera Luigi Fabbri.

Al mismo tiempo, Severino seguía recolectando valioso material para *I Libri di Anarchia*: “Me he traído 85 volúmenes de la *Revue des deux Mondes*, ¡una verdadera biblioteca!”.

Entusiasmado ante la correspondencia con Nino Napolitano, decidió posponer el volumen dedicado a Giuseppe Ciancabilla pautado originalmente:

He dado a la imprenta también un trabajo bellísimo de Nino Napolitano que será el tercero de la serie “Escritos de Sociología”. Luego pienso editar el tercer volumen de Reclus. Con el material que he recogido en las colecciones francesas, el tercer volumen está asegurado. ¡Cuántas bellas páginas hay de este gran compañero! ¡Estoy hojeando la correspondencia junto a mi compañera, cuántas hermosas cartas!

Resulta sorprendente la capacidad de acción de Severino Di Giovanni. En la más absoluta clandestinidad, no sólo continuaba a fondo con la colección de “*I Libri di Anarchia*” y la resistencia al régimen militar, sino que también encontraba tiempo para ocuparse de los incontables compañeros anarquistas presos y de sus familias; para ello contaba con la inestimable colaboración de Miguel Arcángel Roscigna, con quien planeaba un audaz asalto para recaudar fondos con los cuales socorrer a las víctimas de la represión, no sólo en Argentina sino también en Uruguay.

En forma paralela le daba también una importancia superlativa a su periódico *Anarchia*, el cual constituía –por esos días– la única publicación antidictatorial que había quedado en pie:

Haremos tiraje de diez mil ejemplares –le escribe Severino a Treni– y servirá para arrojar en el ambiente nuestra palabra de protesta, de agitación y de rebelión. (...) Saldremos cada diez días. Hasta que hayamos regulado todo. Luego comenzaremos las publicaciones semanales. Asimismo el periódico saldría en adelante completamente en idioma castellano, para que pudiera ser entendido por las pocas personas decididas a combatir a la dictadura militar.

El 27 de septiembre de 1930, las centrales obreras socialista y sindicalista –COA y USA– sellaban su pacto de silencio con el régimen militar, fundando la actual Confederación General del Trabajo (CGT). En contraste, el número de *Anarchia* publicado el 1° de octubre continuaba la línea de titulares de la edición anterior: “¡ABAJO LA DICTADURA! ¡Siempre dispuestos a la lucha pese a todas las dictaduras!”. Ante la ausencia de Aguzzi, el artículo editorial –titulado “Ley Marcial”– quedó a cargo de Fina. Después de reseñar la situación, la madura adolescente remataba con estas líneas:

Bien sabemos que la espada de Damocles se cierne sobre nuestras cabezas, un solo grito de rebelión nos costará la vida. Pero, ¿por eso hemos de amilanarnos? ¡Qué esperanza! Ahora debe demostrarse nuestra personalidad revolucionaria: nos hemos dado en cuerpo y alma por la idea y la Libertad. La vida material de los individuos nada vale si no es propulsada y sacrificada en aras de un sentimiento noble y justo.

Y no eran bonitas palabras arrojadas al azar. Al día siguiente, desafiando el bando de pena de muerte impuesto por la dictadura, Di Giovanni y Roscigna realizaban el famoso asalto a los pagadores de Obras Sanitarias, en los bosques de Palermo.

La cantidad de dinero recuperada fue cuantiosa: 286.000 pesos de la época, de los cuales Roscigna se llevó la mayor parte –el 70 por ciento– para las ingentes tareas de solidaridad con las víctimas de la represión y sus familiares. Di Giovanni se quedó con el resto del dinero, que destinaría a la propaganda y a la agitación antidictatorial; dentro de la cual se había hecho indispensable la compra de una moderna imprenta, para publicar *Anarchia* y todo

tipo de volantes y folletos, sin depender ya de los atemorizados imprenteros comerciales.

El precio a pagar por aquel dinero fue demasiado alto. En las serpenteantes callejuelas de aquel pintoresco paisaje, quedaban los cadáveres del chofer y de uno de los pagadores asaltados, los cuales quisieron hacer méritos ante sus superiores resistiéndose al atraco, mercenarios que cuidaban los dineros expoliados por el Estado, a cambio de una miserable asignación mensual.

Pero también había caído allí, para siempre, un hombre mucho más noble y de auténtico valor ético: Paco González, “hombre de todas las horas de peligro, de maneras apacibles y de poco hablar”, “un anarquista de acción por excelencia”, como lo definiera Osvaldo Bayer.

Severino y Fina sintieron profundamente la muerte de aquel compañero, en cuyo negocio de café de la calle Campichuelo 78, en Parque Centenario, había amparado la relación de amor entre el perseguido y la adolescente, prohibida por las convenciones de la época.

En ese mes de octubre, el movimiento anarquista mostró aún débiles signos de vida. El día 7, la Federación Obrera Local Bonaerense convocó –desde la clandestinidad– a una huelga, que si bien fue cumplida por los portuarios, choferes y carreros, no pudo vencer el miedo dominante.

Había también cierta agitación en el ámbito universitario, especialmente en La Plata, donde existía una activa Agrupación Libertaria de Estudiantes y Obreros.

El 16 reapareció *La Antorcha*, en formato reducido, y también *La Protesta*; asimismo, circularon algunas hojas clandestinas como *Ideas*, de La Plata; *Verbo Nuevo*, de San Juan; *Pampa Libre*, de La Pampa; *Verbo Prohibido*, de Rosario; *Voluntad*, de Mendoza y *Páginas Libres*, de Buenos Aires.

La FORA declaró una huelga general que se llevó a cabo los días 21 y 22, con repercusiones en Buenos Aires, Santa Fe, Mendoza, Bahía Blanca y Mar del Plata; pero dadas las condiciones en el país, el movimiento tampoco pudo forjar un cambio en la situación.

Gallinas, maíz, imprenta y una Colt 45

La localidad de Burzaco, ubicada unos 25 km al sur de Buenos Aires, era hacia 1930 un encantador pueblecito, apenas sacudido por el silbido de la locomotora a vapor anunciando su llegada a la estación del Ferrocarril Sud.

Un día de principios de octubre de ese año, una joven mujer –casi una niña, que buscaba aumentarse la edad utilizando un sombrero de señora– descendió del tren y se dirigió a la casa del ingeniero Ítalo Chiocci, con el objeto de alquilar una casa quinta, llamada “Ana María”, ubicada a pocas cuadras de la estación.

A la mujer de Chiocci le llamó la atención la juventud de la señora, que se presentó como Josefina Rinaldi de Dionisi; pero como era muy simpática y demostraba aplomo en el trato, no hubo inconvenientes en llevarla a conocer la finca.

La propiedad, ubicada sobre el entonces Camino General Belgrano –hoy avenida Espora–, comprendía un terreno de cien metros de frente, delimitado por las calles Amancio Alcorta y Leandro N. Alem, y unos 300 metros de fondo, entre Espora y la calle Carlos Guido Spano, y contaba con un hermoso y amplio caserón, con alero de tejas rojas y terraza de blancas balaustradas, rodeado de un parque arbolado, con senderos de setos.

La joven quedó encantada con el lugar, en el cual –decía– pensaba instalar con su marido un criadero de pollos y la extensión del terreno le convenía para plantar un maizal con el que alimentar a las aves.

El 12 de octubre de 1930 la joven señora volvió acompañada de su marido, Mario Dionisi, y de su hermano, Luis Rinaldi; se convino el precio del alquiler y se procedió a la firma del contrato.

Al día siguiente, Luis Rinaldi fue a la casa Curt Berger & Cía., especializada en insumos para la industria gráfica, y compró al contado un taller completo de fotograbado para clichés y todos los elementos necesarios para una imprenta de obra. La pesada maquinaria fue embalada y entregada poco después en la quinta “Ana María”, donde también comenzaban a llegar muebles nuevos, una

amplia biblioteca, gran cantidad de libros, herramientas de diversas clases, un tinglado para montar el criadero de aves, los gallos y gallinas para reproducción, y hasta una incubadora enviada desde Estados Unidos por los anarquistas de *L'Adunata dei Refrattari*.

El matrimonio Dionisi, como habrá deducido el lector, eran Fina y Severino, y Luis Rinaldi, Paulino Scarfó.

Una vez instalados en la finca, Severino y Paulino se levantaban a la madrugada y trabajaban hasta el mediodía, sembrando maíz en los fondos del terreno y montando el tinglado para las gallinas. Según le confiara Fina a Marina Legaz Bursuk –su amiga en los últimos años– el proyecto del grupo contemplaba sustentarse mediante tres pilares económicos: producción de maíz híbrido, cría de pollos e imprenta.

Fina, por su parte, hacía las tareas domésticas y continuaba cursando el 5° año del secundario en la Escuela Normal N° 4, sección Liceo, de Rivadavia y Acoyte, en Caballito. Sin embargo el trabajo de la casa resultaba muy pesado, como lo notó Miguel Arcángel Roscigna en una visita a la quinta: “Pónganle una ayuda”, dijo a Severino y a Paulino, y se tomó a una lavandera para ocuparse de la ropa. A su vez, también se tomó a un quintero, para ayudar a laborar la tierra.

Después del almuerzo, los rebeldes se ocupaban de las tareas relacionadas con el movimiento. En una de las habitaciones Severino instaló su lugar de estudio, con su biblioteca y su escritorio, bajo cuyo vidrio colocó un pequeño cartel con una frase de Johann Gottlieb Fichte :

Aquel que no tiene con qué vivir no debe ni reconocer ni respetar la propiedad de los otros, ya que los principios del contrato social han sido violados en su contra.

Asimismo, en las paredes había colocado carteles con frases de Nietzsche, uno de sus autores favoritos, ya desde su lejana adolescencia en la aldea natal de los Abruzos.

Allí Severino dedicaba las tardes a corregir las pruebas de los volúmenes de Reclus y de Napolitano, a revisar las traducciones de las siguientes obras de la colección y a preparar una nueva

edición de *Anarchia*, con la ayuda de Fina; y también se dedicaba una parte de la tarde a la instalación de la imprenta y el taller de fotograbados.

Cuando todos se retiraban a descansar, Severino dormía profundamente; “como un santo”, decía Fina. Pero ella no podía dormir bien, sabiendo que en cualquier momento podía llegar la policía. Cualquier ruido la hacía sobresaltar; Severino, semi-dormido, la calmaba: “son los árboles”, le decía.

A veces, la diáfana tranquilidad de la finca se rompía. Un domingo, por ejemplo, aparecieron sorpresivamente los propietarios para visitarlos y para ver cómo tenían la quinta. Mientras Severino le mostraba al ingeniero Chiocci el maizal y el criadero de pollos, Fina hacía pasar a la esposa al dormitorio, la única pieza presentable, le decía, ocultando de esta manera los objetos y publicaciones comprometedoras que había por el resto del caserón.

Y por fin, en ese mes de octubre de 1930, salió de imprenta el *primo volume* de las obras de Reclus: tapa en colores dibujada, edición popular con ilustraciones fuera de texto, comentada, con viñetas diseñadas por el propio Severino; dos mil ejemplares en papel vergé y una edición extra fuera de comercio, de cien ejemplares numerados en papel especial, para repartir entre amigos, compañeros y organizaciones de la idea.

Decía Osvaldo Bayer sobre este gran suceso en la vida de Severino: “Fue la más grande alegría en esa época –la última tal vez– de Di Giovanni”.

En noviembre salió de imprenta el segundo volumen de Reclus y el tercero estaba ya casi terminado; en esos libros, que costaron 2.500 pesos de la época, se había invertido parte del dinero recuperado en el asalto a la compañía de ómnibus “La Central”.

La intención de Severino era publicar el tercer tomo en diciembre, junto con las *Contribuciones stirnerianas* de Napolitano, “con fotografías y diseños originales”. Y para enero o febrero, la novela antimilitarista de Erich Maria Remarque *Sin novedad en el frente*, en proceso de traducción.

La publicación de *Anarchia* se había discontinuado, a pesar de contar con los recursos económicos provenientes del asalto al pagador de Obras Sanitarias. En carta a Hugo Treni del 24 de noviembre, Severino le decía:

He proyectado la salida regular del periódico, tanto más que no me falta nada del lado financiero: tipografía y medios, pero no podrá ser si me falta la colaboración asidua de los compañeros. (...) El cerco se estrecha. Pero no puedo callar...

Este era el problema más acuciante de Di Giovanni desde el inicio de la dictadura militar: se estaba quedando solo. En carta a Napolitano del 12 de octubre, le confiaba sus pesares:

Quedamos verdaderamente muy pocos en pie de guerra. Los demás han tenido que refugiarse en otras playas. Algunos fueron deportados (...) Otras decenas, conducidos a naves de guerra. La caza del anarquista va en ferocidad más allá de toda imaginación (...) No sé más cómo multiplicarme para hacer todo con la dificultad que tengo para moverme de un punto a otro de la ciudad. Pero no es necesario estancarse pensando en tantas iniciativas y tanto trabajo fecundo a las cuales dar vida.

No obstante, la férrea voluntad de Di Giovanni pudo imponerse. Él y Fina, solos, lograron sacar el N° 12 de *Anarchia* en diciembre, después de dos largos meses sin aparecer.

Pero la política represiva de la dictadura se estaba endureciendo aún más –si ello era posible– con el ascenso a comisario inspector de Leopoldo “Polo” Lugones, hijo del poeta Leopoldo Lugones; un hombre violento y sádico, procesado por abuso sexual de menores cuando era director de un reformatorio; inventor, además, de la terrible picana eléctrica para atormentar a los detenidos.

En la navidad de 1930, Severino escribió a Treni:

Al segundo volumen –ejemplar en papel especial– te lo mandé en estos días. ¿Lo has recibido? ¿Quedaste contento con él? El tercero te pondrá más contento, por el material variado y de valor que contiene.

Treni le respondió:

La obra que estás realizando me gusta y es útil. Dentro de algún tiempo, la colección de estos “Escritos sociales” de Reclus será muy buscada. Su presentación es buena, bajo todo punto de vista y el trabajo que realizas es de primerísima importancia.

No obstante, como aporte constructivo, le señaló haber encontrado deficiencias en algunas de las traducciones del segundo volumen, a lo que Severino respondió:

¿Puedes hacerme saber los títulos, motivos, etcétera, que encontraste que no son fieles o está equivocado el texto? Te agradeceré así no se reincide en el futuro, no soy un monstruo de intolerancia como a muchos les place considerarme. ¡Cómo estaría de contento de que me conocieras íntimamente!

Aquel ejemplar que le enviara Severino a Treni se conserva hoy en los archivos del Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, con dedicatoria de su puño y letra: A Hugo Treni – Biscuit editore dome – Bs. Aires, novembre 1930 – S. (“A Hugo Treni – Biscuit editor de alturas – Bs. Aires, noviembre de 1930 – S.”).

Por esos días, Severino había logrado también despachar a Suiza cien ejemplares de los dos primeros tomos, como obsequio a los anarquistas de *Il Risveglio* de Ginebra.

En nueva carta a Treni del 27 de diciembre, Severino le cuenta entusiasmado sus planes editoriales inmediatos: “Nuevas ideas me han surgido en la mente respecto de las obras de Reclus”. Y a continuación le dice que, después del quinto volumen, quiere publicar seis libros más; cada uno de ellos como un capítulo de *El hombre y la Tierra*.

Serían sus títulos: *El Estado Moderno*, *Cultura y Propiedad*, *Industria y Comercio*, *Religión y Ciencia*, *Educación* y, por último, *Progreso*. Y agrega: “Cada uno de los seis libros tratan un tema en sí, que bien se puede difundir y propagar sin demerecer el total de la obra maestra ni, en sí, perjudicarla. [...] Qué hermoso, querido Hugo, sería poder dar fin a un trabajo semejante. De manera mejor no podría recordarse el centenario del nacimiento de Reclus”.

Pero el cerco dictatorial seguía estrechándose y la correspondencia se hacía cada vez más difícil de despachar y menos segura de llegar a destino. Hasta que, finalmente, se produjo una catástrofe.

El 3 de enero de 1931 le escribe:

Querido Hugo, he vivido tres días de infierno, créeme, pocas veces en mi vida he sufrido tanto. La noticia que tuve (...) del extravío de casi todos los originales de “Escritos sociales” aparte del de la “Pena de muerte”; del extravío del precioso opúsculo sobre Elia y tres números del *Pensiero* con las traducciones al italiano y del extravío ahora irreparable de los originales y de las pruebas de linotipia del libro de Nino Napolitano: *Contributi stirneriani*. Un infierno moral, como ves.

Sin embargo, Severino no se desanimó y escribió a Francia, pidiendo las publicaciones donde figuraban los ensayos perdidos y ayuda para localizar cartas inéditas de Reclus con las cuales conformar un nuevo volumen a la colección.

En esa misma carta confeccionó un listado de los libros, cuadernos y opúsculos que serían los primeros títulos de I Libri di Anarchia, cuyo logotipo era un triángulo enmarcado con la leyenda *Ex Altis – Ad Altiora – Evoco!*

De las obras de Reclus, en formato de libro, estaban previstos cuatro volúmenes de los Escritos Sociales, un Epistolario Escogido y los seis títulos correspondientes a *El Hombre y la Tierra*, ya mencionados en este trabajo.

También en libro, las *Contribuciones Stirnerianas*, de Nino Napolitano; los Escritos Sociales de Giuseppe Ciancabilla; *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque y *La iniciación individualista anárquica*, de Émile Armand.

Los primeros cuadernos, de aproximadamente 60 páginas, serían: *El derecho al ocio y el provecho individual* de Enrico Arri-goni, una conferencia de Han Ryner y trabajos no determinados de los autores Rafael Barret, Ricardo Mella y Sebastian Faure.

Por último, el listado de opúsculos (unas 16 a 32 páginas) no estaba aún bien determinado, pero se iban a publicar trabajos de autores aún no traducidos al italiano, trabajos escritos

especialmente para I Libri di Anarchia, una recopilación de trabajos importantes ya publicados en el periódico y una serie de trabajos de actualidad.

De toda esta lista, sólo llegaron a ver la luz los dos primeros volúmenes de los Escritos Sociales de Reclus; cuando fue confeccionada, faltaban apenas 29 días para que Severino Di Giovanni fuera asesinado por la primera dictadura militar argentina, en holocausto al afán de lucro empresarial y al autoritarismo militar.

Por el contrario, los móviles de Severino eran bien diferentes, según puede deducirse de estas palabras:

Querido Hugo: ¿se podrá hacer realidad un sueño? No sé qué decirte pero te aseguro que tengo mucho amor de las cosas nuestras y sería capaz de todo en su favor. En las ediciones que he emprendido no me mueve ningún ansia de dinero o éxito financiero. Todo lo doy a la propaganda. No me interesa ni la administración; el precio que he puesto en tapa va en favor de aquellos a quienes destino el libro: Comité por los caídos, en la preparación (sic), periódicos, etc. Mandaré a todos y pensaré en todos. Creo que mejor no puedo hacer. Por consiguiente no me descorazona la poca cantidad que pueda comerciar.

Pero la guerra contra el fascismo era implacable, tal como se comprobará en España en 1936 y en el mundo entero entre 1939 y 1945, y Severino dio apoyo financiero para el fallido atentado contra Benito Mussolini en Roma, que debía ejecutar el anarquista sardo Michele Schirru, miembro de *L'Adunata dei Refrattari*.

En aquellos febriles y calurosos días de enero, algunos dirigentes radicales exiliados en Uruguay tomaron contacto con los anarquistas, con el objeto de utilizarlos como carne de cañón en un plan de desestabilización de la dictadura militar. Severino en un principio se opuso a la idea. Sabía cuál era el rol que le querían asignar sus hasta ayer implacables enemigos y quería concentrar todos sus esfuerzos en la liberación de Alejandro Scarfó, pero los compañeros del grupo expropiador lo convencieron, basados en la necesidad de dar un paso adelante en la lucha contra los militares.

Así, en la madrugada del 20 de enero, el grupo colocó tres poderosas bombas como parte de ese plan: Paulino en la estación de subterráneos de Once, Mario Cortucci en la estación Maldonado del F. C. Central Argentino –hoy estación 3 de Febrero de la línea Mitre– y Juan Márquez en Constitución. El resultado fue desgarrador: cuatro muertos y veinte heridos, e importantes daños materiales.

El 21 de enero de 1931, Severino le escribe a Treni su última carta. En ella le anuncia que ese mismo día, por la tarde, el tipógrafo le había entregado la última prueba del tercer volumen de Reclus y la del cuaderno de Enrico Arrigoni, y que ambas publicaciones iban a salir juntas. Y agrega:

El periódico todavía con atraso y no por culpa toda nuestra. Aquí las cosas están serias pero seguiremos lo mismo el camino emprendido. (...) Te cercan la vida. ¿Qué hacer? La pasividad no es el arma de la hora...

La Caída de la quinta “Ana María”

El día 26, Mario Cortucci fue detenido en una imprenta de Almagro; por delación de la embajada italiana, la policía se enteró que pertenecía al grupo de Di Giovanni. Y concentró en su cuerpo las más atroces torturas que pudieron infligirle, incluida la flamante picana eléctrica. Cortucci soportó los tormentos sin hablar, durante tres largos días y sus interminables noches.

Cuando Severino se enteró de su captura, no tomó ninguna medida de seguridad; conocía el temple de su compañero y estaba seguro de que no iría a hablar.

En la tarde del jueves 29 de enero de 1931, Di Giovanni había terminado de corregir las pruebas de galera del tercer tomo de los escritos sociales de Reclus y quiso ir personalmente a hablar con el tipógrafo –el imprentero Genaro Bontempo, Callao 335, ante quien se identificaba como “Mario Vando”– para darle las últimas instrucciones previas a la tirada del libro.

Fina lo regañó: además de la caída de Cortucci, los diarios informaban que la policía estaba vigilando las imprentas en

busca de volantes subversivos. Pero Severino no le hizo caso; le dio un beso, le pidió que le guardara el croquis de una nueva bomba fumígena para el asalto a Caseros y salió del amplio caserón de Burzaco, rumbo a lo que sería su definitiva perdición.

La edición vespertina de los diarios trajo la sensacional noticia de la captura de Di Giovanni. Aquella noche fatal, Paulino regresó a la quinta de Burzaco junto con Braulio Rojas, Juan Márquez y Antonio Pieretti, y dieron la terrible noticia a Fina. En la casona se encontraba también Laura, la hija mayor de Di Giovanni, que pasaba allí sus vacaciones.

Fina les dijo: “Bueno, qué hacen, váyanse ustedes”. Paulino quiso que se marcharan primero ella y Laura, pero Fina respondió que la nena estaba durmiendo y no podía despertarla; que partirían a la madrugada. En tanto, los demás compañeros comenzaron a quemar la documentación; empezando por el listado de direcciones de los suscriptores de *Anarchia*.

Aquella noche de insomnio, de pesadumbre y de tristeza pasó así, borrando huellas comprometedoras, ante lo que se consideraba la inminente caída de la quinta. Cuando terminaron, hacia las 5:30 de la madrugada, se convino en que Pieretti se quedara un instante más para acompañar a Fina y Laura, mientras Paulino, Rojas y Márquez se disponían a partir. Los tres hombres llevaban bultos con muñecas, dado que se hacían pasar por vendedores de juguetes.

Sin embargo, Di Giovanni –a pesar de ser bárbaramente torturado durante toda la noche– no había dicho una sola palabra; jamás daría a sus verdugos las señas del lugar donde se hallaban su compañera y su hija.

Pero los “policíacos” –como los llamaban los anarquistas– tuvieron una corazonada y le mostraron el diario de la tarde al detenido Mario Cortucci, diciéndole que todo estaba perdido y que le convenía hablar, a cambio de poner fin a los tormentos. Cortucci evaluó que, a esa altura, la quinta tenía que haber sido necesariamente evacuada y, ya muy entrada la madrugada, dio la dirección de Burzaco.

De inmediato se alistó una comisión de 24 hombres al mando del comisario Fernández Bazán, jefe de Robos y Hurtos, que se dirigió con toda premura hacia allí, haciendo alto sobre el

Camino General Belgrano, unos metros antes de la entrada a la finca, en el preciso instante en que los tres perseguidos salían de la quinta “Ana María”.

Estos, tras un fugaz momento de vacilación, siguieron su camino. Según la versión policial, Fernández Bazán destacó al agente Domingo Dedico a darles la voz de alto; pero este fue abatido por un certero disparo de los anarquistas, generándose un tiroteo en el que resultaron muertos Braulio Rojas y Juan Márquez. Paulino, al agotar sus municiones, intentó retroceder al interior de la quinta; pero fue capturado y reducido de un feroz culatazo en el rostro.

Desde el interior de la finca se escucharon los balazos. Fina apremió a Pieretti: “Escápese por los fondos, que hay mucho campo”, le dijo. El hombre se internó en los maizales y pudo huir de la encerrona, un segundo antes de que la policía irrumpiera en el predio.

Mientras los agentes registraban la casa, comenzaron a juntarse algunos vecinos, atraídos por el tiroteo; entre ellos el dueño de la finca, el ingeniero Chiocci, quien muy excitado exclamó: “¡Pero miren quiénes habían resultado!”. El grupo de curiosos, con la cobardía propia de las turbamultas, se envalentonó ante la vista de Paulino Scarfó —esposado e inmovilizado contra un cerco— y se dispuso a lincharlo, pero él los miró con indiferencia y tranquilamente les dijo: “¿Por qué se rompen? No ven que mañana me van a fusilar...”.

Otro rasgo de esa actitud canallesca, propia de una clase media servil hacia la Autoridad y cruel para con los rebeldes y los desposeídos, lo ofreció el vecino Atilio Angonelli, según él mismo lo relató a Osvaldo Bayer.

Aún en la tarde de aquel viernes 30 de enero, Angonelli seguía fisgoneando por la quinta, cuando un oficial de policía —el comisario Foix, según dijo— le preguntó si podía facilitarle unas copas de champaña; las necesitaba para colocarlas en la mesa del comedor y tomar fotografías para “demostrar” la vida lujosa y regalada que se daban esos “feroces delincuentes”, con el producto de sus tropelías.

Angonelli, solícito, accedió de inmediato y fue a su casa a buscar “unas copas de champaña de finísimo cristal francés”,

que ofreció al mencionado oficial. Y relata así el atribulado alcahuete:

Cuestión es que se las dejé, y cuando las fui a retirar, me devolvieron unas de cristal ordinario, sin ningún valor. Ante mis protestas, me dijeron que eran las únicas que quedaban.

Gracias a la felonía de aquel individuo, un “agente del orden” que estaba allí para proteger a la sociedad “de los delincuentes” podía ahora lucir en su mesa la exquisita cristalería de origen francés. La historia de la Humanidad está repleta de casos como éste.

Pero volviendo a aquella madrugada fatal: había llegado el momento de trasladar a los detenidos y llevarlos a la comisaría de Burzaco, distante a pocas cuadras de allí. Al salir de la quinta, Fina dijo a la pequeña multitud de curiosos: “Quedan allí más de trescientos pollos y gallinas; esos y el maizal son para los pobres de Burzaco”. Nadie hizo caso de aquel bello, noble y postrer gesto.

El saqueo de la quinta fue completo; el botín incluía las cartas de amor que Severino había escrito a Fina durante cuatro largos años y que ella guardaba celosamente. Por otra parte, según el historiador burzaquense Daniel Chiarenza, la imprenta recién comprada por Paulino fue entregada –o, más seguro, vendida a bajo precio– a un histórico imprentero de la zona, Osvaldo Taramasco, y afirma que con ella se imprimió el diario *Tribuna*, del partido de Almirante Brown.

En la obra de Osvaldo Bayer se consigna que José Scarfó –el hermano de Fina, mueblerero, aquel que siempre había simpatizado con los perseguidos– se presentó ante la policía para reclamar las pertenencias de su hermana y que el comisario Foix le entregó muy pocas cosas, apenas unos libros y otros objetos sin mayor valor.

Pero muchos años después, Fina –ya anciana– le confió a su amiga Marina Legaz Bursuk que José había estado aquella noche del 29 de enero entre los curiosos y que había encontrado, tirado en un rincón, sin tapa y sin encuadernar, un ejemplar del *primo volume* de las obras de Reclus, a quien nadie había prestado atención. Y que disimuladamente José recogió aquel último vestigio de la vida del perseguido, lo guardó y lo devolvió a su hermana.

Ella, en su inmenso dolor, conservó aquel recuerdo como un tesoro. Y por el resto de su vida, estuvo convencida de que aquel ejemplar era el único que quedaba en todo el mundo, como mudo testigo de la pasión de Severino.

Di Giovanni fue fusilado en la tétrica Penitenciaría Nacional de la avenida Las Heras el domingo 1° de febrero de 1931 y su fiel amigo y compañero Paulino Scarfó padeció el mismo suplicio al día siguiente. Ambos miraron de frente a sus verdugos, y murieron gritando: “*¡Evviva l’anarchia!*”.

La tumba de Severino, en el cementerio de la Chacarita, amaneció cubierta de rosas rojas; sus compañeros no lo olvidarían jamás. Por eso mismo, el ministro Sánchez Sorondo ordenó montar una guardia permanente en el lugar. *El Diario* de Montevideo comentará socarronamente esta medida, diciendo que se quería

[...] crear un nuevo delito en el Código del Embudo que acababan de confeccionar los ocupantes de la Casa Rosada: el delito de llevar flores al cementerio. La medida nos parece un odio pequeño llevado hasta ultratumba.

Rojas flores para una mujer roja

El tiempo fue pasando lentamente. Fina, a causa de los sufrimientos padecidos, enfermó de úlceras y tuvo que ser operada. Por un tiempo se ganó la vida cosiendo pantalones a 4,50 pesos cada uno; luego se ocupó de ella Salvadora Medina Onrubia, amiga de Simón Radowitzky y esposa del magnate Natalio Botana –proprietario del diario *Crítica*–, quien la tomó como su secretaria privada.

Poco después, Fina conocería a quien iba a ser su otro gran amor: Domingo Landolfi, hombre cercano al ambiente libertario, con quien fundó a principios de la década de 1940 la Editorial Américalee, que publicó lo mejor del pensamiento anarquista y de izquierdas en una época signada por el nazismo.

Con él tuvo tres hijos: Paulina Vanda, Alicia y Héctor.

Landolfi era además impresor de las obras publicadas por Editorial Losada; y en calidad de tal, visitó junto con Fina y sus hijos al poeta Pablo Neruda, en su morada de Isla Negra.

Tras el fallecimiento de Landolfi a mediados de los años cincuenta, Fina dejó la editorial en manos de su hijo Héctor, quien no compartía en absoluto las ideas de sus padres, y terminó convirtiendo a Américalee en una editorial que publicaba títulos tales como “Termoplásticos reforzados” o “Proyectos de viviendas”.

En los años setenta, el joven historiador Osvaldo Bayer se acercó a Fina, interesado en rescatar la memoria histórica de Severino; de aquellas conversaciones nació *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*, la biografía más seria y completa que se ha publicado hasta el presente y cuya información ha nutrido la mayor parte del presente trabajo.

Sin embargo, ella no quedó del todo conforme con la obra; era muy celosa de su privacidad y la publicación parcial de las cartas de amor de Severino le molestó profundamente, así como algunos pasajes del libro, que ella cuestionaba.

A mediados de los noventa, Fina solía asistir a las conferencias ofrecidas en la Federación Libertaria Argentina, “de incógnito”, sin revelar quién era. Allí conoció y se hizo amiga de Marina Legaz Bursuk –a quien pidió que no delatara su presencia–, y con ella sostuvo largas conversaciones, a veces mientras Marina baldeaba el patio del local.

Recuerda Marina que a Fina le encantaba comer sandía, igual que a ella, y que el té de menta era su infusión predilecta.

Ella me decía: “Me hice vegetariana con Paulino; el vegetarianismo florecía en el anarquismo junto al esperanto, era como que esas tres cosas venían en el mismo paquete. Y siempre fui vegetariana, excepto cuando estaba con Severino, y luego con Domingo...”; y bromeaba sobre eso, como que dejaba de ser vegetariana con ellos, por estar sometida a los hombres... Al día de hoy, cuando llega el verano, época de las sandías, su color y su aroma me traen nostalgias de su recuerdo.

Todavía en 1994 –y hasta el final de sus días–, su amor por Severino continuaba ardiendo como una tea encendida. En una conversación con el escritor mendocino Alejandro Crimi, Bayer le decía:

[...] está cada vez más enamorada de Severino; a los 82 años lo idealiza tremendamente. Me dice: “Vos no lo podés describir cuando él me miraba a mí. Vos no podés describir esas noches en que estábamos juntos y él dormía como un santo (...) Además vos nunca lo vas a poder describir, porque no te acostaste con él”.

A lo cual Bayer, entre risas, acotaba: “Mi interés como investigador histórico, por supuesto, no puede llegar hasta esos extremos...”.

En el año 1998, a los 86 años, Fina cursó estudios y se recibió de traductora pública de francés; ya antes había hecho la carrera en idioma italiano. Y apenas recibida, comenzó a cursar la especialización de traductorado literario en francés e italiano, para lo cual iba en colectivo dos veces por día al Instituto de Lenguas Vivas.

Al año siguiente, a raíz de una gestión de Osvaldo Bayer ante el gobierno de Carlos Saúl Menem, Fina pudo recuperar las cartas de Severino que la policía le había arrebatado aquella terrible madrugada del 30 de enero de 1931 y que se conservaban en el Museo Policial.

El hecho tuvo, necesariamente, que causar una fuerte conmoción en la anciana, al traer a tiempo presente recuerdos tan entrañables como dolorosos. Al respecto, su amiga Marina recuerda: “Días antes de la devolución, ella me llamaba por teléfono y me decía: ‘Sueño todas las noches con mi mamá...’, porque la madre, cuando iban a fusilar a Paulino, se arrodilló pidiendo por su hijo...; y ella sentía que ir a buscar las cartas, era como arrodillarse ante la policía”.

En una conversación telefónica con un periodista de *La Nación*, Fina confirmó esos temores. Dice el cronista:

[...] teme ir otra vez a la Casa Rosada; algo que, sospecha, Paulino y su amado jamás le hubieran perdonado. Pero está decidida: “Aunqu sea un pecado de vejez, quiero esas cartas”.

Sin embargo, cuando llegó el momento, Fina hizo gala de una serena dignidad. La entrega la hizo el ministro del Interior Carlos W. Corach en persona, delante de la prensa acreditada. Cristian Alarcón, cronista de *Página 12*, reseñó ese momento con estas palabras:

Esperó que terminaran las declaraciones oficiales, y habló de una vez para todos: “Primero quiero aclararles que yo vengo a buscar algo que es mío, que quede claro. Y luego les pido disculpas, pero visitar esta casa es muy doloroso”. Josefina recordó entonces a su madre, “una mujer tan digna que vino aquí a arrodillarse y pedir clemencia por su hijo”. (...) “Fue desde acá –subrayó Josefina– de donde salió el cúmplase de Uriburu. Y después cuántas madres que no saben dónde están sus hijos. Fue de acá de donde salieron otras órdenes para matar a infinidad de jóvenes”.

Es de imaginarse los sentimientos de aquella anciana, de profundos ojos negros y blanca cabellera, al reencontrarse por la noche a solas con Severino a través de sus cartas, 68 años después de aquella espantosa tragedia.

América Josefina Scarfó falleció el 26 de agosto de 2006, a los 93 años de edad. Sus cenizas fueron esparcidas en el pequeño jardín de la Federación Libertaria Argentina.

En el año 2015, su figura fue tema del film documental *Los ojos de América*, de Daiana Rosenfeld y Aníbal Garisto; y en la actualidad se está rodando –de manera autogestionada– la película *Severino Di Giovanni*, de Pablo Soler Jover, por la Compañía Argentina de Cine Libertario, en cuyo reparto figura Gaby Scarfó, nieta de Alejandro.

Poco antes de partir Fina le dejó a Marina, en custodia, sus cartas y sus libros. Entre ellos figura aquel *primo volume* rescatado por José de la quinta de Burzaco, en cuya contraportada tiene pegado un papel, escrito de su puño y letra, con la leyenda:

Severino y Domingo juntos (mis dos amores)

Una flecha enlaza al primero con estas palabras:

Editor de este libro (1930)

Y otra flecha enlaza al segundo con este texto:

Lo encuadernó en 1932

Entre las primeras hojas del libro, Fina dejó un pétalo de rosa roja. Roja como las rosas que cubrieron la tumba de Di Giovanni en la noche del suplicio, y roja como el poema rojo que Raúl González Tuñón dedicó a Severino, cuyos versos finales decían:

*El hombre fusilado debe estar ya medio destruido en
Chacarita.*

*América Scarfó le llevará flores,
y cuando estemos todos muertos muertos,
América Scarfó nos llevará flores.*

Gracias a la gentileza de Marina Legaz Bursuk, Libros de Anarres pudo hacer posible la publicación de este último sueño de Severino Di Giovanni, compartido con tanto amor por Fina.

Valga, pues, la presente reedición de estos *Scritti Sociali* de Reclus, como una roja flor depositada en homenaje a ella; y en ella, a todas aquellas valientes personas, mujeres y hombres, que cifraron –y cifran– sus destinos en la esperanza de la Anarquía.

Horacio Ricardo Silva, octubre de 2016.



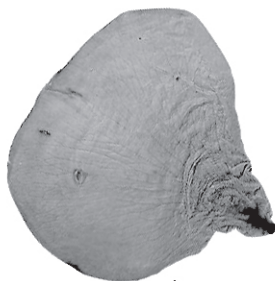
A decorative border surrounds the text, featuring a landscape with trees on the left and floral motifs on the right.

**Impressioni e Ricordi
su Eliseo Reclus
di Luigi Galleani**

Il presente volume si può richiedere ai seguenti indirizzi:

**Nel Sud America, nell'Australia e nell'Europa a:
Juan Campiglia, calle Piedad 1305 - Montevideo
(Uruguay).**

**Nel Nord America a: "L'Adunata dei Refrattari",
Box 1, Station 18 - Newark, New Jersey (U.S.A.)**



IMPRESIONES Y RECUERDOS DE ELISEO RECLUS

(Traducción del italiano: Aldo Brandani)

Nosotros no pensábamos que tan pronto tuviéramos que recordar su última hora desde estas columnas —cuando apenas hace un mes que él nos escribía con su habitual y juvenil vigor acerca de sus nuevas esperanzas, de los nuevos trabajos a los cuales se preparaba, de su fe inalterada en la revolución social, para la cual incluso la vida difícil de sus años tardíos se le hacía grata.

Extenuado por un trabajo titánico, exhausto por una actividad extraordinaria, desgastado en sus últimos años por amarguras indecibles, Eliseo Reclus —para quién toda la vida fue una áspera batalla de pensamiento y acción, sembrada de rebeliones altivas y gestos de un coraje a toda prueba— se apagó serenamente en Bruselas, la mañana del 5 de julio actual.

Testimonian su titánico trabajo los veinte volúmenes de su *Nueva Geografía Universal* en la cual, para decirlo con el Dante, describió lo profundo del universo entero, más allá de la tierra, de toda la tierra aún en sus más recónditos y secretos recovecos, incluyendo la constitución cósmica, la flora, la fauna, el clima, la etnología y la historia, las leyes, los usos, los caracteres, las obras y las aspiraciones sobre las que nunca calló su libre juicio de hombre de libertad, su aguda observación de pensador, de filósofo y de maravilloso científico.

Es la historia universal del mundo estudiada en los sitios y en los documentos de la naturaleza y de la historia. Durante cincuenta años recorrió todas las regiones del globo, desde Australia a Europa, del África al Asia, a la América, explorando de cada tierra el misterio, de cada pueblo el origen el pensamiento y las vivencias, hablando todas las lenguas, amando a todos los hombres, recogiendo de cada tradición y de cada palpitar de siglos de la historia, del arte, de la poesía y de las luchas de cada tiempo, la prueba de la verdad a la que había sacrificado juventud, honores y comodidades: así como la vida asciende desde la coerción a la libertad, así desde la esclavitud a la autonomía asciende la humanidad y hacia la anarquía marchan el pensamiento y la historia.

Para documentar este ascenso del progreso humano completó la *Geografía Universal* con su maravillosa nueva obra: *El Hombre y la Tierra*.

Esas son sus dos obras capitales pero, ¿quién podría ahora contar las obras menores, menores en volumen no en valor, que durante medio siglo de apostolado científico y libertario él difundió entre los jóvenes: *La Historia de un arroyo*, *Historia de una montaña*, *Ciudades climáticas del Mediterráneo*, *Proyecciones Esféricas*, etc.?

Y es que Eliseo Reclus era un trabajador formidable que pasaba catorce horas por día en el escritorio, comiendo apenas, bebiendo poquísimo, limitando toda su gimnasia a un breve paseo al atardecer y, cuando el tiempo y la estación lo permitían, a darse un baño en el azul Lemano sobre cuyas riberas, después de las persecuciones y del bando del gobierno de pésima fama del 4 de setiembre, vivió la mayor parte de su vida, meditó y escribió la mayor parte de sus obras.

En Clarens, viviendo con él en la íntima fraternidad del trabajo, de las aspiraciones, de las esperanzas comunes durante meses y meses, hemos podido apreciar sus maravillosas actitudes frente al trabajo, su insuperada bondad, su coraje heroico, su infinita modestia, y comprender cuánto hay de cierto en el breve comentario que le dedica P. Kropotkin en sus memorias autobiográficas.

Eliseo Reclus, el gran geógrafo, otro de los refugiados de la Comuna, es el tipo del verdadero puritano por su modo de vida y, desde el punto de vista intelectual, el tipo de filósofo enciclopedista del siglo XVIII; es el hombre que inspira a otros pero que no gobierna ni gobernará nunca a nadie, es el anarquista cuyo anarquismo no es más que la síntesis de su vasto y profundo conocimiento de las manifestaciones de la vida humana bajo todos los climas, en todas las épocas de la civilización, cuyos libros son sin duda la mejor gloria del siglo, cuyo estilo de una belleza sugestiva conmueve el alma y la conciencia, es el hombre que entrando a la redacción de un periódico anarquista pregunta al redactor, como si fuese un niño: “¿Qué debo hacer?” y se sienta como un humilde cronista a rellenar con numerosas líneas los vacíos del número que está a punto de entrar a imprenta; es el hombre que durante la Comuna se hizo de un fusil y sin

aspavientos se alistó entre los combatientes; es el hombre que si invita a un colaborador a trabajar sobre un volumen de su geografía, célebre en el mundo entero, y el colaborador le pregunta muy tímidamente: “¿Qué debo hacer?”, contesta: “Aquí están los libros, aquí una mesa, haga lo que le parezca.

Así era verdaderamente, ejemplo vivo de sinceridad, firmeza y bondad. El imperio del que, con sólo 21 años, era un implacable enemigo, lo había conducido al exilio en 1851 forzándolo a todas las miserias y todas las penurias. En aquellas primeras peregrinaciones, en aquellos primeros años de vagabundeo exilado, concibió su grandioso y arduo sueño de una geografía universal mientras que, junto y en el seno de los proletarios de toda lengua y de toda patria, entre las ansias y miserias comunes, creció su amor a la justicia y a la libertad en las que tuvo fe aún durante las más graves contingencias de la vida. Cuando, luego de la Comuna, el gobierno del 4 de septiembre, debido a las protestas de los institutos científicos de dos mundos, tuvo que conmutar en exilio la deportación a la que lo había condenado, no quiso retornar a Francia, ni retornó hasta que de la amnistía gozaron en 1881 todos los condenados de la Comuna.

Cuando después de la explosión de la Place Bellecour en Lyon fueron arrestados todos los redactores de la *Revolte*: Kropotkin, Gauthier, Regis Faure, Bordat y otros compañeros, el Procurador General, aún sin tener el coraje de echarle mano al científico a quién las simpatías de todo el mundo protegían, se la pasaba farfullando que entre los alborotadores del atentado estaba sin lugar a dudas Eliseo Reclus, quién providencialmente se había refugiado en Suiza.

Efectivamente, Reclus habitaba desde hacía años en Clarens, pero habiendo sabido de las excelentísimas chácharas del Procurador General de la República en Lyon le escribió simplemente:

Sé que sospecha de mí, que quisiera juntarme con mis compañeros arrestados y detenidos luego de la explosión de la Plaza Bellecour. Si lo demoran las preocupaciones y las dificultades de la extradición tengo el honor de decirle que me presentaré en las cárceles de Lyon en el día y la hora que Ud. desee indicarme.

En el mismo año, al asistir a la boda de su adorada Giuseppina, desposada con un camarada, sin ceremonias religiosas ni civiles, celebró esa unión libre con un vibrante himno a la libertad del amor y, a los enojos y maldiciones de la gente de bien escandalizada por tanta audacia, opuso en mitines y en periódicos su serena concepción de la libertad del amor y de la libre educación del pueblo.

Cuando después de los procesos de Ravachol en Montbrison muchos anarquistas titubearon, se apartaron y dudaron, temerosos de asumir con el iconoclasta responsabilidades tanto más odiosas cuanto que desde cada tribuna resplandecían más rígidos que nunca los cánones de la moral burguesa, Eliseo Reclus escribió en la *Revolte* que, en ese momento, Ravachol, más que cualquier otro, tenía el derecho a la admiración y devoción de los camaradas.

Pagaba siempre así el más noble de los tributos a su ideal, sin ostentaciones, sin frases: el de igualar el pensamiento a la acción, la vida al ideal.

Habría podido estar entre los inmortales de la Academia y del Instituto, habría podido recoger a manos llenas honores, condecoraciones, beneficios y prebendas. No quiso. Recusó obstinado a los ídolos, a los fetiches, a las supersticiones –cualesquiera fuese el nombre, el verbo o la cucarda– reverencias y homenajes; vivió de su trabajo, ilustró con su genio a dos generaciones, murió pobre y desnudo.

Como iconoclastas, nosotros no tenemos la religión de los individuos y los nombres, aunque sean gloriosos como el de Eliseo Reclus; pero pioneros insumisos del mundo que enrojece en el turbio y lejano horizonte, nosotros tenemos la religión y el culto de la energía, de las energías rebeldes, de los impulsos innovadores, de las audacias subversivas de las que Eliseo Reclus fue la síntesis gloriosa y luminosa.

Y el eclipse angustioso de esta energía suprema, que le habló al campesino como a un hermano, que inculcó al científico su sueño de amor y de belleza, que habló de revuelta y de resurrección

a los vencidos de hoy, que a los vencidos del mañana dejó la esperanza, en nombre de la plebe generosa, del olvido y la piedad, y a todos habló con la masculina sugerencia del ejemplo de libertad y justicia, deja un vacío desesperante en nuestra alma que pregunta, vanamente, dónde y cuándo surgirá de la multitud de medias conciencias, de medias creencias y de medio carácter quien herede y continúe su obra científica, de coraje y de bondad.

Por ello, sobre su tumba, a las exuberantes siemprevivas de la perenne gratitud de los buenos se entrelazan los pálidos crisantemos de un amargo lamento sin fin.

* * *

En este momento me parece estar viéndolo frente a mí —como si no hubiesen pasado quince años desde aquellos días, el codo apoyado sobre la mesa cargada de libros, de apuntes, de mapas, la mano tenue y blanca bajo el firme mentón, y los ojos, los ojos verdes fijos más allá de las ventanas vidriadas, allende las glicinas floridas del jardín, más allá de la cinta azul del Lemano, allende los selváticos contrafuertes de los Alpes, de las cumbres blanquecinas y refulgentes del Monte Blanco— en uno de sus elevados momentos de recogimiento que parecían ser sus fugaces instantes de descanso, pero que bajo la apariencia del abandono no eran sino las crisis agudas de la pertinaz síntesis, activa, laboriosa.

Así, él trabajaba desde las primeras horas de la mañana hasta las once de la noche con algún breve descanso entre las doce y la una, y entre las cinco y las siete. Tenía frente a los ojos de la mente la trama lúcida y precisa de su trabajo, hojeaba con cuidadosa meticulosidad los apuntes y las memorias que nosotros recogíamos para él y releída la última página del día anterior buscaba, afuera, a la intemperie, en la cuenca azul del lago y en el cielo, el crisol de las asimilaciones rápidas y de la síntesis matemática integral de las cifras y los hechos, de la cronología, de la historia y de la ciencia.

A veces pasaba por sus ojos glaucos un chispeante refucilo, pasaba sobre la amplia frente y sobre las arcadas corintias de sus cejas como un temblor, el relámpago de una idea, el triunfo de un silogismo, el limpio chorro de una frase, y después sereno

y leve bajaba sobre los papeles dispersos la hermosa cabeza leonina y con su microscópica caligrafía delicada y precisa irrigaba durante horas y horas, sin un descanso, sin un borrón, las grandes hojas blancas que reflejarán por siglos la ciclópea obra de su vastísima mente, de su extraordinaria cultura; de su pensamiento inmune a toda duda, a todo dogma, a todo misterio.

Era así todos los días, todo el año, nunca una tregua, nunca la rebelión de un disgusto o de una molestia, era así todos los días como quien paga sin resignarse un penoso tributo de expiación a una turbia fatalidad, pero serenamente, como el sembrador que prodiga la exuberante y generosa simiente del pan y de la vida en el yermo fecundado con su sudor y su fatiga.

Y así entregó cincuenta años de energía, de estudio y de trabajo a revelarnos, documentada por la suma de los descubrimientos geológicos, la historia de la tierra, a descubrir los manantiales de la vida, a reconstruir, severo y rígido, a través de la etnografía del universo, la historia de nuestra especie, a proyectar este inmenso y luminoso compendio de verdad sobre el calvario las luchas y las sombras del pasado, sobre las aspiraciones y el destino de libertad, de justicia y de amor que se cumplirán en un remoto mañana, cumpliendo así la promesa de Carlos Darwin que con su formidable apelación a los rufianes del 4 de Setiembre, en nombre de la humanidad y de la ciencia, lo arrancó de los pontones de la Tercera República.

Recuerdo un árido mediodía de agosto: el bochorno pesaba sobre el inmóvil lago, refulgente como sobre una inmensa lámina de acero bruñido, pesaba sobre los cansados viñedos de la colina invadiendo la penumbra del vasto estudio en el que, frente a frente, trabajábamos sobre algunos datos estadísticos de la república de Guatemala.

Como cada día, también esa tarde él me había regañado por haber ido a trabajar:

Tú tienes necesidad de aire, de luz, de sol, de mucho sol, de mucho movimiento –me decía– y el aire encerrado de este estudio no te hace bien, ve a Clarens, volverás mañana, con tu trabajo de esta mañana me alcanza.

Pero a mí no me alcanzaba; es cierto que había apenas desembarcado de una larga peregrinación por las más inmundas cárceles de Francia y el cuidado del aire y del sol no habrían podido más que beneficiarme. Pero, ¿qué habría hecho en Clarens ocioso durante ocho o nueve horas y qué disfrute podría serme más reconstituyente y más bienvenido que los cuartos de hora de siesta en los que, posada la pluma, Eliseo rebuscaba para mí en el rico alhajero de los recuerdos, o resolviendo alguna duda animaba de firmes esperanzas mis íntimas aspiraciones rebeldes?

Entonces me quedaba allí, a su lado, trabajando y leyendo, interrumpiendo alguna vez imprevistamente con una pregunta audaz su fiebre de trabajo y, bajo la caricia de la palabra simple y buena, yo bebía a grandes sorbos la felicidad y la alegría. ¿Por qué debería haberme ido?

Ese día nos interrumpió una de estas felices treguas la asisenta, que entrando entregó a Eliseo dos tarjetas de visita: eran Floquet, presidente de la Cámara Francesa, y de Freycinet, que por entonces era, si la memoria no me engaña, ministro de guerra, los que pedían respetuosamente presentar sus respetos al ilustre geógrafo Eliseo Reclus.

–Contésteles que Reclus no puede recibir–, dijo firmemente, haciendo salir a la doncella, y a mí que me había levantado para irme, me dijo simplemente: “*reste-la, je ne recevrai pas ces crapules*”¹.

Por un momento me pareció que él quería darme la razón íntima de su agria negativa, que quería desahogar la íntima amargura que esos dos nombres, devenidos célebres mediante intrigas y abjuraciones, le traían a la memoria y a los labios, pero un leve rubor se le difundió sobre el pálido rostro, miró más allá de las glicinas inclinadas sobre el espejo abrasador del lago, e inclinando la blanquísima cabeza sobre las grandes hojas blancas, murmuró apenas: “¡mejor trabajar!”.

Pero no podríamos trabajar ese día: el silencio se había apenas entremetido entre nosotros que Teresa, la gobernanta, regresando me murmuró: “afuera alguien quiere verlo”. Me levanté muy despacio para no turbarlo y encontré en el vestíbulo, feliz

¹ En francés en el original. “Quédese, yo no recibiré a estos crápulas”. [N. de. E.]

sorpresa, a un excelente camarada, Augusto, con quién pocos meses atrás habíamos dividido el pan negro de la república en Mazas, en Chaumont, en Lyon² y que, repatriado a la fuerza, había partido *pedibus calcantibus*³ desde Milán, y a pie retornaba a París. Era entonces un adolescente, casi un niño, pero lleno de ardor e inteligencia y a quién las luchas, las desventuras y los años le han dado experiencia y cultura pero sin quitarle nada de su antiguo vigor y de su invariable bondad. Yo lo tenía entonces, como lo tengo hoy, entre los camaradas buenos y fuertes de Italia, queridísimo.

¡Pero en qué estado! Por las escarpas del Sempione había dejado más de la mitad de los zapatos, los descansos cotidianos a la sombra de los hospitalarios pajares le habían dañado malditamente la ropa trezando a los rulos leonados de su cabeza dantoniana tantas hebras de paja como tantos eran sus cabellos, los codos le reían al sol, mientras que los pies se asomaban del calzado destartalado estirándose indóciles.

Le di la llave de mi cuartito y lo mandé a recomponerse con mi indumentaria, donde los trapos por lo menos estaban remendados y lavados, y besándolo nuevamente le rogué que volviera enseguida a encontrarme: festejaríamos gloriosamente el muy propicio encuentro.

—¿Novedades?— preguntó ansioso Eliseo.

—Un excelente camarada de Italia que viene de Milán y va a París a... pie.

—¿Por qué no lo hiciste entrar?

—Pero se está aseando, pobre diablo...

—¡Qué importa! Hazlo entrar, ya que es tan joven y bueno me interesa verlo y conocerlo.

Debí salir a llamarlo. Augusto subía lentamente el corto tramo sobre el cual sobresalía mi casucha, arrastrándose cansado e incierto. Volvió enseguida, así como estaba, y él, el *trimardeur*⁴ desarrapado, polvoriento y perseguido, en el vasto estudio que se había cerrado media hora antes a dos excelencias, a dos fastuosos dominadores, destellaba de alegría entre los brazos de Eliseo Reclus que lo asediaba a preguntas sobre el movimiento en Italia, sobre los camaradas de Milán, sus luchas recientes,

² Se refiere a las prisiones francesas. [N. de E.]

³ En latín en el original: a pie. [N. de E.]

⁴ En francés en el original: vagabundo. [N. de E.]

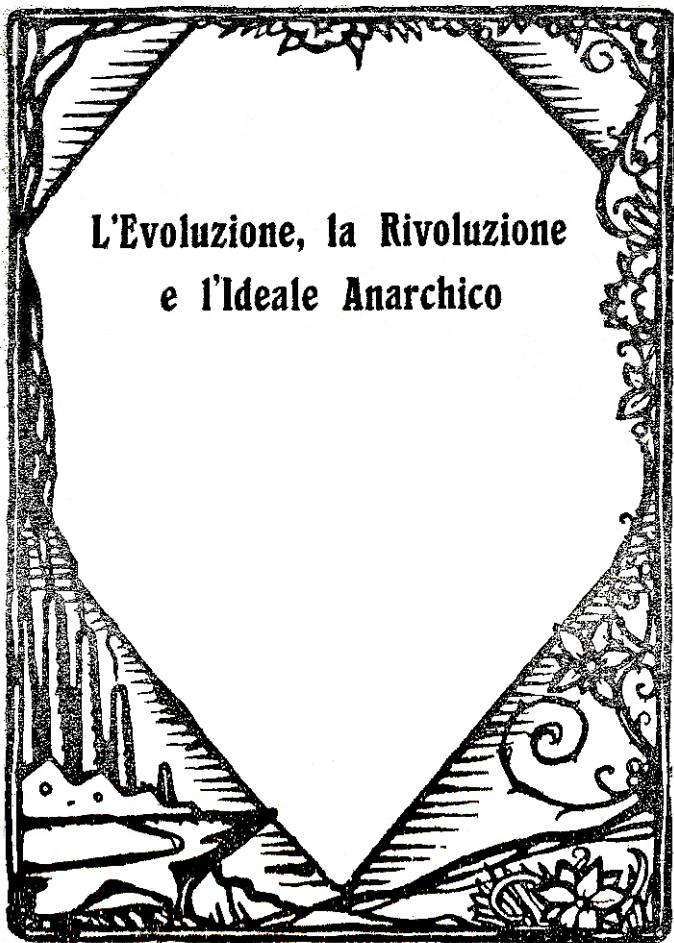
sus propósitos a futuro, sobre las condiciones del trabajo y de la vida, suave como una niña, afectuoso como un hermano, modesto y delicado como todos los grandes, como todos los buenos.

Porque es difícil decir si en Eliseo la vastísima mente fue más grande que la abierta y sincera bondad de su inmenso corazón.

LUIGI GALLEANI

Cronaca Sovversiva, 15-29 julio 1905





SCRITTI SOCIALI di Eliseo Reclus

2

EVOLUCIÓN, REVOLUCIÓN Y EL IDEAL ANÁRQUICO

Título del original en francés:

L'ÉVOLUTION, LA RÉVOLUTION ET L'IDÉAL ANARCHIQUE

Traducción del original francés: A. López Rodrigo

Revisión y notas: Juan Carlos Pujalte

Di questo lavoro di Eliseo Reclus venne già pubblicato, anni sono, un estratto in opuscolo: **Evoluzione e Rivoluzione**, di una grande diffusione. Noi invece pubblichiamo l'opera completa che sarebbe la prima traduzione italiana (di Carlo Molaschi, comparso sulla rivista **Pagine Libertarie** di Milano nell'agosto 1921 all'aprile 1922).

Avvertiamo i lettori che l'opera in francese (*L'Evolution, la Revolution et l'Idéal anarchique*, par Elisée Reclus, Paris, Librairie P. V. Stock, 1897, 296 pagg., 18.0. N.º 19 della "Bibliothèque sociologique"). Una sesta edizione riveduta è dell'anno 1906. L'ultima, nuova edizione, è stata stampata nel 1921 dallo stesso editore parigino: P. V. Stock), non è ché lo sviluppo di un discorso pronunciato dall'autore in pubblico a Ginevra il 5 febbraio 1880.



ADVERTENCIA

Este libro es el desarrollo de un discurso pronunciado, hace más de veinte años, en una reunión pública en Ginebra y luego publicado como folleto en diversas lenguas.

E. R.

Bruselas, 1 de julio de 1902



Che cosa é l'Anarchia? "La vita senza padroni", per la società come per l'individuo; l'accordo sociale determinato non dall'autorità e dall'obbedienza, dalla legge e dalle sue sanzioni penali, ma dalla libera associazione degli individui e dei gruppi, in conformità dei bisogni e degli interessi di tutti e di ciascuno.

ELISEO RECLUS.





I

Evolución del universo y revoluciones parciales. Falsa acepción de los términos “Evolución” y “Revolución”. Evolucionistas hipócritas, timoratos o cortos de vista. Evolución y Revolución: dos estados sucesivos de un mismo fenómeno.

La evolución es el movimiento infinito de todo lo que existe, la transformación incesante del Universo y de todas sus partes, desde los orígenes eternos y durante el infinito de los tiempos. Las vías lácteas que hacen su aparición en los espacios sin límites, que se condensan y se disuelven durante millones y miles de millones de siglos, las estrellas, los astros que nacen, que se agregan y que mueren, nuestro torbellino solar con su astro central, sus planetas y lunas y, en los estrechos límites de nuestro pequeño globo terráqueo, las montañas que surgen y que de nuevo se borran, los océanos que se forman y luego se secan, los ríos que perlan los valles y luego se evaporan como el rocío matutino, las generaciones de plantas, de animales y de hombres que se suceden, y las millones de vidas imperceptibles, desde el hombre hasta el mosquito, todo esto no es más que el fenómeno de la gran evolución, arrastrando todas las cosas en su torbellino sin fin.

En comparación con este hecho primordial de la evolución y de la vida universal, ¿qué son todos esos pequeños acontecimientos llamados revoluciones, astronómicas, geológicas o políticas? Vibraciones casi insensibles, apariencias, podríamos decir. Las revoluciones se suceden por miríadas y miríadas en la evolución universal pero, por mínimas que estas sean, forman parte de ese movimiento infinito.

Así es que la ciencia no ve ninguna diferencia entre las dos palabras –evolución y revolución– que se parecen mucho, pero que en el lenguaje común son empleadas en un sentido completamente diferente al de su significado original.

Lejos de ver en ellas hechos de un mismo orden, que no difieren más que en la amplitud del movimiento, los hombres timoratos, a los que cualquier cambio llena de miedo, pretenden dar a los dos términos un sentido absolutamente opuesto. La *Evolución*, sinónimo de desarrollo gradual, continuo, en las ideas y las costumbres, es presentada como si fuera lo contrario

de esa cosa espantosa, la *Revolución*, que implica cambios más o menos bruscos en los hechos. Es con un entusiasmo aparente o aun sincero, que discurren sobre la evolución, sobre los progresos lentos que se realizan en las células cerebrales, en el secreto de las inteligencias y de los corazones; pero que no se les hable de la abominable revolución, que se escapa súbitamente de los espíritus para explotar en las calles, acompañada casi siempre del ulular de la multitud y del estrépito de las armas.

Constatemos primero que es una prueba de ignorancia el establecer entre la evolución y la revolución un contraste de paz y de guerra, de dulzura y de violencia. Las revoluciones pueden producirse pacíficamente, a consecuencia de un cambio súbito del medio que impliquen una brusca modificación en los intereses y, a su vez, las evoluciones pueden ser en extremo trabajosas, entremezcladas con guerras y persecuciones.

Si la palabra evolución es aceptada fácilmente por los mismos que ven con horror a los revolucionarios, es que no se han dado cuenta de su valor, pues no la desean a ningún precio. Hablan bien del progreso en términos generales, pero rechazan el progreso en particular. Encuentran que es bueno que la sociedad, por mala que sea y tal como ellos mismos la ven, sea conservada. Les alcanza con que ella realice su ideal: riqueza, poder, consideración, bienestar. Ya que hay ricos y pobres, poderosos y sometidos, amos y servidores, césares que ordenan el combate y gladiadores que van a morir, las personas razonables no tienen más que ponerse del lado de los ricos y de los patrones y hacerse cortesanos de los césares. Esta sociedad da pan, dinero, empleos, honores. ¡Y bien!, que los hombres de espíritu se las arreglen de modo que puedan tomar su parte, y lo más grande posible, de todos los presentes del destino. Si alguna buena estrella, presidiendo su nacimiento, los ha dispensado de toda lucha dándoles por herencia lo necesario y lo superfluo, ¿de qué pueden quejarse? Buscan convencerse de que todo el mundo está tan satisfecho como lo están ellos: para el hombre ahíto todo el mundo ha cenado bien. En cuanto al egoísta a quien la sociedad no ha enriquecido desde la cuna, y que por sí mismo está descontento con el estado de cosas, al menos puede esperar conquistar su empleo mediante la intriga o la adulación, por un feliz golpe de la suerte o por un arduo trabajo al servicio de los poderosos. ¿Qué sentido tendrá para él la evolución social? ¡Evolucionar hacia la fortuna es su única ambición! Lejos de

buscar la justicia para todos, le basta con aspirar al privilegio para su propia persona.

Sin embargo, existen espíritus timoratos que creen honestamente en la evolución de las ideas, que confían vagamente en una transformación correspondiente de las cosas y que no obstante, por un sentimiento de temor instintivo, casi físico, quieren evitar toda revolución, al menos durante sus vidas. Ellos la evocan y la conjuran al mismo tiempo: critican la sociedad presente y sueñan con la sociedad futura, como si esta debiera aparecer súbitamente, por una suerte de milagro, sin que se produzca el menor crujido de ruptura entre el mundo pasado y el mundo futuro. Seres incompletos, no tienen más que el deseo sin tener el pensamiento; ellos imaginan, pero carecen de voluntad. Perteneciendo a dos mundos a la vez, están fatalmente condenados a traicionar al uno y al otro: en una sociedad de conservadores son un elemento de disolución, por sus ideas y su lenguaje; en la de los revolucionarios devienen reaccionarios a ultranza, abjurando de sus instintos de juventud, y como el perro del que nos habla el Evangelio, “vuelven a lo que han vomitado”⁵. Así se explica que durante la Revolución los defensores más ardientes del antiguo régimen fueran aquellos que antes lo habían perseguido con sus burlas; de precursores se convirtieron en renegados. Como los inhábiles magos de la leyenda⁶, se dieron cuenta muy tarde que habían desencadenado una fuerza demasiado aterradora para su débil voluntad, para sus tímidas manos.

Otra clase de evolucionistas es la de aquellas personas que en el conjunto de los cambios a realizar no ven más que uno sólo, y se dedican a su realización estricta y metódicamente, sin preocuparse de otras transformaciones sociales; desde el vamos han limitado y acotado su campo de acción. Algunas personas ingeniosas han querido por este procedimiento mantenerse en paz con su conciencia y trabajar por la futura revolución sin riesgo para sí mismos. Con el pretexto de consagrar sus esfuerzos a una reforma de realización próxima, pierden completamente de vista todo ideal superior y hasta lo rechazan con cólera, para que no

⁵ Proverbios 26: 11. “Como el perro que vuelve a su vómito. Así es el necio que repite su necesidad”. Reina-Valera, revisión 1960. [N. de E.]

⁶ Reclus evoca aquí la obra de Goethe *Der Zauberlehrling* popularizada entonces por el poema sinfónico *El aprendiz de brujo*, de Paul Dukas y, en el siglo próximo pasado, por el film *Fantasia* de Walt Disney. [N. de E.]

se suponga que ellos lo comparten. Otros, más honestos o completamente respetables, y hasta vagamente útiles a la realización de la gran obra, son aquellos que, por estrechez de espíritu, sólo tienen un progreso en vista. La sinceridad de su pensamiento y de su conducta los coloca por encima de nuestra crítica: nosotros los consideramos hermanos, aunque reconociendo con tristeza cuan estrecho es el campo de lucha en el cual se encuentran ubicados, y cómo, por su única y especial cólera contra un solo abuso, parecen tener por justas las demás iniquidades.

No hablo de aquellos que han tomado como objetivos, por lo demás excelentes, ya sea la reforma de la ortografía, la reglamentación de la hora o el cambio del meridiano, la supresión de los corsets o de los gorros de pelo; pero hay tareas de propaganda más serias y que no se prestan en absoluto al ridículo y que exigen a sus defensores coraje, perseverancia y dedicación. Cuando en los innovadores hay rectitud perfecta, fervor de sacrificio y desprecio del peligro, el revolucionario le debe, a cambio, simpatía y respeto. Así, por ejemplo, cuando vemos una mujer pura de sentimientos, noble de carácter y exenta de todo escándalo ante la opinión, descender hasta la prostituta y decirle: “Eres mi hermana; vengo a aliarme contigo para luchar contra el inspector de moralidad que te insulta y manosea, contra el médico de la policía que te hace arrestar por los oficiales de justicia y que te viola en su visita, contra la sociedad entera que te desprecia y pisotea”, ninguno de nosotros se detiene en consideraciones generales para regatearle el respeto a la valiente evolucionista en lucha contra la impudicia del mundo oficial. Sin duda podríamos decirle que todas las revoluciones se entrelazan, que la revuelta del individuo contra el Estado abraza tanto la causa del forzado y de cualquier otro réprobo, como así también la de la prostituta; pero no por eso dejamos de quedar embargados de admiración por los que combaten el buen combate en ese campo estrecho y cerrado. De la misma manera tenemos por héroes a todos aquellos que, no importa en que país ni en que siglo, han sabido consagrarse sin segundas intenciones a una causa común, por pequeño que haya sido su horizonte. Que cada uno de nosotros los salude con emoción y que se diga: “sepamos igualarlos en nuestro campo de batalla, que es más vasto, ya que comprende la tierra entera”.

Efectivamente, la evolución abarca el conjunto de las cosas humanas y la revolución debe abarcarlas también, aunque no siempre haya un paralelismo evidente en los acontecimientos parciales de los que se compone el conjunto de la vida de las sociedades. Todos los progresos son solidarios, y nosotros los deseamos todos, en la medida de nuestros conocimientos y de nuestra fuerza: progresos sociales y políticos, morales y materiales, de ciencia, de arte o de industria. Evolucionistas en todas las cosas, somos igualmente revolucionarios en todo, sabiendo que la historia misma no es otra cosa que la serie de realizaciones que suceden a las preparaciones. La gran evolución intelectual que emancipa los espíritus tiene por consecuencia lógica la emancipación, de hecho, de los individuos en todas sus relaciones con los otros individuos.

Así, podemos decir que la evolución y la revolución son dos actos sucesivos de un mismo fenómeno; la evolución precediendo a la revolución, y esta precediendo a una nueva evolución, madre de revoluciones futuras. ¿Puede producirse un cambio sin producir un súbito desplazamiento en el equilibrio en la vida? ¿La revolución no debe suceder necesariamente a la evolución, al igual que el acto sucede a la voluntad de actuar? Una y otra no difieren más que por la época de su aparición. Un desmoronamiento obstruye un río, las aguas se acumulan poco a poco detrás del obstáculo y, por una lenta evolución, se forma un lago; luego, repentinamente, aguas abajo, se produce una infiltración en el dique y la caída de una piedra decidirá el cataclismo. El obstáculo será arrastrado violentamente y el lago vaciado volverá a ser río. Así habrá ocurrido una pequeña revolución terrestre.

Si la revolución viene siempre retrasada respecto a la evolución, hay que buscar la causa en la resistencia del medio ambiente: el agua de una corriente rumorea en sus orillas porque ellas la retardan en su marcha; el trueno retumba en el cielo porque la atmósfera opone resistencia a la chispa salida de la nube. Cada transformación de la materia, cada realización de una idea, en el período mismo del cambio, está contrariada por la inercia del medio y el nuevo fenómeno no puede producirse sino por un esfuerzo tanto más violento cuanto más grande es la resistencia que encuentra. Lo ha dicho Herder⁷ hablando de la Revolución Francesa:

⁷ Johann Gottfried von Herder (1744-1803): filósofo, teólogo y crítico literario alemán, precursor del romanticismo. [N. de E.]

La semilla cae sobre la tierra, durante mucho tiempo parece muerta y, repentinamente, empuja su penacho apical, desplaza la dura tierra que la recubre, violenta a la arcilla enemiga, y he aquí que la tenemos convertida en planta que florece y madura sus frutos.

Y el niño, ¿cómo nace? Después de haber permanecido nueve meses en las tinieblas del vientre materno, también es con violencia que escapa desgarrando su envoltura y, a veces, hasta matando a su madre. Tales son las revoluciones, consecuencias necesarias de las evoluciones que las han precedido.

Las fórmulas proverbiales son muy peligrosas porque se adopta de buen grado el hábito de repetir las maquinalmente como para evitarse la costumbre de reflexionar. Es así como se repite en todas partes la frase de Linneo⁸: “*Non facit saltus natura*”. Sin duda “la naturaleza no da saltos”, pero cada una de sus evoluciones se produce por un desplazamiento de fuerzas hacia un punto nuevo. El movimiento general de la vida en cada ser en particular y en cada serie de seres no nos muestra una continuidad directa, sino siempre una sucesión indirecta, revolucionaria, por así decirlo. La rama no es el añadido longitudinal de otra rama. La flor no es prolongación de la hoja, ni el pistilo del estambre, y el ovario difiere de los órganos que le han dado nacimiento. El hijo no es continuación del padre o de la madre sino un nuevo ser. El progreso se realiza por un cambio continuo de puntos de partida para cada individuo en particular. Lo mismo pasa con las especies. El árbol genealógico de los seres es, como el árbol mismo, un conjunto de ramas en el que cada una encuentra su fuerza vital, no en la rama precedente sino en la savia originaria. No sucede nada diferente con las grandes evoluciones históricas. Cuando las viejas estructuras, las formas demasiado limitadas del organismo se tornan insuficientes, la vida se desplaza para realizarse en una nueva formación. Una revolución se ha completado.

⁸ Carl von Linneo (1707-1778): naturalista sueco, creador de la taxonomía moderna y de la nomenclatura científica binomial de animales y plantas. [N. de E.]



II

Revoluciones progresivas y revoluciones regresivas. Acontecimientos complejos (progresivos y regresivos a la vez). Falsa atribución del progreso a la voluntad de un dirigente o a la acción de las leyes. Renacimiento, Reforma, Revolución Francesa.

No obstante, las revoluciones no son necesariamente un progreso, como tampoco las evoluciones están siempre orientadas hacia la justicia. Todo cambia, todo se mueve en la naturaleza con un movimiento eterno, pero si hay un progreso también puede haber un retroceso y si las evoluciones tienden a un aumento de vida, hay casos en los que tienden a la muerte.

Detenerse es imposible, es necesario moverse en un sentido u otro y el reaccionario endurecido o el liberal empalagoso que dan gritos de horror ante la palabra revolución, marchan sin embargo hacia una revolución, la última, la que es el gran reposo. La enfermedad, la senilidad, la gangrena, son evoluciones al igual que la pubertad. Tanto la llegada de gusanos a un cadáver, como el primer vagido del niño, indican que una revolución se ha producido. La fisiología, la historia, están para mostrarnos que existen evoluciones que se llaman decadencia y revoluciones que son la muerte.

La historia de la humanidad, a pesar de no sernos conocida más que a medias durante un corto período de algunos millares de años, nos ofrece innumerables ejemplos de poblaciones y de pueblos, de ciudades e imperios que han perecido miserablemente luego de lentas evoluciones que han provocado su caída. Múltiples son los hechos de todo orden que han podido determinar esas enfermedades de naciones y de razas enteras. El clima y el sol pueden haber empeorado, como ha ocurrido ciertamente en vastas extensiones del Asia Central, donde lagos y ríos se han desecado y donde eflorescencias salinas han cubierto tierras antes fértiles. Las invasiones de hordas enemigas han asolado tan a fondo ciertas comarcas que quedarán desoladas para siempre. No obstante, alguna nación ha podido florecer nuevamente luego de la conquista y las masacres, e inclusive después de siglos de opresión: si recae en la barbarie, o definitivamente muere, es en ella y en su constitución íntima, y no en las circunstancias exteriores, donde hay que investigar las

razones de su regresión y de su ruina. Existe una causa mayor, la causa de las causas, que resume la historia de la decadencia. Es la constitución de una parte de la sociedad en dominadora de la otra; es el acaparamiento de la tierra, de los capitales, del poder, de la instrucción y de los honores por uno solo o por una aristocracia. Desde que la multitud imbécil deja de tener el resorte de la revuelta contra este monopolio de un pequeño número de hombres, está virtualmente muerta; su desaparición ya no es más que cuestión de tiempo. Pronto llega la peste negra para limpiar este inútil pulular de individuos sin libertad. Los exterminadores acuden de Oriente o de Occidente y el desierto toma el lugar de ciudades inmensas. Así murieron Asiria y Egipto; así se desmoronó Persia; y cuando todo el imperio romano perteneció a algunos grandes propietarios, el proletario servil pronto fue reemplazado por el bárbaro.

No hay un acontecimiento que no sea doble, un fenómeno de muerte y un fenómeno de renovación a la vez; es decir, la resultante de evoluciones de decadencia y de progreso. Así la caída de Roma constituye, en su inmensa complejidad, todo un conjunto de revoluciones, correspondientes a una serie de evoluciones, donde unas han sido funestas y otras dichosas. Ciertamente para los oprimidos fue un gran alivio la ruina de la formidable máquina de aplastar que pesaba sobre el mundo, y es cierto que, en muchos aspectos, la entrada violenta de todos los pueblos del norte al mundo de la civilización fue también una etapa feliz en la historia humana. Numerosos esclavizados encuentran un poco de libertad en la tormenta a expensas de sus amos; aunque las ciencias y las industrias perecen o se esconden, se destruyen las estatuas, se incendian las bibliotecas. Parece, por así decirlo, que la cadena de los tiempos se ha roto. Los pueblos renuncian a su herencia de conocimientos. A un despotismo sucede otro peor; de una religión muerta surgieron los retoños de una nueva religión nueva, más autoritaria, más cruel, más fanática; y durante un millar de años, una noche de ignorancia y necesidad, propagada por los monjes, se esparció por la Tierra.

Igualmente otros movimientos históricos se presentan bajo dos aspectos, siguiendo los miles de elementos que los componen y donde las múltiples consecuencias se muestran en las transformaciones políticas y sociales. También cada acontecimiento da lugar a juicios muy diversos, correlativos con la amplitud de

comprensión o con los prejuicios del historiador que los aprecia. Así, por ejemplo, para citar un ejemplo famoso, el pujante florecimiento de la literatura francesa en el siglo xvii fue atribuido al genio de Luis xiv, porque este rey se hallaba en el trono en la época misma en que un gran número de hombres, con un lenguaje admirable, producían grandes obras. “La mirada de Luis daba luz a los Corneille”⁹. Es cierto que un siglo más tarde nadie osa pretender que los Voltaire, los Diderot, los Rousseau deben igualmente su genio y su gloria al ojo evocador de Luis xv. Sin embargo, en épocas recientes, ¿no hemos visto al mundo británico precipitarse delante de la reina rindiéndole homenaje por todos los eventos felices, por todos los progresos realizados bajo su reinado, como si esta inmensa evolución fuera debida a los méritos particulares de la soberana? Sin embargo, esta persona de valor mediocre no tuvo más trabajo que el de permanecer aferrada a su trono durante sesenta largos años, la misma constitución que ella estaba constreñida a obedecer la obligó a la abstención política durante este largo espacio de más de medio siglo. Los millones y millones de hombres apretujados en las calles, en las ventanas, sobre los andamios, querían que, a toda costa, ella fuera el genio todopoderoso de la prosperidad inglesa. La hipocresía pública lo exigía, tal vez porque la apoteosis oficial de la reina-emperatriz permitía a la nación adorarse realmente a sí misma. No obstante, hubo voces que faltaron a ese concierto; se pudo ver a los irlandeses hambrientos enarbolar la bandera negra y en las ciudades de la India a las multitudes abalanzándose sobre los palacios y los cuarteles.

Pero hay circunstancias durante las cuales el elogio del poder parece menos absurdo y, a primera vista, completamente justificado. Puede suceder que un buen rey, un Marco Aurelio por ejemplo, un ministro de sentimientos generosos, un funcionario filántropo, en síntesis, un déspota bienhechor, emplee su autoridad en provecho de tal o cual clase del pueblo, tome cualquier medida útil para todos, decrete la abolición de una ley funesta, apoye a los oprimidos para vengarse de poderosos opresores. Son coyunturas felices, pero por la condición misma del medio, se producen de manera excepcional, porque los grandes tienen

⁹ Jacques Delille, *Épître a M. Laurent*. Delille (1738-1813) fue un poeta y traductor francés, ligado a la Academia francesa. [N. de E.]

más ocasiones que todos los demás para abusar de su situación, rodeados, como lo están, por personas interesadas en mostrarles las cosas desde un punto de vista engañoso. Aunque ellos mismos se pasearan disfrazados de noche, como Harun al Raschid¹⁰, les sería imposible saber la verdad completa; y más allá de sus buena voluntad sus actos giran en falso, desviados de su objetivo desde punto de partida, bajo la influencia del capricho, de las dudas, los errores y las faltas, voluntarias o involuntarias cometidas por los agentes encargados de su realización.

No obstante hay casos en los que, efectivamente, la obra de los jefes, reyes, príncipes o legisladores resulta buena en sí, o al menos bastante limpia de impurezas; en estas circunstancias la opinión pública, el sentido común, la voluntad de los de abajo, han forzado a los soberanos a la acción. Pero entonces la iniciativa de los dirigentes no es más que aparente; ceden a una presión que podría ser funesta y que en esa ocasión resulta útil, porque las fluctuaciones de las masas se producen con igual frecuencia en sentido progresivo que en sentido regresivo; más frecuentemente aún cuando la sociedad se encuentra en estado de progreso general. La historia contemporánea de Europa, y sobre todo de Inglaterra, nos ofrece mil ejemplos de medidas equitativas que no provienen en modo alguno de la buena voluntad de los legisladores, sino que fueron impuestas por la masa anónima: el firmante de una ley que reivindica su mérito a los ojos de la historia es sólo el encargado de registrar las decisiones tomadas por el pueblo, su verdadero mandante. Cuando los derechos sobre los cereales fueron abolidos por las Cámaras inglesas, los grandes propietarios, que con sus votos disminuían sus propios recursos, no se habían dejado convertir muy trabajosamente en defensores del bien público, sino que, a pesar de sí mismos, habían acabado por conformarse con las imposiciones directas de la multitud. Por otra parte, cuando en Francia, Napoleón III, aconsejado en secreto por Richard Cobden¹¹, estableció algunas medidas de libre comercio, no estaba apoyado por sus ministros, ni por las Cámaras, ni por la masa de la nación: en

¹⁰ El quinto y más grande califa de la dinastía abasí de Bagdad. Es el famoso soberano de *Las mil y una noches*. [N. de E.]

¹¹ Empresario y político liberal inglés (1804-1865), fundador de la Liga Contra la Ley de Granos e impulsor del libre cambio. [N. de E.]

consecuencia las leyes que hizo votar por orden no podían subsistir, y sus sucesores, confiando en la indiferencia del pueblo, aprovecharon la primera ocasión para restaurar la práctica del proteccionismo y casi de la prohibición, en beneficio de los ricos industriales y los grandes propietarios.

El contacto de civilizaciones diferentes produce situaciones complejas en las cuales uno se puede dejar llevar fácilmente por la ilusión de atribuir a un “poder fuerte” un honor que corresponde a otras causas. Así se hace una gran cosa del hecho de que el gobierno británico de la India haya prohibido los *sutti*, o sacrificio de las viudas en la pira que consumía los cadáveres de sus esposos, cuando lo correcto sería, al contrario, sorprendernos de que las autoridades inglesas hayan resistido tantos años y por tan malas razones al deseo de todos los hombres de corazón, en Europa y en la propia India, de que se suprimieran estos holocaustos; uno se preguntaba con estupor por qué el gobierno se hacía cómplice de los crímenes de una turba de verdugos inmundos y no derogaba las instrucciones brahmánicas, desprovistas de toda sanción, salvo los textos de los Vedas, incostablemente falsificados. Ciertamente la abolición de tales horrores fue un bien, aunque tardío; ¡pero cuántos males también deben ser atribuidos al ejercicio de ese poder “tutelar”, cuántos impuestos opresivos, cuántas miserias y cuántos famélicos cubriendo los caminos con sus cadáveres!

Todo acontecimiento, todo período de la historia, ofrece un doble aspecto, es imposible juzgarlos en bloque. El ejemplo mismo de la renovación que puso fin a la Edad Media y a la noche del pensamiento nos muestra que dos revoluciones pueden realizarse a la vez: una, causa de decadencia, y la otra, de progreso. El período del Renacimiento, que redescubrió los monumentos de la antigüedad, que descifró sus libros y sus enseñanzas, que libró a la ciencia de las fórmulas supersticiosas y lanzó de nuevo a los hombres al camino de los estudios desinteresados, tuvo también por consecuencia la interrupción definitiva del movimiento artístico espontáneo que tan maravillosamente se había desarrollado durante el período de las comunas y de las ciudades libres. Fue como el repentino desborde de un río, destruyendo los cultivos de los campos ribereños: hubo que empezarlo todo nuevamente y ¡cuántas veces la banal imitación de lo antiguo reemplazó obras que al menos tenían el mérito de ser originales!

El renacimiento de las ciencias y las artes fue acompañado paralelamente en el mundo religioso por esa escisión del cristianismo, a la que se ha dado el nombre de Reforma. Por mucho tiempo pareció natural ver en esta revolución una de las crisis bienhechoras de la humanidad, resumida por la conquista del derecho de iniciativa individual, por la emancipación de los espíritus que los sacerdotes habían mantenido en una servil ignorancia: se creyó que en adelante los hombres serían sus propios maestros, iguales unos y otros por la independencia del pensamiento. Pero ahora se sabe que la Reforma fue también la constitución de otras iglesias autoritarias frente a la Iglesia que hasta entonces había poseído el monopolio de la esclavización intelectual. La Reforma desplazó las fortunas y prebendas en provecho de un poder nuevo, y de una y otra parte nacerían las órdenes, jesuitas y contrajesuíticas, para explotar al pueblo bajo nuevas formas. Lutero y Calvino hablaron, con respecto a las personas que no participaban de su manera de ver, el mismo lenguaje de intolerancia feroz que los Santo Domingo y los Inocencio III. Como la Inquisición, ellos hicieron espiar y encarcelar, descuartizar y quemar; su doctrina reposa igualmente en el principio de la obediencia a los reyes y a los intérpretes de la “palabra divina”.

Sin duda existe una diferencia entre el protestante y el católico (hablo de los que lo son sinceramente y no por simple convención de familia); este último es más ingenuamente crédulo, ningún milagro lo asombra; aquel otro hace una elección entre los misterios y sostiene con más tenacidad aquellos que cree haber sondeado. Ve en su religión una obra personal, como una creación de su genio. Si deja de creer, el católico deja de ser cristiano; en tanto que, generalmente, el protestante razonador, cuando modifica sus interpretaciones de la “palabra divina”, no hace más que entrar en una nueva secta: permanece siendo discípulo de Cristo; místico inconvertible, conserva la ilusión de sus razonamientos. Los pueblos contrastan como los individuos, siguiendo la religión que profesan y que más o menos penetra su esencia moral. Los protestantes tienen ciertamente más iniciativa y más método en su conducta, pero cuando este método se aplica al mal, es con un impiadoso rigor. ¡Que se recuerde si no el fervor religioso que pusieron los norteamericanos en mantener la esclavitud de los africanos como “institución divina”!

Otro movimiento complejo fue el de la gran época revolucionaria, cuyas crisis sangrientas fueron la Revolución Americana y la Revolución Francesa. ¡Ah! ¡Al menos parece que el cambio fue ventajoso para el pueblo, y estas grandes fechas de la historia deben considerarse como el comienzo de un nuevo nacimiento de la humanidad! Los convencionales quisieron empezar la historia desde el primer día de su constitución, como si los siglos anteriores no hubieran existido y el hombre político pudiera realmente fechar su origen desde la proclamación de sus derechos. Ciertamente este período es una gran época en la vida de las naciones; una esperanza inmensa se esparció entonces por el mundo; el pensamiento libre tomó un impulso que jamás había tenido; las ciencias se renovaron, el espíritu de descubrimiento agrandó hasta el infinito los límites del mundo y nunca se vio tal número de hombres, transformados por un ideal nuevo, hacer con la mayor simplicidad el sacrificio de sus vidas.

Pero esta revolución, tal como lo vemos ahora, no fue la revolución de todos, fue la de algunos para algunos. El derecho del hombre no pasó del estado de teoría: la garantía de la propiedad privada que se proclamó al mismo tiempo lo volvió ilusorio. Una nueva clase de hedonistas ávidos comenzó su obra de acaparamiento; la burguesía sustituyó a la clase desgastada, ya escéptica y pesimista, de la vieja nobleza, y los recién llegados se embarcaron, con una ciencia y un fervor que jamás habían tenido las antiguas clases dirigentes, en la explotación de la masa desposeída. Es en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad que desde entonces se han cometido desde entonces todas las canalladas. Fue para emancipar al mundo que Napoleón arrastró tras de sí a un millón de asesinos; y fue para hacer la felicidad de sus queridas patrias respectivas que los capitalistas constituyeron vastas propiedades, edificaron las grandes fábricas y establecieron los poderosos monopolios que restablecen bajo una nueva forma la esclavitud de otros tiempos.

Así, las revoluciones fueron siempre de doble efecto. Se puede decir que la historia ofrece en todas las cosas un derecho y un revés. Aquellos que no quieran contentarse con palabras deben entonces estudiar con una crítica atenta, interrogar con cuidado a los hombres que pretenden estar dedicados a nuestra causa. No es suficiente gritar ¡Revolución! ¡Revolución! para

que inmediatamente marchemos detrás de cualquiera que sepa arrastrarnos. Sin duda, es natural que el ignorante obedezca a su instinto: el toro enloquecido se precipita sobre un trapo rojo y el pueblo, siempre oprimido, se precipita furiosamente contra el recién llegado que se señale. Una revolución cualquiera es siempre buena cuando se produce contra un amo o contra un régimen de opresión; pero si de ella debe suscitar un nuevo despotismo, podemos preguntarnos si no hubiera sido más valioso dirigirla de otra manera. Ha llegado ya el tiempo de emplear sólo fuerzas conscientes; los evolucionistas, llegando finalmente al perfecto conocimiento de lo que quieren realizar en la próxima revolución, tienen otras tareas que hacer que las de soliviantar a los descontentos y arrojarlos a una pelea sin objetivo ni brújula.

Se puede decir que hasta ahora ninguna revolución ha sido absolutamente razonada y es por esto que ninguna ha triunfado completamente. Todos estos grandes movimientos fueron, sin excepción, actos casi inconscientes por parte de las masas que fueron arrastradas y todos, habiendo sido más o menos dirigidos, no han triunfado más que por dirigentes hábiles en conservar su sangre fría. Fue una clase la que hizo la Reforma y la que recogió la ganancia; fue una clase la que hizo la Revolución Francesa y fue esta quien la explotó en su provecho, sometiendo a los desdichados que le habían servido para obtener la victoria. Y aún en nuestros días, el “Cuarto Estado”, olvidando a los campesinos, a los presos, a los vagabundos, a los desocupados, a los desclasados de toda especie, ¿no corre también el riesgo de considerarse como una clase distinta y trabajar, no por la humanidad, sino para sus electores, sus cooperativas y sus administradores de fondos?

Es así que cada revolución tiene su día siguiente. La víspera se empujaba al pueblo al combate, al día siguiente se lo exhortaba a la prudencia; en la víspera se le aseguraba que la insurrección es el más sagrado de los deberes, y al día siguiente se le predicaba que “el rey es la mejor de las repúblicas”¹² o que la mayor abnegación consiste en “poner tres meses de miseria al servicio de la sociedad”, o

¹² Frase pronunciada por el Marqués de Lafayette, héroe de la Revolución Norteamericana y de la Revolución Francesa, cuando, en medio de la Revolución de 1830, trató de calmar la situación proponiendo la entronización de Luis Felipe de Orleans. [N. de E.]

más aún, que ningún arma puede reemplazar la boleta electoral. De revolución en revolución, el curso de la historia parece el de un río contenido de tanto en tanto por esclusas. Cada gobierno, cada partido vencedor, ensaya a su turno poner un dique a la corriente para utilizarla, a derecha o izquierda, en sus praderas o en sus molinos. La esperanza de los reaccionarios es que siempre será así y que el pueblo arrebañado, de siglo en siglo se dejará desviar de su camino, engañado por hábiles soldados o abogados con bellos discursos.

Ese eterno vaivén que nos muestra en el pasado la serie de revoluciones parcialmente abortadas, la labor infinita de las generaciones que se suceden en el sufrimiento, haciendo rodar sin cesar la roca que las aplasta; esa ironía del destino que nos muestra a los cautivos rompiendo sus cadenas para dejarse aherrojar nuevamente, todo esto es la causa de una gran confusión moral, y hemos visto entre los nuestros, a quienes, perdiendo la esperanza y fatigados antes de haber combatido, se cruzaban de brazos y se libraban al destino, olvidando a sus hermanos. El caso es que no sabían o sabían a medias; aún no habían visto con claridad el camino que debían seguir, o bien esperaban ser transportados por la suerte, como un navío al que un viento favorable le hincha las velas; intentaron triunfar, no por el conocimiento de las leyes naturales o de la historia, no por su voluntad tenaz, sino por la suerte o por vagos deseos, pareciéndose en esto a los místicos que, deambulando por la tierra, imaginan ser guiados por una brillante estrella en el cielo.

Los escritores que se complacen en el sentimiento de su superioridad y a quienes las agitaciones de la multitud llenan de un soberano desprecio condenan a la humanidad a moverse eternamente en un círculo sin principio ni fin. De acuerdo a ellos, las masas, siempre incapaces de reflexionar, pertenecen por siempre a los demagogos, y estos, según sus intereses, las dirigirán de la acción a la reacción y luego, de nuevo, en sentido inverso. En efecto, de la multitud de individuos apretujados unos a otros se desprende fácilmente un alma común enteramente subyugada por una misma pasión, que se deja llevar a los mismos gritos de entusiasmo o a las mismas vociferaciones, no formando más que un solo ser, con miles de voces frenéticas de amor o de odio. En algunos días o en algunas cuantas horas, el remolino de los acontecimientos arrastra a la misma multitud a las manifestaciones más opuestas de apoteosis o de maldición. Los que, como

nosotros, han combatido por la Comuna conocen perfectamente esas espantosas resacas de la ola humana.

Al partir hacia los puestos de avanzada nos seguían los saludos conmovedores; en los ojos de los que nos aclamaban brillaban lágrimas de admiración; las mujeres agitaban tiernamente sus pañuelos. ¡Pero qué recibimiento a los héroes de la víspera que, por haber escapado a la masacre, volvíamos prisioneros entre dos filas de soldados!¹³ En muchos barrios la turba se componía de los mismos individuos y, sin embargo, ¡qué contraste absoluto en sus sentimientos y en su actitud! ¡Qué conjunto de gritos y maldiciones! ¡Que ferocidad en sus palabras de odio! “¡Mueran! ¡Mueran! ¡Al moulin à café!¹⁴ ¡A la ametralladora! ¡A la guillotina!”.

No obstante, hay multitudes y multitudes y, según los impulsos recibidos, la conciencia colectiva, que se compone de miles de conciencias individuales, reconoce más o menos claramente la naturaleza de su emoción y si la obra realizada ha sido verdaderamente buena. Además, es cierto que el número de hombres que conservan su orgullosa individualidad, con sus convicciones personales y su línea de conducta propia, aumenta en proporción al progreso humano. A veces estos hombres, cuyos pensamientos concuerdan, o al menos se aproximan unos a otros, son lo bastante numerosos como para, por sí solos, constituir asambleas en las que las palabras y las voluntades se encuentran de acuerdo. Sin duda que aún pueden surgir los instintos espontáneos y las costumbres irreflexivas, pero esto es sólo por un tiempo y la dignidad personal se rehace. Ya se han visto esas reuniones, respetuosas de sí mismas, bien diferentes de esas masas vociferantes que se envilecen hasta la bestialidad. Por su número tienen la apariencia de la

¹³ El autor se refiere a la salida que, luego de la ofensiva de los versalleses del 2 de abril de 1871, organizó la Comuna. Una salida que, aunque originalmente victoriosa, terminó, en la noche del 3, en una terrible derrota. Duval, general de la Guardia Nacional, con cerca de mil hombres, entre los que se encontraba Elisée Reclus, debió rendirse en Châtillon. [N. de E.]

¹⁴ Molinillo de café. Así se le decía en Francia a las primeras ametralladoras en alusión a las manivelas giratorias con las que se efectuaban los disparos, similares a las que tienen las máquinas mecánicas de moler café. [N. de E.]

multitud, pero por la postura son agrupamientos de individuos que continúan siendo ellos mismos por convicción personal y que en conjunto constituyen un ser superior, consciente de su voluntad, decidido en su acción.

Frecuentemente se han comparado a las multitudes con ejércitos que, según las circunstancias, son llevados por la locura colectiva del heroísmo o dispersados por el terror pánico; pero no faltan ejemplos en la historia de batallas en las que hombres resueltos y convencidos lucharon hasta el fin con total conciencia y firmeza de voluntad. Ciertamente, las oscilaciones de las masas continuarán produciéndose, ¿pero en qué medida? Los acontecimientos nos lo dirán. Para constatar el progreso sería preciso saber en qué proporción se ha acrecentado en el curso de la historia el número de hombres que piensan y se trazan una línea de conducta, sin preocuparse por los aplausos ni por los abucheos. Semejante estadística es tanto más imposible cuanto hasta entre los innovadores se encuentran muchos que sólo lo son de palabra y que se dejan llevar a la rastra por los compañeros jóvenes de pensamiento que los rodean. Por otra parte, es grande la cantidad de aquellos que por actitud, por vanidad, fingen levantarse como rocas atravesadas ante la corriente de los siglos y que por lo tanto pierden pie cambiando sin querer de pensamiento y de lenguaje. ¿Quién es hoy el hombre que en una conversación sincera no esté obligado a confesarse más o menos socialista? Aunque sólo sea por tener en cuenta de los argumentos del adversario, se ve, en probidad, obligado a comprenderlos, en cierta medida a compartirlos, a clasificarlos en la concepción general de la sociedad, que responde a su ideal de perfección. La propia lógica lo obliga a insertar las ideas de otros en las suyas.

Entre nosotros, los revolucionarios, debe producirse un fenómeno análogo; también debemos llegar a interpretar rectamente y con sinceridad todas las ideas de aquellos a quienes combatimos; tenemos que hacerlas nuestras y darles su verdadero sentido. Todos los razonamientos de nuestros interlocutores, atrasados y con teorías envejecidas, se colocan naturalmente en su verdadero lugar: en el pasado, no en el porvenir. Pertenecen a la filosofía de la historia.

Il compagno che mentisce per salvare un amico fa bene a mentire. Il rivoluzionario che opera l'espropriazione per farla servire ai bisogni dei suoi amici, può tranquillamente e senza rimorso lasciarsi qualificare di ladro; l'uomo che uccide difendendo la causa dei deboli è un assassino per buona ragione.

Eliseo Reclus.





III

Revoluciones instintivas. Las masas. Las Revoluciones conscientes sucediendo a las revoluciones instintivas. Revoluciones de palacio. Conjuras de partidos. Contraste de la elite intelectual y de la aristocracia. Los políticos.

El período de puro instinto hoy está superado. Las revoluciones ya no se harán al azar, porque las evoluciones son cada vez más conscientes y reflexionadas. En todos los tiempos el animal o el niño gritaron cuando se les pegó y contestaron con un gesto o con un golpe; la mimosa sensitiva¹⁵ también cierra sus hojas cuando un movimiento las ofende; pero estas rebeldías espontáneas están lejos de la lucha metódica y segura contra la opresión. En otros tiempos los pueblos veían sucederse los acontecimientos sin buscarles cualquier orden; pero aprendieron a conocer su encadenamiento, estudiaron su lógica inexorable y comienzan a saber que también deben seguir una línea de conducta para reconquistarse. La ciencia social, que enseña las causas de la servidumbre y, como contrapartida, los medios de la emancipación, se desprende poco a poco del caos de opiniones en conflicto.

El primer hecho puesto de relieve por esta ciencia es que ninguna revolución se puede realizar sin una evolución previa. Ciertamente la historia antigua nos relata por millones las llamadas “revoluciones de palacio”, es decir, el cambio de un rey por otro rey, de un ministro o de una favorita, por otro consejero o por una nueva amante. Pero cambios semejantes, al no tener ninguna trascendencia social y no aplicándose en realidad más que a simples individuos, podían llevarse a cabo sin que la masa del pueblo tuviese la menor preocupación por el evento o por sus consecuencias: bastaba con encontrar un sicario con un puñal bien afilado y el trono ya tenía otro ocupante. Sin duda que el capricho del rey podía entonces involucrar al reino y a la masa de súbditos en aventuras imprevistas, pero el pueblo, acostumbrado a la obediencia y a la resignación, no podía más que conformarse con las veleidades de los de arriba y de ninguna

¹⁵ *Mimosa púdica* es una planta leguminosa arbustiva de origen sudamericano, con hojas cuyos folíolos se pliegan rápidamente cuando se los toca. [N. de E.]

manera se intervenía emitiendo opiniones sobre asuntos que le parecían inconmensurablemente superiores a su humilde competencia. Asimismo, en el país que se disputaban dos familias rivales, junto a sus clientelas aristocráticas y burguesas, podían producirse aparentes revoluciones después de una masacre: una conjura de asesinos favorecidos por la suerte cambiaba el personal y la sede del gobierno, ¿pero qué le importaba al pueblo oprimido? Finalmente, en un Estado en el que la base del poder se encontraba ya algo agrandada por la existencia de clases que se disputaban la supremacía, por encima de toda una multitud sin derechos, condenada de por adelantado a sufrir la ley de la clase victoriosa, eran aún posibles el combate en las calles, la erección de barricadas y la proclamación de un gobierno provisorio en la sede municipal.

Pero nuevas tentativas en este sentido, en nuestras ciudades, convertidas en campos atrincherados y dominadas por cuarteles que son ciudadelas, no podrán triunfar y, por supuesto, las últimas “revoluciones” de este género no han obtenido más que un éxito temporario. Es así que en 1848 Francia siguió sólo a media marcha a aquellos que habían proclamado la República, sin saber qué es lo que se entendía con esa palabra, y aprovechando la primera ocasión para dar vuelta atrás. La masa de campesinos, sorda, indecisa e informe, que no sólo no había sido consultada, sino que ni siquiera había llegado al menos a expresar su pensamiento, demostró de manera suficientemente clara que su evolución no se había realizado y que no querían una revolución, que, por esta misma razón, había nacido antes de término. Habían pasado apenas tres meses de la explosión, cuando la masa electoral restablecía, en su forma tradicional, el régimen acostumbrado y al que su alma esclava estaba aún habituada: tal como una bestia de carga sostiene el fardo sobre su lomo dolorido.

Al igual, la “revolución” de la Comuna, tan admirablemente justificada y vuelta necesaria por las circunstancias, no podía evidentemente triunfar porque fue hecha sólo por la mitad de París y en Francia no tenía más que el apoyo de las ciudades industriales: el reflujo la ahogó en un diluvio, un diluvio de sangre.

No es suficiente, entonces, repetir las viejas fórmulas, *Vox populi, vox Dei*, y dar gritos de guerra haciendo flamear las banderas al viento. En tal o cual coyuntura la dignidad del ciudadano

puede exigir de él que levante barricadas y que defienda su tierra, su ciudad o su libertad; pero que no imagine resolver la menor cuestión por el azar de las balas. Es en la cabeza y en los corazones en donde se ha de realizar la transformación antes de tensar los músculos y cambiarse los fenómenos históricos. No obstante, lo que es cierto respecto de la revolución progresiva lo es igualmente con relación a la revolución regresiva o contrarrevolución. Ciertamente un partido que se apodere de un gobierno, una clase que disponga de las funciones, los honores, el dinero y de la fuerza pública, puede hacer mucho mal y contribuir en cierta medida al retroceso de aquellos cuya dirección ha usurpado. Sin embargo, no se aprovechará de su victoria más que dentro de los límites trazados por la media de la opinión pública; hasta le ocurrirá que no se arriesgue a la aplicación de medidas decretadas y de leyes votadas por las asambleas que están bajo su control. La influencia del ambiente moral e intelectual se ejerce constantemente sobre la sociedad en su conjunto, tanto sobre los hombres ávidos de dominación como sobre la masa resignada de siervos voluntarios y, en virtud de esta influencia, las oscilaciones que tienen lugar a uno y otro lado del eje nunca se separan más que débilmente.

No obstante, y esto es aún una enseñanza de la historia contemporánea, este mismo eje se desplaza incesantemente por efecto de miles y miles de cambios parciales producidos en los cerebros humanos. Es al mismo individuo, es decir, a la célula primordial de la sociedad, adonde hay que volver para encontrar las causas de la transformación general con sus mil alternativas, según los tiempos y los lugares. Si por una parte vemos al hombre aislado sometido a la influencia de la sociedad entera, con su moral tradicional, su religión y su política, por otra parte asistimos al espectáculo del individuo libre que, por limitado que sea, en el espacio y en la extensión de los tiempos, sin embargo consigue triunfar dejando su impronta personal sobre el mundo que lo rodea y modificarlo de un modo definitivo por el descubrimiento de una ley, por la realización de una obra, por la aplicación de un procedimiento o, a veces, aún por unas hermosas palabras que el mundo nunca olvidará. Es fácil encontrar en la historia la traza nítida de millares y millares de héroes que han cooperado de manera eficaz al trabajo colectivo de la civilización.

La gran mayoría de los hombres está formada por individuos que viven sin esfuerzo, como viven las plantas, y que de ninguna manera intentan reaccionar, para bien o para mal, contra el medio en el que están sumergidos como una gota de agua en el océano. Sin que se quiera engrandecer aquí el valor propio del hombre vuelto consciente de sus acciones y resuelto a emplear su fuerza en el sentido de su ideal, es cierto que este hombre representa todo un mundo en comparación con otros miles que viven en la torpeza de una semiembriaguez o con el pensamiento absolutamente adormecido y que caminan, sin la menor rebelión interior, en las filas de un ejército o en una procesión de peregrinos. En un momento dado, la voluntad de un hombre puede atravesarse en el movimiento de pánico de todo un pueblo. Ciertas muertes heroicas se encuentran entre los grandes acontecimientos de la historia de las naciones, ¡pero cuanto más importante fue el papel de las existencias consagradas al bien público!

Se trata aquí de distinguir con cuidado, ya que el equívoco es fácil y, cuando se habla de los “mejores”, fácilmente se relaciona esta palabra con la de “aristocracia” tomada en su sentido usual. Muchos escritores y oradores, sobre todo entre ellos los pertenecientes a la clase en la que se reclutan los detentadores del poder, hablan con entusiasmo de la necesidad de crear para la dirección de las sociedades un grupo de elite comparable al cerebro en el organismo humano. ¿Pero cuál sería este “grupo de elite”, inteligente y fuerte a la vez, que podrá sin pretensiones tener en sus manos el gobierno de los pueblos? Se sobreentiende: todos los que reinan y comandan, reyes, príncipes, ministros y diputados, volviendo su miradas complacientes hacia sus propias personas, responderán con total ingenuidad: “Nosotros somos esa elite y nosotros representamos la sustancia cerebral del gran cuerpo político”. ¡Amarga irrisión esta arrogancia de la aristocracia oficial que se imagina constituir realmente la aristocracia del pensamiento, de la iniciativa y de la evolución intelectual y moral! La verdad es más bien lo contrario, o al menos lo que contiene la mayor parte de la verdad. Muchas veces la aristocracia amerita el nombre de *kakistocracia* del que Léopold de Ranke¹⁶ se sirve

¹⁶ Léopold von Ranke (Alemania 1785-1886) es considerado el fundador de la historiografía moderna. El término *kakistocracia* (del griego kakistos: el más malo) significa el gobierno de los peores. [N. de E.]

en su historia. Qué decir, por ejemplo, de esa aristocracia de prostituidos y prostitutas que se apiñaba en los pabellones de Luis xv, y contemporáneamente, de esa fina flor de la nobleza francesa que recientemente, para escapar más rápido del incendio de un bazar¹⁷, ¡se abría paso entre las mujeres a patadas y a bastonazos!

Sin duda que aquellos que disponen de fortuna tienen más facilidades que otros para estudiar e instruirse, pero también las tienen para pervertirse y corromperse. Un personaje adulado, como lo es siempre un dirigente, ya sea un emperador o un jefe de oficina, corre el riesgo de ser engañado y, por consecuencia, a no saber nunca apreciar las cosas en sus verdaderas proporciones. Por las facilidades que tiene para vivir, se arriesga, sobre todo, a no aprender a luchar por sí mismo y a abandonarse de manera egoísta esperando todo de los otros; está también amenazado de caer en la crápula elegante y hasta grosera, mientras la turba de los vicios se lanza alrededor de él como una bandada de chacales en torno de una presa. Y, por las adulaciones interesadas, cuanto más se degrada más se engrandece ante sus propios ojos: devenido bruto puede creerse Dios, en el barro está en plena apoteosis.

¿Y quiénes son los que pretenden conquistar el poder para reemplazar a esa elite de nacimiento o de la fortuna por una nueva, que se llama a sí misma de la inteligencia?; ¿quiénes son estos políticos hábiles en la adulación, ya no a los reyes, sino a las masas? Un adversario del socialismo, un defensor de los llamados “buenos principios”, M. Leroy-Beaulieu¹⁸, nos va a responder con respecto a esta nueva aristocracia de refuerzo en términos que, si viniesen de un anarquista, parecerían demasiado violentos y realmente injustos: “Los políticos contemporáneos de todos los grados –dice–, desde los consejeros municipales de las ciudades hasta los ministros, representan, tomados en masa y haciendo algunas excepciones, una de las clases más viles y más obtusas de sicofantes y cortesanos que jamás haya conocido la humanidad. Su único objetivo es lisonjear bajamente y desarrollar todos los prejuicios populares, de los que, además,

¹⁷ El autor se refiere aquí al célebre incendio del Bazar de la Caridad, ocurrido en París en 1897, en el que murieron quemadas más de cien personas. (N. de E.)

¹⁸ Henri Jean Baptiste Anatole Leroy-Beaulieu (1842-1912). Historiador y publicista francés. [N. de E.]

en su mayoría participan vagamente, no habiendo consagrado un instante de sus vidas a la observación y a la reflexión”.

Por otra parte, la prueba por excelencia de que las dos “aristocracias”, una que detenta o brega por el poder y la otra realmente compuesta de los “mejores”, no podrían confundirse jamás nos la proporciona la historia en sus páginas sangrientas. Considerados en conjunto, los anales humanos pueden ser definidos como el relato de una lucha eterna entre aquellos que, habiendo sido elevados al rango de los mandantes, gozan de la fuerza adquirida por generaciones y aquellos que nacen, llenos de espíritu y entusiasmo, a la fuerza creadora. Los dos grupos de los “mejores” están en guerra y la profesión histórica de los primeros fue siempre la de perseguir, la de esclavizar y la de matar a los otros. Los “mejores” oficiales, los propios dioses, fueron los que encadenaron a Prometeo a una roca del Cáucaso y desde esta época mítica fueron siempre los mejores, los emperadores, papas y magistrados, los que encarcelaron, torturaron y quemaron a los innovadores y los que maldijeron sus obras. El verdugo siempre estuvo dedicado al servicio de esos “buenos” por excelencia.

Ellos también encontraron sabios para defender su causa. Por fuera de la masa anónima que no quiere pensar y que simplemente se conforma con la civilización tradicional, existen hombres de instrucción y talento que se convierten en los teóricos del conservadurismo absoluto, cuando no del retroceso, y que buscan mantener la sociedad en su lugar, a fijarla por decirlo así, como si fuera posible contener la fuerza de proyección de un globo lanzado al espacio. Esos misonéistas, “que aborrecen lo nuevo”, consideran locos a los innovadores y a los hombres de pensamiento y de ideal ellos llevan su amor por la estabilidad social hasta señalar como criminales políticos a todos los que critican las cosas existentes, a todos aquellos que se lanzan hacia lo desconocido, y por lo tanto argumentan que, cuando una idea novedosa ha terminado por prevalecer en el espíritu de la mayoría de los hombres, uno debe conformarse para no devenir en revolucionario oponiéndose al consenso universal. Pero en la espera de esa revolución inevitable demandan que los evolucionistas sean tratados como criminales, que se castiguen hoy las acciones que mañana serán alabadas como productos de la más

pura moral: ellos hubieran hecho beber la cicuta a Sócrates y conducido a la hoguera a Juan Huss y, con mayor razón, hubieran guillotinado a Babeuf, ya que en nuestros días Babeuf aún sería un innovador; ellos nos condenan a todos los furores de la venganza social, no porque estemos equivocados, sino porque tenemos razón con demasiada antelación. Vivimos en un siglo de ingenieros y de soldados para los cuales todo debe trazarse con cordel y en línea recta. “¡Alineación!”, tal es la palabra de orden de esos pobres de espíritu que sólo ven belleza en la simetría, y vida en la rigidez de la muerte.



Tutte le scuole del mondo insieme non fanno un inventore! Colui che si appaga di ripetere le parole del maestro non saprà mai niente. La molla del destino è in ciascuno, nel suo intimo, nella sua coscienza e nella sua volontà.

ELISEO RECLUS.





IV

Constatación precisa del estado social contemporáneo. Omnipotencia del capital. Transformaciones aparentes de las instituciones y su regresión fatal. El Estado, la Realeza, los cultos, la magistratura, el ejército, la administración. Espíritu de cuerpo. El patriotismo, el orden, la paz social.

“La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”, dice la declaración de principios de la Internacional.

Esta frase es verdadera en su sentido más amplio. Si bien es cierto que los hombres llamados “providenciales” han pretendido siempre hacer la felicidad de los pueblos, no es menos cierto que todos los progresos humanos se han realizado gracias a la propia iniciativa de los rebeldes o de los ciudadanos ya libres. Es entonces a nosotros mismos a quienes nos incumbe liberarnos, a todos quienes nos sentimos oprimidos de cualquier modo que sea y nos hacemos solidarios con todos los hombres humillados y sufrientes en todas las regiones del mundo.

Pero para combatir es preciso saber. No es suficiente lanzarse furiosamente a la batalla como los cimbrós o los teutones, dando alaridos bajo los escudos o haciendo sonar un cuerno; ha llegado el momento de prever, de calcular las peripecias de la lucha, de preparar científicamente la victoria que nos traerá la paz social. La condición principal para el triunfo es deshacernos de nuestra ignorancia: tenemos que conocer todos los prejuicios a destruir, todos los elementos hostiles a descartar y todos los obstáculos a franquear, y además no desconocer ninguno de los recursos de los que podemos disponer, ni ninguno de los aliados que nos proporciona la evolución histórica.

Queremos saber. No admitimos que la ciencia sea un privilegio y que los hombres colocados en lo alto de un monte como Moisés, sobre un trono como el estoico Marco Aurelio, sobre un Olimpo o un Parnaso de cartón, o sencillamente sobre un sillón académico, nos dicten leyes atribuyéndose un conocimiento superior de las leyes eternas. Es cierto que, entre las gentes que

pontifican en las alturas, existen los que pueden traducir adecuadamente el chino, leer los cartularios de los tiempos carolingios o disecar el aparato digestivo de las chinches; pero nosotros tenemos amigos que saben hacer otro tanto y no pretenden por eso el derecho de mandarnos. Por otra parte, la admiración que sentimos por esos hombres no nos impide en modo alguno discutir con entera libertad las frases que se dignan dirigirnos desde su firmamento. No aceptamos la verdad promulgada, la hacemos nuestra desde el principio por el estudio y la discusión y aprendemos a desechar el error, aunque tenga mil estampillas y diplomas. ¡Cuántas veces el pueblo ignorante ha debido reconocer que los sabios educadores no poseían otra ciencia que la de enseñarle a marchar hacia el matadero, mansa y alegremente, como marchan los bueyes de fiesta coronados con guirnaldas de papel dorado!

Profesores cubiertos de diplomas han hecho valorar complacientemente las ventajas que produciría un gobierno compuesto por altos personajes como ellos.

Los filósofos, Platón, Hegel, Auguste Comte, han reivindicado orgullosamente la dirección del mundo. Hombres de letras, escritores como Honoré de Balzac y Gustave Flaubert, para no citar más que a los ya muertos, han reivindicado en provecho de los hombres de genio, esto es, en su provecho personal, la dirección política de la sociedad.

La frase “gobierno de mandarines” ha sido descarnadamente pronunciada. Que el destino nos libre de semejantes amos prendados de sus propias personas y llenos de desprecio hacia todas las otras de “la vil multitud” o de la “inmunda burguesía”. Fuera de su gloria nada tiene sentido, salvo su camarilla, todo son apariencias, sombras fugitivas. Y por lo tanto sus libros, tan llenos de sabiduría como se quiera, nos muestran en esos genios a muy mediocres profetas: ninguno de ellos ha tenido sobre el porvenir una concepción más vasta que la del menor proletario, y no es en su escuela donde podemos aprender el buen combate. En esta perspectiva, el más oscuro de aquellos que luchan y sufren por la justicia nos enseña con ventaja.

Nuestro incipiente saber y nuestros limitados conocimientos históricos nos dicen que la situación actual conlleva males sin

fin que podrían ser evitados. Los desastres continuos y renovados que produce el régimen social actual, sobrepasan singularmente a todos aquellos que causan las revoluciones imprevistas de la naturaleza: inundaciones, tormentas, temblores de tierra y erupciones de cenizas y de lava. Constituye todo un problema explicarse cómo los optimistas a ultranza, los que a toda costa creen que todo marcha sobre rieles en el mejor de los mundos posibles, pueden mantener los ojos cerrados ante la espantosa situación en que se encuentran millones y millones de seres humanos, nuestros hermanos. Las diversas calamidades económicas o políticas, administrativas o militares, que castigan a las sociedades “civilizadas” –sin hablar de las naciones salvajes– tienen a innumerables individuos por víctimas, y los afortunados que son perdonados o sólo son rozados por la desgracia hacen como si no se hubieran enterado de esas hecatombes y se las arreglan de la mejor manera para vivir tranquilamente, ¡como si todos estos desastres no fueran realidades tangibles!

¿No es cierto que millones de hombres en Europa, llevando arneses militares durante años, deben cesar de pensar en alta voz, tomar el paso y el hábito de la servidumbre, subordinar todas sus voluntades a la de sus jefes y aprender a fusilar a padre y madre si cualquier déspota imbécil se lo exige? ¿No es cierto también que otros millones, más o menos funcionarios, son igualmente siervos, obligados a inclinarse ante unos, a erguirse ante otros y a hacer una vida convencional, completamente inútil para el progreso? ¿No es igualmente cierto que cada año millones de delincuentes, de perseguidos, de pobres, de vagabundos, de desocupados, se ven encerrados en calabozos, sometidos a todos los tormentos de la soledad? Y como consecuencia de nuestras hermosas instituciones políticas y sociales, ¿no es igualmente una realidad que aún los hombres se odian de nación a nación y de casta a casta? La sociedad vive en tal desarreglo que, a pesar de la buena voluntad y abnegación de hombres generosos, el pobre hambriento corre el riesgo de morir en medio de la calle y un extranjero puede hallarse solo, completamente solo, sin un amigo, en una gran ciudad, donde los hombres, pretendidamente “hermanos”, se aglomeran por millares. No es “sobre un volcán”, sino en el volcán mismo donde vivimos; en un infierno tenebroso, en el cual sin la esperanza de mejorar y la invencible voluntad de

trabajar para un porvenir mejor, no nos quedaría otra cosa que hacer que dejarnos morir, como, sin osar hacerlo, lo aconsejan tantos desdichados plumíferos y como, efectivamente, lo hacen legiones de desesperados cuyo número aumenta cada año.

Así se nos muestra el primer elemento del saber evolucionista: el estado social se nos aparece en todas sus facetas malas. “¡Conocer el sufrimiento!”, tal es el precepto inicial de la ley búdica. ¡Nosotros conocemos el sufrimiento! Lo conocemos tan bien que en los establecimientos fabriles ingleses la enfermedad recibe el nombre de *play*: sentir el cuerpo torturado por la enfermedad no es más que un “juego” para el esclavo acostumbrado al trabajo forzado de la fábrica¹⁹.

Pero “¿cómo escapar al sufrimiento”, que es el segundo estado del conocimiento según Buda? Empezamos a saberlo también gracias al estudio del pasado. La historia, por muy lejos que nos remontemos en la sucesión de las edades, por diligentes que seamos estudiando a nuestro alrededor las sociedades y los pueblos, civilizados o bárbaros, refinados o primitivos, nos dice que toda obediencia es una abdicación, que todo servilismo es una muerte anticipada; nos dice también que todo progreso se ha efectuado en relación con la libertad, la igualdad y el acuerdo espontáneo entre los ciudadanos; que todo siglo de descubrimientos fue un siglo durante el cual el poder religioso y el político estuvieron debilitados por sus rivalidades y en el que la iniciativa humana había podido encontrar una brecha para deslizarse como esas matas de hierba que crecen en las grietas de las piedras de un palacio. Las grandes épocas del pensamiento y del arte que se suceden con largos intervalos durante el curso de los siglos, la época ateniense, la del Renacimiento y del mundo moderno, tomaron siempre su savia original en tiempos de luchas renovadas sin cesar y de continua “anarquía” que ofrecían, al menos a los hombres enérgicos, la ocasión de combatir en defensa de su libertad.

¹⁹ El autor evoca a Ruskin: “...except a kind they have named for themselves down in the black north country, where ‘play’ means being laid up for sickness. It is a pretty example for philologists, of varying dialect, this change in the sense of the word as use in the black country of Birmingham, and the red and black country of Baden Baden”. Ruskin, John, *The Crown of Wild Olive* (1866). [N. de E.]

Por atrasada que pueda estar todavía nuestra ciencia de la historia, hay un hecho que predomina en toda la época contemporánea y que constituye la característica esencial de nuestra era: la omnipotencia del dinero. No hay ni siquiera un rústico perdido en alguna aldea remota que no conozca el nombre de un potentado de fortuna comandante de reyes y príncipes, no hay ni uno solo que no lo conciba bajo la forma de un dios, dictando su voluntad al mundo entero. Y ciertamente el ingenuo campesino no se equivoca. ¿No hemos visto recientemente algunos banqueros cristianos y judíos darse el delicado placer de llevar de la rienda a las seis grandes potencias, de hacer manio-brar a los embajadores y a los reyes y hacer firmar en las cortes de Europa las notas que ellos habían redactado en sus despachos? Ocultos en el fondo de sus logias hacen representar para ellos una inmensa comedia en la que los actores son los mismos pueblos que animan alegremente los bombardeos y las batallas: demasiada sangre se entremezcla con la fiesta. Actualmente tienen la satisfacción de establecer sus oficinas en los despachos de los ministros, en las cámaras secretas de los reyes, y de dirigir a su antojo la política de los Estados por las necesidades de su comercio. De acuerdo al nuevo derecho público europeo, han arrendado Grecia, Turquía y Persia; han abonado a la China a sus empréstitos y se disponen a tomar en arriendo a todos los demás Estados, pequeños y grandes. “No son príncipes y no se dignan a ser reyes”, pero tienen en sus manos la moneda simbólica ante la cual el mundo está prosternado.

Otro hecho histórico evidente se impone al conocimiento de todos los que estudian. Este hecho, causa de descorazonamiento para los hombres en los que la buena voluntad prevalece sobre la razón, es que todas las instituciones humanas, todos los organismos sociales que buscan mantenerse tal como son, sin cambios, deben, en virtud de su inmutabilidad, dar origen a conservadores de uso y abuso, a parásitos, a explotadores de toda laya, convirtiéndose en focos de reacción en el conjunto de las sociedades. Tanto instituciones que son antiguas y de las que, para conocer sus orígenes, debemos remontarnos a los más remotos tiempos o a la época de las leyendas y los mitos, como las que se dicen nacidas de alguna revolución popular, están igualmente destinadas, en relación a la rigidez de sus

estatutos, a momificar las ideas, a paralizar las voluntades, a suprimir la libertad y las iniciativas. Para esto es suficiente con que permanezcan.

La contradicción entre las circunstancias revolucionarias que vieron nacer a la institución y su modo de funcionar es con frecuencia chocante y absolutamente a contrapelo del ideal que tuvieron sus ingenuos fundadores. En su nacimiento se alentaban los gritos de ¡Libertad!, ¡Libertad!, y el himno de *Guerra a los tiranos* resonaba en las calles; pero los “tiranos”, por el hecho mismo de la rutina, de la jerarquía y del espíritu de poder que invade gradualmente toda institución, penetraron en la plaza. Cuanto más tiempo se mantiene, más temible se hace, porque termina por pudrir el suelo sobre el que reposa y por apestar la atmósfera que la rodea. Los errores que consagra, las perversiones de ideas y sentimientos que justifica y recomienda, toman tal carácter de antigüedad y de santidad, que son raros los audaces que osan atacarla. Cada siglo que pasa acrecienta su autoridad y si, no obstante, termina por sucumbir, como todas las cosas, es porque se encuentra en creciente desacuerdo con el conjunto de hechos novedosos que van surgiendo a su alrededor.

Tomemos por ejemplo la primera de todas las instituciones, la realeza, que precedió incluso al culto religioso, ya que existió en numerosas tribus animales, mucho antes de que existiera el hombre. Por eso, ¡cuánto peso tuvo siempre en las mentes esta ilusión de la necesidad de tener un amo! ¿Cuántos eran en Francia los individuos que no se imaginaban haber sido creados para arrastrarse a los pies de un rey en la época en que La Boétie escribía su *Contr' Un*²⁰, una obra de clara lógica, unida a tanta honesta simplicidad? Yo recuerdo todavía el estupor que la proclamación de la “República” produjo entre los campesinos en 1848: “¡Sin embargo, nos hace falta un jefe!”, repetían porfiadamente; y, en efecto, no tardaron en tener al amo, sin el cual no podían imaginarse que fuera posible la vida social. Su mundo político tenía que ser a imagen y semejanza de su mundo familiar, en el cual reivindicaban la autoridad, la fuerza y hasta la violencia. Tanto por los ejemplos de diversas realezas que se mostraban a su ojos, como por la herencia de servilismo que

²⁰ Etienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*. Utopía Libertaria, Buenos Aires, 2008. [N. de E.]

tan difícilmente se elimina de la sangre, los nervios y el cerebro, no querían admitir, a pesar del hecho realizado, esta revolución de las ciudades que no era aún una evolución en los espíritus rurales.

Afortunadamente, los reyes mismos se han encargado de destruir su antigua divinidad. Ya no se mueven en un mundo desconocido por el vulgo, sino que, descendidos del imperio, se presentan, bien a su pesar, con todo su fárrago de imbecilidades, de caprichos, de pobreza y ridiculeces; se los estudia con anteojos y monóculos y en todos sus aspectos. Se los somete a fotografías, a instantáneas y a los rayos catódicos para estudiar hasta sus vísceras. Han cesado de ser reyes para devenir en simples hombres, librados a las adulaciones bajamente interesadas de unos y al odio, la risa o al desprecio de otros. Por eso, para dar vida a la monarquía, hay que restaurar el “principio monárquico”. Se imaginan entonces soberanos responsables, reyes ciudadanos que personifican con su majestad la “mejor de las repúblicas”, y a pesar de que estos parches son inventos baldíos, logran en algunas partes una duración más que secular, por ser tan lenta la evolución de las ideas que ha de dar revoluciones parciales antes de alcanzar la revolución completa y lógica.

Bajo todas sus transformaciones, el Estado, aunque fuera el más popular, tiene como primer principio, como núcleo original, la autoridad caprichosa de un jefe y, por consecuencia, la disminución, o aún la pérdida completa, de la iniciativa del individuo. Porque son necesariamente hombres los que representan al Estado y estos hombres, en virtud de poseer el poder y por la definición misma de la palabra “gobierno” bajo la cual se amparan, tienen más campo abierto a sus pasiones que la multitud de gobernados.

Otras instituciones, las de los cultos religiosos, han adquirido una ascendencia tal sobre las almas, que muchos historiadores de espíritu libre han creído en la imposibilidad absoluta de que los hombres puedan llegar a emanciparse. En efecto, la imagen de Dios, que la ignorancia popular ve reinar en el alto cielo, no es de aquellas que sean fáciles de derribar. Aunque en el orden lógico del desarrollo humano la organización religiosa haya seguido el movimiento político y que después los sacerdotes se hayan convertido en jefes, porque toda imagen

supone una realidad primera, la altura suprema en que habían colocado esta ilusión para hacerla la razón inicial de toda autoridad terrestre, le daba, sin embargo, un carácter augusto por excelencia. Se remitía siempre a un poder soberano y misterioso, al “Dios desconocido”, y en un estado de temor y temblor que anulaba todo pensamiento, toda veleidad crítica y todo juicio personal; la adoración era el único sentimiento que los sacerdotes permitían a los fieles.

Para retomar la posesión de sí mismo, para recuperar el derecho de pensar libremente el hombre independiente –herético o ateo– tenía que recurrir a toda su energía, a reunir todos los esfuerzos de su ser, y la historia nos dice lo que costó esta evolución durante las épocas sombrías de la dominación eclesiástica. Actualmente la “blasfemia” no es el crimen de los crímenes; pero la antigua alucinación, transmitida hereditariamente, flota todavía en el espacio delante de los ojos de innumerables multitudes.

Ella perdura, a pesar de todo, modificándose cada día con el fin de adaptarse a los escrúpulos y a las ideas modernas y a dejar un lugar siempre creciente a los descubrimientos científicos, que sin embargo aparentemente tiene la audacia de despreciar y deshonorar. Estos cambios de vestimenta, estos mismos disfraces ayudan a la Iglesia, y a todos los cultos religiosos al mismo tiempo, a mantener su autoridad sobre los espíritus, a poner su mano sobre las conciencias, a hacer sabias mixturas entre las viejas mentiras y las verdades nuevas. Los pensadores no deben olvidar jamás que los enemigos del pensamiento son al mismo tiempo, por la lógica de las cosas, los enemigos de toda libertad. Los autoritarios están perfectamente de acuerdo en que la religión es la clave del arco que fortalece su templo ¡El Sansón popular debe derribar las columnas que lo sostienen!

¿Y qué decir de la institución de la “justicia”? Sus representantes, al igual que los sacerdotes, gustan decirse infalibles; y la opinión pública, aun unánime, no logra arrancarles la rehabilitación de un inocente injustamente condenado. Los magistrados odian al hombre que sale de la cárcel y puede reprocharles justamente su infortunio y el peso infamante de la reprobación social que monstruosamente echaron sobre su espalda. Sin duda no pretenden tener el reflejo de la divinidad en sus rostros; pero la justicia,

por más que sea una simple abstracción, ¿no es considerada como una diosa y su estatua se levanta en los palacios? Como los reyes, que en otro tiempo fueron absolutos, los magistrados han tenido que sufrir alguna restricción en su majestad. En nuestros días sus dictados se pronuncian en nombre del pueblo, pero con el pretexto de que defienden la moral, se hallan igualmente investidos de suficiente poder para ser criminales ellos mismos, condenando a un inocente a presidio o dejando en libertad a un canalla poderoso. Disponen de la espada de la ley y de la llave del calabozo; se complacen en torturar material y moralmente a los detenidos por el secreto, la prisión preventiva, las amenazas y las promesas pérfidas del acusador llamado “Juez de Instrucción”; ellos levantan la guillotina y ajustan el torniquete del garrote; educan al policía, al soplón, al agente de moralidad, y ellos son también los que forman, en nombre de la “defensa social” ese mundo repugnante de la baja represión que, entre la basura y el cieno, es lo más repulsivo que puede existir.

Otra institución es el ejército. En todos los países donde el espíritu de libertad sopla con bastante fuerza, los gobernantes consideran que vale la pena el engaño de confundirlo con el “pueblo en armas”. Pero hemos aprendido, por dura experiencia, que si el personal de los soldados se ha renovado, el cuadro continúa siendo el mismo y el principio no ha variado. Los hombres no se adquieren directamente en Suiza o Alemania; los soldados de hoy no son *lansquenets* ni *reitres*²¹, ¿pero son acaso más libres? ¿Las quinientas mil bayonetas “inteligentes” de que se compone el ejército de la república francesa tienen el derecho de manifestar esa inteligencia cuando el cabo, el sargento o cualquier otro de la jerarquía que los comanda grita “¡Silencio en las filas!”?

Esta es la primera fórmula y este silencio debe ser al mismo tiempo también el del pensamiento. ¿Cuál sería el oficial, salido de la escuela o de las filas, noble o plebeyo, que tolerase que en las cabezas alineadas ante él pudiera germinar una idea diferente a la suya? En su voluntad reside la fuerza colectiva de toda esa masa que marcha o desfila con precisión con sólo un gesto suyo. El comanda y ellos obedecen. “¡Apunten! ¡Fuego!” y hay que disparar a los tonkineses, a los negros, a los beduinos del Atlas

²¹ Entre los siglos XV y XVII, mercenarios alemanes de infantería y de caballería. [N. de E.]

o a los habitantes de París, amigos o enemigos. “¡Silencio en las filas!” Y si cada año el nuevo contingente que el ejército devora debe inmovilizarse como lo requiere el principio de la disciplina, ¿no sería una esperanza vana esperar una reforma, una mejora cualquiera en el régimen inicuo bajo el cual los carentes de derechos son masacrados?

El emperador Guillermo dice: “mi ejército, mi flota”, y aprovecha todas las ocasiones para repetir a sus soldados y a sus marinos que son sus objetos, su propiedad física y moral, y que no deben hesitar ni un instante en matar a padre o a madre si él, el amo, les señala a estos blancos vivientes. ¡Así se habla! Pero al menos esas palabras monstruosas tienen el mérito de responder lógicamente a la concepción autoritaria de una sociedad instituida por Dios.

Si en los Estados Unidos o en la “libre Helvecia” el general se cuida prudentemente de no repetir las arengas imperiales, no por eso dejan de ser su norma de conducta en lo íntimo de su corazón, y cuando llega el momento de aplicarlas, no duda ni un instante. En la “gran” república americana, el presidente Mac Kinley eleva al rango de general a un héroe que aplica a los prisioneros filipinos la “tortura del agua” y que, en la isla de Samar, da la orden de fusilar a todos los niños de más de diez años; y en el pequeño cantón suizo de Uri, otros soldados, que no tienen la posibilidad de trabajar en grande como sus camaradas de los Estados Unidos hacen reinar el “orden” disparando sus fusiles sobre sus hermanos obreros.

No importa de cuál país se trate: es por la disminución de su dignidad moral y por el abatimiento de su valor y de su franca y pura iniciativa que los hombres se ven obligados a mantener durante años un tipo de vida que comporta de su parte el acostumbamiento al crimen, la aceptación mansa de groserías e insultos y, por sobre todas las cosas, la sustitución de su pensamiento, su voluntad y su comportamiento por los de otros. El soldado no se calló impunemente durante tres o más años de su vigorosa juventud; habiendo sido privado de su libre expresión, el mismo pensamiento se encuentra afectado.

Y todas las otras instituciones del Estado que se dicen “liberales”, “protectoras” o “tutelares”, ¿acaso no son como la magistratura y el ejército? Por su funcionamiento mismo, ¿no son fatalmente autoritarias, abusivas y malhechoras?

Los escritores cómicos han bromeado hasta el cansancio con los burócratas de las administraciones gubernamentales, pero por risibles que sean estos plumíferos, resultan además siempre funestos. Esto ocurre, por cierto, a pesar de ellos mismos y sin que se les pueda reprochar nada por ser víctimas inconscientes de un Estado político momificado y en desacuerdo con la propia vida. Independientemente de muchos otros elementos corruptores, (favoritismo, papelerío, falta de tarea útil para una multitud de empleados), el sólo hecho de haber instituido, reglamentado, codificado, llenado de trabas, de multas, de gendarmes y carceleros, al conjunto más o menos incoherente de concepciones políticas, religiosas, morales y sociales de hoy para imponerlas a los hombres de mañana, es un hecho absurdo que no puede producir más que consecuencias contradictorias. La vida, siempre imprevisible y siempre en renovación, no se puede adaptar a condiciones que fueron elaboradas para un tiempo ya pasado. No sólo la complicación y el enredo de los engranajes hacen imposible o retardan la solución de los problemas más sencillos, sino que la máquina toda cesa a veces de funcionar para las cosas de la mayor importancia, y en estos casos se vence la dificultad mediante “golpes de Estado”: los soberanos, los poderosos, se lamentan de que la “legalidad los mata” y se salen de ella bravamente “para retornar al derecho”. El éxito legitima sus actos a los ojos de la historia; el fracaso los coloca entre los facinerosos. Lo mismo sucede con las multitudes o grupos de ciudadanos que destruyen reglamentos y leyes en un momento de revolución: la posteridad los consagra como a héroes sublimes. La derrota los hubiera convertido en bandidos.

Antes de existir como emanación del Estado y antes de haber recibido su credencial de manos de un príncipe o por el voto de los representantes del pueblo, las instituciones en formación son las más peligrosas y buscan vivir a expensas de la sociedad y constituir un monopolio en su beneficio. Así sucede que el espíritu de cuerpo, entre gentes que salen de la misma escuela con diploma, convierte a los “camaradas”, por honestos que sean, en otros tantos conspiradores inconscientes, unidos para su bienestar particular y contra el bien público y, convertidos en hombres de presa, destrozarán a los transeúntes y se repartirán el botín. Véanse si no a los futuros funcionarios en el colegio,

con el quepis numerado, o en algunas universidades con gorras verdes o blancas: quizás no hayan hecho ningún juramento al endosarse el uniforme, pero no obstante actúan con espíritu de casta, resueltos siempre a tomar la mejor parte. Inténtese romper el “monomio” de los viejos politécnicos, a fin de que un hombre de mérito pueda ocupar un puesto en sus filas y llegar a compartir las mismas funciones o los mismos honores; ¡el ministro más poderoso no lo podría conseguir!; ¡no se aceptará al intruso a ningún precio! Que un ingeniero, fingiendo conocer su profesión, a duras penas aprendida, construya puentes cortos, túneles bajos o muros demasiado débiles, poco importa; lo esencial es que haya salido de la Escuela o que tenga el honor de haber sido del Politécnico²².

La psicología social nos enseña que es preciso desconfiar, no sólo del poder ya constituido, sino también del que está en germen. Es también interesante examinar cuidadosamente lo que representan en la práctica palabras de apariencia anodina y hasta seductoras, como por ejemplo, patriotismo, orden, paz social. Sin duda alguna el amor al suelo en que uno ha nacido es un sentimiento natural y muy dulce. Nada más agradable para el exiliado que el oír hablar la lengua materna o visitar los sitios que le recuerdan su lugar de su nacimiento. Y el amor del hombre no se dirige solamente hacia el lugar de su nacimiento, sino que se extiende naturalmente también a la lengua con la que lo mecieron y hacia los hijos del mismo suelo de cuyas ideas, sentimientos y costumbres participa; y en fin, si su alma es noble se sentirá fervorosamente embargado de una pasión solidaria por todos aquellos cuyas aspiraciones conoce íntimamente. Si esto fuera el “patriotismo”, ¿qué hombre de corazón dejaría de ser patriota? Pero la palabra patriotismo oculta siempre un significado muy distinto al de “comunidad de sentimientos” (Saint-Just) o al de “ternura por el solar de sus padres”.

Por un extraño contraste jamás se habló de patria con tan ruidosa afectación como en estos tiempos, cuando se la ve perderse, poco a poco, en la gran patria, universal de la Humanidad. Por todas partes no se ven más que banderas, sobre todo a la entrada de los cafés o las casas de moralidad dudosa. Las “clases

²² El autor utiliza la palabra *pipots*, del argot estudiantil de la época, para referirse a los cursantes o egresados de la École Polytechnique. [N. de E.]

dirigentes” se jactan de su patriotismo a boca llena, al tiempo que colocan sus fondos en el extranjero y trafican con Viena o Berlín, con todo lo que les reporte algún dinero, incluyendo los secretos de Estado. Hasta los científicos, olvidando que en otros tiempos constituían una república internacional, hablan ahora de “ciencia francesa”, de “ciencia alemana”, de “ciencia italiana”, como si fuera posible encerrar dentro de fronteras, bajo la égida de los gendarmes, el conocimiento de los hechos y la propagación de las ideas; se alaba tanto el proteccionismo para la producción espiritual como para los nabos y los tejidos de algodón. Pero, en la misma proporción de ese estrechamiento intelectual del cerebro de los grandes, se ensancha el pensamiento de los pequeños. Los hombres de arriba acortan su dominio y su esperanza a medida que nosotros, los rebeldes, tomamos posesión del universo y engrandecemos nuestros corazones. Nosotros nos sentimos camaradas por toda la Tierra, de la América a la Europa y de la Europa a Australia; nosotros nos servimos de un mismo lenguaje para reivindicar los mismos intereses, y se acerca el momento en que, poseídos de impulso espontáneo, tendremos una misma táctica y una sola consigna de unión. Nuestro ejército surge en todos los rincones del mundo.

En comparación con este movimiento universal, lo que por convención se denomina patriotismo no puede ser otra cosa que una funesta regresión desde todos los puntos de vista. Es preciso ser inocente entre los inocentes para ignorar que el “catecismo del ciudadano” predica el amor de la patria para servir al conjunto de intereses y privilegios de la clase dirigente, y que busca mantener, en beneficio de esta clase, el odio de frontera a frontera entre los débiles y los desheredados.

Con la palabra patriotismo y los comentarios modernos con que se la adorna, se encubren las viejas prácticas de servil obediencia a la voluntad de un jefe y la abdicación completa del individuo frente a las gentes que detentan el poder, sirviéndose de la nación como fuerza ciega. Las palabras orden y paz social suenan también en nuestros oídos con hermosa sonoridad, pero nosotros queremos saber qué entienden por estas palabras esos buenos apóstoles, los gobernantes. Sí, la paz y el orden son un gran ideal digno de ser realizado, pero con una condición, no obstante; y es que esta paz no sea la del cementerio y el orden el

de Varsovia. Nuestra paz futura, la que nosotros anhelamos, no debe nacer de la dominación indiscutida de unos y el servilismo sin esperanza de los otros, sino en la verdadera y franca igualdad entre compañeros.

Certo, se voi volete "riuscire nel mondo", non siate anarchico. Ubbidite docilmente, arriverete forse un giorno a comandare. Avrete dei servi, e dei buoni a nulla verranno a dirvi che siete bello e che avete ingegno. Ma se tenete, anzitutto, a conoscere la verità ed a conformare ad essa la vostra esistenza, pensate per voi stesso, passate su gli ordini ricevuti, le convenzioni e le formule tradizionali, le leggi fatte per proteggere il ricco e per spossare il povero, siate il professore e il padrone di voi stesso, e forse qualcuno vi chiamerà "pazzo", "squilibrato", ma almeno la vostra vita vi apparterrà ed avrete la gioia perfetta di conoscere degli eguali e degli amici.

Eliseo Reclus.





V

El ideal evolucionista, el fin revolucionario. “Pan para todos”. La pobreza y la “ley de Malthus”. Suficiencia y superabundancia de recursos. Ideal del pensamiento, de la palabra, de la acción libres. Anarquistas, “enemigos de la religión, de la familia y de la propiedad”.

El primer objetivo de los evolucionistas conciencizados y enérgicos debe ser conocer a fondo la sociedad que reforman en sus pensamientos; en segundo lugar, deben hacer un examen preciso de su ideal revolucionario. Y este estudio debe ser tanto más escrupuloso cuanto más amplio sea para el porvenir el ideal que se defiende, porque todos, amigos y enemigos, saben que no se trata de pequeñas revoluciones parciales, sino de una revolución general para el conjunto de la sociedad y en todas sus manifestaciones.

Las condiciones mismas de la vida nos fijan el punto capital. Los gritos y lamentos que salen de las chozas, de los campos, de los sótanos, de los desvanes, de las buhardillas, nos lo repiten incesantemente: “¡Queremos pan!”. Toda otra consideración pierde importancia ante esta expresión colectiva de la necesidad primordial de todos los seres vivos. La existencia misma es imposible si el instinto de alimentación no se satisface, es necesario llenar esta necesidad a todo precio y satisfacerla para todos, porque la sociedad no se divide en dos partes, una de las cuales no tiene el derecho a la vida. Hace falta pan y esta expresión debe tomarse en el sentido más amplio; es decir, reivindicando para todos los hombres no sólo los alimentos, sino la alegría; es decir, todas las satisfacciones materiales útiles a la existencia; todas las necesidades que la fuerza y la salud física necesitan para desarrollarse en plenitud. Según la expresión de un poderoso capitalista, a quien sin embargo atormenta el deseo de implantar la justicia, “es preciso igualar el punto de partida para todos los que han de hacer el recorrido de la vida”.

Con frecuencia nos preguntamos cómo los famélicos, tan numerosos en todas las épocas, han podido soportar durante tantos siglos y soportan aun hoy las dolorosas angustias del hambre,

cómo han podido adaptarse mansamente al debilitamiento orgánico y a la inanición. La historia pasada nos lo explica. En efecto, durante el período del aislamiento primitivo, cuando las familias poco numerosas o las tribus débiles debían luchar con gran esfuerzo por sus vidas y aún no podían invocar el lazo de la solidaridad humana, ocurría que, con frecuencia y hasta muchas veces durante la existencia de una sola generación, los productos no eran suficientes para satisfacer todas las necesidades del grupo. En este caso, ¿qué podían hacer sino resignarse, acostumbrarse lo mejor posible a vivir de hierbas y cortezas, soportar largos ayunos sin morirse, esperar que la marea aportara el pescado, que la caza retornara al bosque o que en el surco avaro creciera otra cosecha?

Así los pobres se acostumbraron al hambre. Esos hambrientos que vemos errar melancólicamente por delante de los respiraderos humeantes de las cocinas subterráneas, de los bellos escaparates de las fruterías, de las fiambrerías y de las rotiserías, obedecen inconscientemente a la moral de la resignación, que tuvo razón de ser en la época en que el destino ciego hería azarosamente al hombre. Pero esta moral no es admisible en una sociedad con abundantes riquezas y en medio de hombres que inscriben la palabra “Fraternidad” en sus muros y que no cesan de alardear de su filantropía. No obstante, el número de desgraciados que se deciden a alargar la mano para tomar la comida expuesta a los ojos del transeúnte es insignificante; y es que la debilidad física producida por el hambre aniquila la voluntad, destruye la energía, aún la instintiva. Por otra parte, la “justicia” actual es bastante más severa para el robo de un pedazo de pan de que lo eran las antiguas leyes. Nuestra moderna Temis pone un pastel en su balanza y lo encuentra más pesado que un año de prisión.

“¡Siempre habrá pobres entre ustedes!”²³, repiten con frecuencia los satisfechos, sobre todo los que conocen los textos sagrados y les gusta pronunciar con acento doliente melancólicas sentencias. “¡Siempre habrá pobres entre ustedes!”. Esta expresión ha sido pronunciada por Dios, dicen los felices, y la repiten ellos poniendo los ojos en blanco, hablando con el

²³ Mateo 26:11. “Porque siempre tendréis pobres entre vosotros, pero a mí no siempre me tendréis”. Reina-Valera, revisión 1960. [N. de E.]

fondo de la garganta para dar a su entonación mayor solemnidad. Y por esta apócrifa expresión, que suponen divina, los pobres también creyeron, en los tiempos de su pobreza intelectual, en la impotencia de todos sus esfuerzos para alcanzar el bienestar; sintiéndose perdidos en este mundo, dirigieron sus miradas hacia el mundo del más allá. “Puede ser, se decían, que muramos de hambre en este valle de lágrimas; pero en el glorioso cielo, al lado de Dios, donde el sol nimbarrá nuestras frentes y nuestro tapiz será la Vía Láctea, no tendremos necesidad de comer y sí, en cambio, la alegría vengadora de oír los aullidos del rico malvado, roído por el hambre para siempre”. Actualmente apenas algunos desdichados se dejan llevar por estos vaticinios, pero la mayor parte, ahora más sabios, vuelven sus ojos al pan de esta tierra, que asegura la vida material, que crea carne y sangre, y reclaman su parte, sabiendo que su deseo está justificado por la superabundancia de riquezas en la Tierra.

Las alucinaciones religiosas, cuidadosamente conservadas por los sacerdotes interesados, han perdido ya el poder para desviar a los hambrientos (aunque sean estos cristianos) del camino de la reivindicación de ese pan cotidiano que en otro tiempo se pedía a la benevolencia intermitente del “Padre que está en los cielos”. Pero la economía política, pretendida ciencia, ha recogido la herencia de la religión, predicando a su vez que la miseria es inevitable y que, si los pobres mueren de hambre, la sociedad no puede ser de ningún modo responsable. ¡Cuando de un lado se ve a la multitud de desgraciados hambrientos y del otro a unos cuantos privilegiados comiendo según su apetito y vistiendo según su capricho, se debe ser muy ingenuo para creer que no puede ser de otra manera! Es cierto que en tiempos de abundancia sería posible “tomar del montón” y que en momentos de escasez todo el mundo podría racionarse de común acuerdo, pero tal modo de proceder supone una sociedad estrechamente unida por un lazo fraternal de solidaridad. Este comunismo espontáneo no parece por ahora posible y el pobre ingenuo que cree cándidamente, como dicen los economistas, en la insuficiencia de los productos de la tierra debe, en consecuencia, aceptar con resignación su infortunio.

Al igual que los pontífices de la ciencia, las víctimas del mal funcionamiento social repiten, cada uno a su manera, la terrible ley de Malthus: “el pobre está de más”. Esta fórmula que, como axioma matemático, lanzó al mundo el célebre eclesiástico protestante hace cerca de un siglo parece haber encerrado a la sociedad en las formidables mandíbulas de su silogismo. Todos los miserables se repiten con tristeza que para ellos no hay lugar en el “banquete de la vida”.

El famoso economista, que por otra parte era un hombre de bien, vino a dar fuerza a tan cruel conclusión apoyándola sobre un verdadero andamiaje de argumentos matemáticos: la población, decía, normalmente se duplica cada veinticinco años, mientras que los recursos se incrementan siguiendo una proporción mucho menos rápida, necesitándose así una eliminación anual de individuos sobrantes. ¿Qué es preciso hacer, según Malthus y sus discípulos, para evitar que la humanidad sea castigada por la miseria, el hambre y la peste? Es cierto que nadie se atreve a exigir a los pobres que libren generosamente a la Tierra de su presencia ni que se sacrifiquen en holocausto al dios de la santa “economía política”, pero no es menos cierto que se les aconseja privarse de formar una familia: ¡nada de mujeres, nada de hijos! Es esto a lo que insta esta “reserva moral” a los obedientes trabajadores. Una descendencia numerosa debe ser un lujo reservado sólo a los favorecidos por la fortuna; tal es la moral económica.

Pero si los pobres, a pesar de las advertencias de los profesores, no quieren emplear los medios preventivos contra el aumento de población, la naturaleza se encarga de suprimir el excedente. Y esta represión en nuestra sociedad enferma se realiza en forma infinitamente más amplia de lo que puede imaginarlo el espíritu del más sombrío pesimista. No son miles, sino millones, las vidas que anualmente reclama el dios de Malthus. Es fácil calcular aproximadamente el número de los que el destino económico ha condenado a muerte desde el día en que el duro teólogo proclamó su pretendida “ley” que la incoherencia social se ha encargado de convertir en verdadera, al menos durante algún tiempo. En el curso de este siglo²⁴ tres generaciones se han sucedido en Europa. Consultando las tablas de mortalidad,

²⁴ Siglo XIX. [N. de E.]

se ve que la vida media de las personas ricas (por ejemplo, los habitantes de los barrios aireados y suntuosos de Londres, París y Berna) pasa de sesenta y llega hasta los setenta años. A estas gentes, sin embargo, ya sea por la desigualdad misma, ya sea por no llevar una vida laboral normal y sana, la “buena vida” las reclama y las corrompe en todas las formas posibles, pero el aire sano, la buena alimentación, la variedad de residencias y ocupaciones las sana y las renueva. Las personas esclavizadas a un trabajo que es la condición misma de su sustento están condenadas de antemano a sucumbir, según los distintos países de Europa, entre los veinte y los cuarenta años; o sea, un promedio de treinta años. Es decir, que sólo viven la mitad del tiempo del que vivirían si fuesen libres y dueños de elegir residencia y actividad. Mueren precisamente en la edad en que la vida adquiere toda su intensidad; y cada año, al hacer el recuento de los muertos, resultan el doble de los que deberían ser en una sociedad de iguales. Así, pues, de la mortalidad anual en Europa que es aproximadamente de doce millones de seres humanos, se puede afirmar que seis millones de ellos han sido asesinados por las condiciones sociales que reinan en nuestro medio bárbaro. ¡Seis millones de muertos por falta de aire puro, de comida sana, de higiene conveniente y de trabajo armónico!... Pues bien; contemos los muertos desde que Malthus habló, pronunciando anticipadamente su oración fúnebre sobre la inmensa hecatombe. ¿No es cierto que más de la mitad de la humanidad se compone de seres que no han sido invitados al banquete social o que encuentran lugar en él sólo temporalmente y que están condenados a morir con la boca contraída por los deseos no satisfechos? La muerte preside las comidas y con su guadaña descarta a los que llegan tarde. En las exposiciones se nos muestran admirables incubadoras en las que todas las leyes de la física, todos los conocimientos de fisiología y todos los recursos de una industria ingeniosa pueden aplicarse para hacer vivir a niños nacidos antes de término, de siete y hasta de seis meses. Y estos niños continúan respirando, prosperan y se convierten en magníficos bebés, gloria de su salvador y orgullo de sus madres. Pero si se arranca a la muerte a aquellos a los que la naturaleza parecía haber condenado, se condena a millones de niños que por sus

excelentes condiciones de nacimiento estaban destinados a vivir. En Nápoles, en un hospital de niños abandonados, los directores, en un informe oficial, nos dicen con estilo sencillo que de novecientos cincuenta niños quedan sólo tres con vida.

La situación es, pues, atroz, pero una inmensa evolución se ha realizado anunciando la próxima revolución. Esta evolución ha demostrado que la “ciencia” económica se equivoca al profetizar la falta de recursos y la muerte inevitable de los desheredados, y que la humanidad sufriente, y que hasta no hace mucho se consideraba pobre, ha descubierto su riqueza: su ideal de “pan para todos” no es una utopía. La Tierra es suficientemente vasta para abrigarnos a todos en su seno y lo bastante rica para hacernos vivir en la abundancia; puede producir suficientes cosechas para que todos tengan qué comer, hace nacer suficientes plantas fibrosas para que todos tengan con qué vestirse y la suficiente cantidad de piedras y arcilla para que todos puedan tener su casa. Tal es el hecho económico en toda su simplicidad. No es sólo que la tierra produce lo suficiente para el consumo de todos los que la habitan, sino que alcanzaría para duplicarlo. Y eso sin que la ciencia intervenga para hacer salir a la agricultura de sus procedimientos empíricos y ponga a su servicio todos los recursos de que disponen actualmente la física, la química, la meteorología y la mecánica. En la gran familia humana el hambre no sólo es el resultado de un crimen colectivo; es además un absurdo, puesto que los productos exceden dos veces a las necesidades del consumo. Todo el arte actual de la distribución, tal cual hoy se entiende, entregado al capricho individual y a la competencia desenfadada de especuladores y comerciantes, consiste en elevar los precios, recibir los productos de aquellos a quienes se los compran por casi por nada, para entregárselos a quienes los pagan caro. Pero en este vaivén de productos y mercancías los objetos se desperdician, se corrompen y se pierden.

Los pobres andrajosos que pasan por delante de los grandes almacenes lo saben. No son abrigo para cubrir sus cuerpos los que faltan, ni los zapatos para calzarse, ni las frutas sabrosas, ni bebidas calientes para restaurar los estómagos. Todo está en abundancia y en superabundancia, y mientras que erran de aquí y allá mirando con ojos hambrientos a su alrededor, el comerciante piensa cómo se las arreglará para encarecer sus artículos,

aún a costa de disminuir su cantidad. Sea como fuere, el hecho subsiste: ¡hay exceso de productos! ¿Y por qué, señores economistas, no comienzan sus manuales consignando este hecho estadístico capital? ¿Y por qué es necesario que nosotros, los revolucionarios, seamos quienes lo estudiemos? ¿Y cómo explicar que los obreros sin cultura, conversando después del trabajo diario, sepan más sobre el particular que los profesores y los alumnos más sabios de la Escuela de Ciencias Morales y Políticas? ¿Habría que concluir que, entre estos últimos, el amor al estudio no es absolutamente sincero?

Habiendo justificado plenamente la evolución económica contemporánea en nuestra reivindicación del pan, nos resta saber ahora si nos justifica igualmente en otra aspiración de nuestro ideal: la reivindicación de nuestra libertad. “No sólo de pan vive el hombre”, dice un viejo adagio que continuará siendo siempre verdadero a menos que el ser humano regrese al estado puramente vegetativo; ¿pero qué sustancia alimenticia indispensable es esta, además de la de los alimentos naturales? Naturalmente la Iglesia predica que es la “palabra de Dios” y el Estado nos indica que es la “obediencia a las leyes”. Este alimento que desarrolla la mentalidad y la moralidad humana es el “fruto de la ciencia del bien y del mal”; fruto que el mito judío, y todas las religiones que de este derivan, nos prohíben como el alimento venenoso por excelencia, como veneno moral que vicia todas las cosas y condena “hasta la tercera generación” a los descendientes de quienes lo han gustado. ¡Aprender! He aquí un crimen según la Iglesia y el Estado, más allá de lo que puedan imaginarse curas y agentes del gobierno que, a pesar de ellos, hayan podido absorber gérmenes de herejía.

Aprender es, al contrario, la virtud por excelencia del individuo libre, emancipado de toda autoridad divina o humana y que rechaza igualmente a aquellos que en nombre de una “Razón suprema” se arrojan el derecho de pensar y hablar por otros y a aquellos que, por voluntad del Estado, imponen leyes y una pretendida moral exterior, codificada y definitiva. Así, pues, el hombre que quiere desarrollarse y ser moral debe hacer absolutamente lo contrario de cuanto le recomiendan la Iglesia y el Estado tienen que pensar, hablar y obrar libremente. Estas condiciones son indispensables para todo progreso.

¡“Pensar, hablar y actuar libremente” en todo!... El ideal de la sociedad futura, en contraste y sin embargo continuando la sociedad actual, se precisa entonces netamente. ¡Pensar libremente!... De pronto, el evolucionista convertido en revolucionario se separa de toda la Iglesia dogmática, de todo cuerpo estatutario, de toda agrupación política con cláusulas obligatorias, de toda asociación pública o secreta en la que el socio haya de empezar por aceptar, bajo pena de traición, órdenes indiscutibles. ¡No más congregaciones que tengan por función someter los escritos al *index*! No más reyes ni príncipes que nos pidan juramento de lealtad; no más jefes de ejército que nos impongan fidelidad a la bandera; no más ministros de instrucción pública que dicten lo que haya que enseñar o que hasta designen qué párrafos de un libro deberá explicar el instructor. No más comités directivos que ejerzan la censura de los hombres y las cosas a la entrada de las “casas del pueblo”. No más jueces que obliguen a un testigo a prestar un juramento ridículo y falso, que necesariamente implica un perjurio, puesto que el juramento es en sí una mentira. No más jefes de cualquier clase que sean, funcionarios, maestros, miembros de comités –clericales o socialistas–, patronos o padres de familia, para imponerse como amos a los que se les debe obediencia.

¿Y la libertad de palabra? ¿Y la libertad de acción? ¿No son acaso las consecuencias lógicas de la libertad de pensar?

La palabra no es otra cosa que el pensamiento que se ha vuelto sonoro; el acto es el pensamiento hecho visible. Nuestro ideal conlleva la libertad absoluta para todos los hombres de exponer su pensamiento en todos los casos y sobre todas las cosas, ciencia, política, moral, sin otra reserva que la del respeto a los otros; conlleva igualmente el derecho para todos de actuar a su agrado, de “hacer lo que se quiera”, todo asociando naturalmente su voluntad a la de los demás hombres en todas las obras colectivas; su propia libertad no se ve limitada por esta unión, sino que al contrario, se engrandece gracias a la fuerza de la voluntad común.

No es necesario aclarar que esta libertad absoluta de pensamiento, de palabra y de acción es incompatible con el mantenimiento de las instituciones que restringen el pensamiento libre, que fijan las palabras bajo la forma de un voto religioso

definitivo, irrevocable, pretendiendo obligar a los trabajadores a cruzarse de brazos y a morir de inanición ante la orden de un propietario. Los conservadores no se engañan al calificar, a los revolucionarios en general, de “enemigos de la religión, de la propiedad y de la familia”. Sí; los anarquistas rechazan la autoridad de un dogma y la intervención de lo sobrenatural en nuestras vidas y, en este sentido, cualquiera que sea el fervor con el que participen en la lucha por su ideal de fraternidad y solidaridad, son enemigos de la religión. Sí; ellos quieren la supresión del tráfico matrimonial y defienden la unión libre fundada en el afecto mutuo, el respeto propio y la dignidad de los otros, y también en este sentido, por amantes y fieles que sean a los seres cuya vida está asociada a la de ellos, resultan ser enemigos de la familia. Sí, ellos también quieren suprimir el acaparamiento de la tierra y de sus productos para repartirlos a todos y, en este sentido, por la felicidad que a todos producirá el disfrute de todos los frutos del suelo, son, en los hechos, enemigos de la propiedad.

Queremos la paz, ciertamente; tenemos por ideal la armonía entre todos los hombres y, sin embargo, la guerra hace estragos a nuestro alrededor. A lo lejos, por delante, se nos aparece todavía como dolorosa perspectiva, porque, en la inmensa complejidad de las cosas humanas, la marcha hacia la paz está acompañada de luchas. “Mi reino no es de este mundo”, decía el Hijo del Hombre y, en consecuencia, también él “aportaba una espada” preparando “la división entre los hijos y el padre y entre la madre y la hija”²⁵. Toda causa, por mala que sea, tiene defensores a los que corresponde considerar honestos y la simpatía o el respeto que merecen no debe impedir a los revolucionarios combatirlos con toda la energía de su voluntad.



²⁵ Marcos 10: 34-35. “No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada”- “Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra”. Reina-Valera, revisión 1960. [N. de E.]

Le penne vendute guadagnano il danaro glorificando i carnefici, gli anarchici invece sono perseguitati per difendere gli oppressi e gli sfruttati.

Dite la verità con fine onesto e morale e siate pure odiati: quell'odio sarà il vostro trionfo e la vostra gloria.

Eliseo Reclus.





VI

Las esperanzas ilógicas. La inflexibilidad forzosa del capital. Empeoramiento moral de todos los partidos que conquistan el poder: monárquicos, republicanos y socialistas. El sufragio universal y la evolución fatal de los candidatos. El “Primero de Mayo”. Desdoblamiento de los partidos.

Hay almas ingenuas que esperan que de cualquier modo todo se arreglará y que un día de revolución pacífica veremos a los defensores del privilegio ceder de buen grado al empuje de abajo. Ciertamente, nosotros tenemos confianza en que ellos cederán alguna vez, pero cuando este día llegue el sentimiento que les guiará no será de origen espontáneo. La aprehensión del porvenir y, sobre todo, la fuerza de los “hechos realizados” que llevarán en sí el carácter de irrevocables, les impondrán un cambio de rumbo; no cabe duda de que cambiarán, pero será cuando vean la imposibilidad absoluta de continuar por el camino seguido.

Esos tiempos están lejanos todavía. En la naturaleza de las cosas está el que todo organismo funcione en el sentido de su movimiento normal: puede detenerse o romperse, pero no funcionar al revés. Toda autoridad procura engrandecerse a expensas de un gran número de sujetos; toda monarquía tiende forzosamente a devenir en monarquía universal. Por un Carlos V que, refugiado en un convento, asiste desde lejos a la tragicomedia de los pueblos, ¿cuántos soberanos hay cuya ambición de dominio no ha sido jamás satisfecha y que son, aunque sin la gloria ni el genio, otros tantos Alejandro, Césares y Atilas? Asimismo, son relativamente raros los financistas que, cuando ganan, donan todo su haber a una bella causa, incluso aquellos que pudieran tener la astucia de moderar sus ambiciones no podrían realizar esa fantasía: el medio en el que se hallan continuaría trabajando para ellos; el capital no cesa de reproducirse mediante rentas al interés compuesto. Desde el momento en que un hombre se halla investido de una autoridad cualquiera, sacerdotal, militar, administrativa o financiera, su tendencia natural es utilizarla,

y sin control; casi no hay carcelero que no eche la llave en la cerradura sin un glorioso sentimiento de su omnipotencia; no hay encargado que no vigile el campo de sus patrones sin mirar con odio a los merodeadores: ni hay oficial de justicia a quien no le provoque un soberano desprecio el pobre diablo a quien le entrega una intimación.

¡Y si los individuos aislados ya están enamorados de la “porción de realeza” que se tuvo la imprudencia de otorgarles, cuánto peor aún son los cuerpos constituidos que tienen tradiciones de poder hereditario y un pundonor colectivo! Se comprende que un individuo sometido a una influencia particular pueda ser accesible a la razón o a la bondad y que, alcanzado por una piedad repentina, abdique de su poder y devuelva su fortuna, feliz de encontrar la paz y de ser acogido como hermano por los que antes oprimía consciente o inconscientemente; ¿pero cómo esperar un acto parecido de toda una casta de hombres ligados los unos a los otros por una cadena de intereses, por ilusiones y convencionalismos profesionales, por las amistades y las complicidades, y aún por crímenes? Y cuando las garras de la jerarquía y la seducción del ascenso mantienen al conjunto de las cuerpos dirigentes en una masa compacta, ¿qué esperanza se puede tener de que mejoren repentinamente?; ¿qué rayo de la gracia podrá humanizar a esta casta enemiga: clero, ejército y magistratura? ¿Es posible imaginarse lógicamente que semejante grupo pueda tener un acceso de virtud colectiva y ceder a otra razón que no sea el temor? Es ciertamente una máquina viva, compuesta de engranajes humanos, pero que sólo marcha hacia adelante, como animada por una fuerza ciega, y para detenerla hará falta nada menos que la invencible potencia colectiva de una revolución.

Admitiendo, sin embargo, que los “buenos ricos”, recorriendo su “camino de Damasco”, fuesen iluminados repentinamente por un astro resplandeciente y se sintieran convertidos, renovados como por un súbito despertar; admitiendo además, lo que nos parece imposible, que tuvieran conciencia de su egoísmo pasado y deshaciéndose totalmente de sus fortunas en beneficio de aquellos a quienes perjudicaron, devolvieran todo y se presentaran a la asamblea de los pobres, diciéndoles: “¡Tomen!”; y bien, aunque hicieran todo esto, aún no se habría hecho justicia:

tendrían un bello papel que no les corresponde y la historia los presentaría de una manera falaz. Es así que los aduladores, interesados en alabar a los padres para servirse de los hijos, han exaltado en forma elocuente la noche del 4 de agosto, como si el momento en el que los nobles abandonaron sus títulos y privilegios, ya abolidos por el pueblo, hubiera resumido todo el ideal de la Revolución Francesa²⁶. Si se rodea de un nimbo glorioso un abandono ficticio, consentido por la presión de los hechos consumados, ¿qué no se diría de un abandono real y espontáneo de la fortuna mal adquirida de los antiguos explotadores? Sería cosa de temer el que la admiración y el reconocimiento públicos los restablezca en su lugar usurpado. No; para que la justicia se realice y para que las cosas retomen su equilibrio natural, es preciso que los oprimidos se levanten por su propio esfuerzo; que los expoliados tomen posesión de sus bienes; que los esclavos reconquisten su libertad. Todo esto no lo conseguirán realmente sino ganándoselo con gran esfuerzo.

Todos conocemos al nuevo rico. Casi siempre está hinchado por el orgullo de su fortuna y por el desprecio al pobre. “Al montar a caballo –dice un proverbio turcomano–, el hijo no conoce más a su padre”. “Montado en un carro –añade la sentencia india–, el amigo ya no tiene amigos”. Pero toda una clase enriquecida es mucho más peligrosa que un individuo salido de la pobreza: ella no permite a sus miembros aislados actuar por fuera de sus instintos, de sus apetitos comunes, y arrastra a todos por la misma vía fatal. El ávido comerciante que sabe como “exprimir el centavo” es ciertamente temible: ¿pero qué diremos de toda una compañía moderna, de toda una sociedad capitalista constituida por acciones, obligaciones, crédito, etc.? ¿Cómo hacer para moralizar su papeleo y su dinero? ¿Cómo inspirarle el sentimiento de solidaridad entre los hombres que prepara el camino a los cambios del estado social? Un banco integrado por puros y buenos filántropos no dejaría de descontar sus comisiones, intereses y primas; ignoraría las lágrimas que se han derramado sobre monedas y billetes penosamente atesorados, para encerrarlos en sus cajas fuertes con combinaciones secretas y cien cerraduras.

²⁶ Véase Piotr Kropotkin, *La Gran Revolución Francesa (1789-1793)*, Utopía Libertaria, 2016, Capítulo XVII, “La noche del 4 de agosto y sus consecuencias”, pág. 105.

Siempre se nos dice que debemos esperar a la obra del tiempo, que debe conducir a la dulcificación de las costumbres y a la reconciliación final; ¿pero cómo se dulcificarán las cajas fuertes? ¿Cómo se paralizará el funcionamiento esta formidable mandíbula de ogro que tritura sin cesar a las generaciones humanas?

Sí, si el capital, sostenido por toda la liga de los privilegiados, conserva intacta su fuerza, pronto seremos esclavos de sus máquinas, simples cartílagos uniendo las ruedas dentadas de los engranajes de bronce o acero. Si a los ahorros reunidos en las cajas de los banqueros se añaden sin cesar los nuevos despojos llevados a cabo por individuos responsables solamente ante el libro de caja, entonces es en vano que se hagan llamamientos a la piedad, porque nadie oirá las quejas. El tigre puede apartarse de su víctima, pero los libros de banco pronuncian sus fallos sin apelación; los hombres y los pueblos son aplastados por el peso de esos archivos cuyas páginas silenciosas nos relatan con cifras su obra impiadosa. Si el capital triunfa será el momento de llorar sobre nuestra edad de oro y podremos mirar hacia atrás y ver, como si fuera una luz que se extingue, todo lo que la tierra tuvo de dulce y de bueno: el amor, la alegría, la esperanza. La Humanidad habrá cesado de vivir.

Todos los que, como nosotros, durante una vida ya larga, hemos visto sucederse las revoluciones políticas podemos darnos cuenta de este trabajo incesante de empeoramiento que sufren las instituciones basadas en el ejercicio del poder. Hubo un tiempo en que la palabra “República” nos producía delirios de entusiasmo; nos parecía que este término estaba compuesto de sílabas mágicas y que el mundo se renovarían el día en que se pudiera pronunciar en alta voz en las plazas públicas. ¿Y quiénes eran los que ardían de ese amor místico por el advenimiento de la era republicana y veían con nosotros, en ese cambio exterior, la inauguración de todos los progresos políticos y sociales? Pues los mismos que actualmente gozan de empleos y sinecuras, los mismos que se muestran amables con los asesinos de los armenios y con los barones de las finanzas. Ciertamente yo no imagino que en aquellos tiempos, ya lejanos, todos estos advenedizos fueran en masa puros hipócritas. Habría, sin duda, muchos de entre ellos que mirarían la dirección del viento para orientar sus velas; pero quiero creer

que, en su mayoría, eran sinceros. Tenían el fanatismo de la “República” y aclamaban de todo corazón la trilogía Libertad, Igualdad y Fraternidad; con total ingenuidad, al día siguiente al de la victoria, aceptaban funciones retribuidas con la firme esperanza de no llegaría el día en que su devoción por la causa común se debilitase. Y algunos meses después, cuando estos mismos republicanos estuvieron en el poder, otros republicanos se arrastraban por las calles de Versalles, penosamente y con la cabeza descubierta, entre varias filas de infantería y caballería. La turba los insultaba, los escupía en la cara; ¡y en esta multitud de figuras rencorosas y gesticulantes, los cautivos distinguían a sus antiguos compañeros de lucha, de recuerdos y de esperanzas!²⁷

¡Cuánto camino hemos recorrido desde el día en que los revolucionarios de la víspera se convirtieran en los conservadores del mañana! La República, como forma de poder, se ha consolidado y, en proporción a esa consolidación, se ha ido convirtiendo en una sierva apta para todo servicio. Como un mecanismo de relojería, tan regular como el paso de una sombra proyectada sobre un muro, todos estos jóvenes fervorosos que con gesto heroico se enfrentaban a la policía se han convertido en gente prudente y timorata en sus demandas de reforma; luego, en conformistas, y finalmente en hedonistas ávidos de privilegios. ¡Circe, la hechicera, o mejor dicho, la lujuria de la fortuna y el poder los ha transformado en cerdos!²⁸ Su actual tarea es la de fortificar las instituciones que en otro tiempo combatieron: a esto ellos lo llaman “consolidar las conquistas de la libertad”, acomodándose perfectamente a todo lo que antes los indignaba. Ellos, que en otro tiempo atronaban en contra la Iglesia y sus intrusiones, se complacen actualmente con el Concordato y tratan de Monseñores a los obispos. Ellos hablaban con facundia de la fraternidad universal y hoy es ultrajarlos repetir las palabras que emplearon en otro tiempo. Ellos denunciaban horrorizados el “impuesto de sangre”²⁹, pero recientemente han alistado hasta los niños y

²⁷ El autor evoca aquí su trágica experiencia luego de la derrota de Châtillon. Véase nota 1. [N. de E.]

²⁸ *Odisea*, canto 240. [N. de E.]

²⁹ En sentido figurado: servicio militar obligatorio. [N. de E.]

posiblemente hasta se preparen para hacer vivanderas de las alumnas del Liceo. “Insultar al ejército”, es decir, no esconder las vilezas del autoritarismo sin control y de la obediencia pasiva, es para ellos el mayor de los crímenes. Faltar el respeto al inmundo funcionario de la moralidad, al policía abyecto, al repelente “provocador”, a la caterva de letrados, jueces y fiscales, es ultrajar a la justicia y a la moral. No hay ninguna institución, por envejecida que esté, que no pretendan consolidar; gracias a ellos, la Academia, tan detestada en otro tiempo, ha recuperado popularidad: bajo la cúpula del Instituto se pavonean cuando uno de ellos, convertido en delator, adorna con palmas verdes³⁰ su traje de estilo francés. La cruz de la Legión de Honor era su hazmerreir; pero hoy han inventado nuevas: amarillas, verdes, azules, multicolores. Lo que llaman República abre las puertas de su redil a los que aborrecen hasta su nombre; ¿por qué no entrarían en él los heraldos del derecho divino o los cantores del *Syllabus*³¹? ¿No se encuentran como en su casa, en medio de esos recién venidos que los rodean sacándose respetuosamente el sombrero?

Pero no se trata aquí de criticar ni juzgar a los que, por lenta corrupción o por cambios bruscos, han pasado del culto de la santa República, al del poder y de los abusos consagrados por el tiempo.

La carrera que han seguido es precisamente aquella que debían recorrer. Admitieron siempre que la sociedad debía estar constituida en Estado, con jefe y legisladores; tenían la “noble” ambición de servir a su país, “consagrándose” a su prosperidad y a su gloria. Ellos aceptaron el principio y sus consecuencias: es la mortaja que sirve de pañal para los recién nacidos. República y republicanos se han convertido en la triste cosa que ahora vemos. ¿Y por qué irritarnos? Es una ley de la naturaleza que el árbol produzca sus frutos y que todo gobierno florezca y fructifique en caprichos, tiranías, usura, canalladas, asesinatos y desgracias.

³⁰ *L'ordre des Palmes académiques*, establecida por Napoleón Bonaparte, está destinada a académicos y personalidades en relación a sus méritos en los campos de la cultura y la educación. [N. de E.]

³¹ El *Syllabus Errorum* es un documento de ochenta puntos, publicado por la Santa Sede en 1864 durante el papado de Pío IX, y que consiste en un listado, a su criterio, de los principales errores de su tiempo. [N. de E.]

Desde el momento en que una institución se funda, aunque sólo sea para suprimir abusos evidentes, crea inmediatamente otros nuevos por el hecho mismo de su existencia; es preciso que se adapte a un ambiente malsano y que funcione de un modo patológico. Los iniciadores obedecen a un noble ideal; los empleados que nombran, por el contrario, deben tener en cuenta, ante todas las cosas, sus emolumentos y la duración de su empleo. Desean, tal vez, el éxito de la obra, pero desean que se produzca lo más tarde posible. Finalmente no lo desean en lo absoluto y palidecen de temor cuando se les anuncia un triunfo cercano. No se trata para ellos del trabajo en sí, sino los honores que confiere, los beneficios que produce y el ocio que permite. Así sucede, por ejemplo, que una comisión de ingenieros nombrada para atender las quejas de algunos propietarios expropiados para la construcción de un viaducto. Lo más simple parecería ser estudiar los reclamos formulados para contestarlos con perfecta equidad. Pero no; parece más ventajoso suspender estos reclamos durante algunos años y emplear los fondos que la atención de estos distraería en realizar una nueva nivelación de la comarca, ya hecha y bien hecha. A papeleríos costosos conviene añadirle otros costosos papeleríos.

Es quimérico creer que la Anarquía, ideal humano, pueda derivarse de la República, forma gubernamental. Las dos evoluciones se hacen en sentido inverso y el cambio no puede realizarse si no es por una ruptura brusca, es decir, por una revolución. ¡Es con decretos que los republicanos quieren hacer la felicidad del pueblo y es con la policía que tienen la pretensión de mantenerse! No siendo el poder otra cosa que el empleo de la fuerza, su primer cuidado será siempre apropiársela y consolidar todas las instituciones que le faciliten el gobierno de la sociedad. Quizá, con el objeto de darles una energía nueva, tengan la audacia de renovarlas mediante la ciencia. Es así que en el ejército se emplean nuevos artefactos: pólvora sin humo, cañones estriados, cureñas a resorte, todas invenciones destinadas a matar más rápidamente. Es así que en la policía se ha inventado la antropometría, un medio de transformar a Francia entera en una gran prisión. Se comenzó midiendo a los criminales, reales o supuestos; luego se

midió a los sospechosos y cualquier día todos tendremos que sufrir las fotografías infamantes. “La policía y la ciencia se han besado”, hubiera dicho el salmista³².

Así, pues, nada bueno puede venir de la República ni de los republicanos “arribistas”; es decir, los que detentan el poder. En la historia es una quimera o un contrasentido esperarlos. La clase que posee y que gobierna ha sido y será siempre fatalmente enemiga de todo progreso. El vehículo del pensamiento moderno, de la evolución intelectual y moral, es la parte de la sociedad que sufre, que trabaja y a la que se oprime; es esta la que elabora la idea, la que la realiza, la que, de sacudida en sacudida, constantemente vuelve a poner en marcha ese carro social, al que los conservadores intentan detener en su camino, atascarlo en los baches o hundirlo en los pantanos de izquierda o de derecha.

Pero los socialistas –se preguntarán algunos–, esos amigos evolucionistas y revolucionarios, ¿están igualmente expuestos a traicionar su causa y algún día los veremos realizar su movimiento de regresión normal cuando los que entre ellos desean la “conquista del poder” lo hayan efectivamente conquistado? Ciertamente, los socialistas, llegados al poder, procederán y proceden del mismo modo que sus predecesores los republicanos: las leyes de la historia no cederán en su favor. Una vez en posesión de la fuerza, y aun antes de poseerla, no dejarán de servirse de ella, aunque no sea más que con la ilusión o la pretensión de utilizar esta fuerza inútil para un barrido de todos los obstáculos, para la destrucción de todos los elementos hostiles. El mundo está lleno de estos ambiciosos ingenuos que viven con la quimérica esperanza de transformar la sociedad por una maravillosa aptitud de mando; luego, cuando se ven promovidos al rango de jefes o, al menos integrados en el gran mecanismo de las altas funciones públicas, se dan cuenta de que su voluntad aislada no tiene el menor control sobre el poder real y el movimiento íntimo de la opinión y que sus esfuerzos están expuestos a perderse totalmente en medio de la indiferencia y mala voluntad de cuanto los rodea. ¿Qué les resta entonces por hacer si no es avanzar en torno al poder, seguir la rutina gubernamental, enriquecer a su familia y darles cargos a sus amigos?

³² Libro de los salmos 85:10. “La misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron”, Reina-Valera, revisión 1960. [N. de E.]

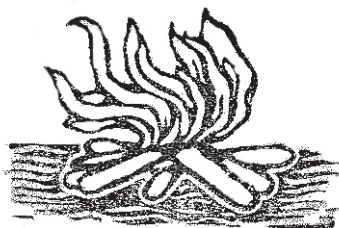
Sin duda, nos dicen entusiastas socialistas autoritarios, la ilusión del poder y el ejercicio de la autoridad pueden ser grandes peligros para los hombres simplemente animados de buenas intenciones; pero este peligro no es de temer en quienes han trazado una línea de conducta con un programa rigurosamente discutido entre camaradas, quienes sabrían llamarlos al orden en caso de negligencia o de traición. Los programas se elaboran cuidadosamente y se firman y contrafirman; se publican en miles de documentos; se fijan en las puertas de los salones y cada candidato los sabe de memoria. ¿Esto parece ser suficiente garantía? Sin embargo, el sentido de las palabras escrupulosamente debatidas varía de año en año, según las perspectivas y los acontecimientos: cada cual los interpreta conforme sus intereses y cuando todo un partido ha llegado a ver las cosas de otro modo al que las veía en un principio, las más precisas declaraciones adquieren una significación simbólica y concluyen por convertirse en simples documentos históricos, o incluso en sílabas de las ya no se alcanza a comprender el sentido.

En efecto, los que ambicionan la conquista de los poderes públicos deben emplear los medios que crean más eficaces para llegar a su objetivo. En las repúblicas con sufragio universal ellos cortejarán al número, a la multitud; adoptarán de buena gana a los despachantes de vino como clientes y se harán populares en los cafés; acogerán a los votantes de donde quiera que provengan. Sin dudarlos, sacrificarán el fondo por la forma; dejarán entrar al enemigo en la plaza e inocularán el veneno en el organismo. En los países donde impere el régimen monárquico, muchos socialistas se declararán indiferentes ante la forma de gobierno y hasta harán un llamado a los ministros del rey para ayudarlos en sus planes de transformación social, como si lógicamente fuera posible conciliar la dominación de uno solo y el fraternal apoyo mutuo entre los hombres. Pero la impaciencia por actuar les impide ver los obstáculos y con la fe se imaginan poder mover montañas. Lassalle sueña tener a Bismarck como asociado para la instauración de un mundo nuevo; otros se vuelven hacia el Papa demandándole que se ponga a la cabeza de la liga de los humildes, y cuando el pretencioso emperador de Alemania hubo reunido a algunos filántropos y sociólogos en su mesa, no faltó quien dijera que por fin empezaba a amanecer el gran día.

Y si el prestigio del poder político, representado por el derecho divino o por el derecho de la fuerza, fascina todavía a ciertos socialistas, lo mismo ocurre con mayor razón con todos los otros poderes a los que enmascara el origen popular del sufragio restringido o el sufragio universal. Para conquistar votos, es decir, para ganarse el favor de los ciudadanos, lo que en primera instancia parece muy legítimo, el candidato socialista halaga de buena gana todos los gustos, las inclinaciones y hasta los prejuicios de sus electores; prefiere ignorar los disentimientos, las disputas y los rencores y, por un tiempo, se vuelve amigo o al menos aliado de aquellos con los que, poco antes, había intercambiado insultos. Entre los clericales busca discernir al socialista cristiano; en el burgués liberal evoca al reformador, y en el patriota hace un llamamiento al valiente defensor de la dignidad cívica. En ciertos momentos hasta se cuida de espantar al “propietario” o al “patrón”, llegando a presentarle sus reivindicaciones como garantías de paz: el Primero de Mayo, que debería ser conmemorado como un día de dura lucha contra el Señor Capital, se transforma en un día de fiesta con guirnaldas y farándulas. Con estas cortesías de candidatos a votantes, los primeros olvidan poco a poco el noble lenguaje de la verdad y la actitud intransigente del combate: de afuera hacia adentro el espíritu mismo llega a cambiar, sobre todo en aquellos que alcanzando el objetivo de sus esfuerzos se sientan finalmente en sillones de terciopelo frente a la tribuna con franjas doradas. Es entonces cuando tienen que saber intercambiar sonrisas, apretones de manos y servicios.

La naturaleza humana lo quiere así y de nuestra parte sería absurdo culpar a los jefes socialistas que, encontrándose atrapados en el engranaje de las elecciones, gradualmente terminan moldeados en burgueses con grandes ideas: ellos se ubicaron en determinadas condiciones que, a su vez, los determinan; la consecuencia es fatal y la historia debe limitarse a constatarla, a señalarla como un peligro para los revolucionarios que, irreflexivamente, se arrojan al combate político. Por lo demás, no conviene exagerar los resultados de esta evolución de los socialistas políticos, porque el conjunto de los luchadores se compone siempre de dos elementos cuyos respectivos intereses difieren de más en más. Unos abandonan la causa primitiva y otros continúan fieles

a ella: este hecho es suficiente para efectuar un nuevo reparto de los individuos y agruparlos de acuerdo a sus afinidades verdaderas. Es así que hemos visto no hace mucho desmembrarse el partido republicano, dividiéndose en dos, por un lado la masa de los “oportunistas” y por el otro los socialistas. Estos, a su vez, se dividirán igualmente en ministeriales y anti ministeriales; aquellos para edulcorar el programa y hacerlo aceptable para los conservadores, y estos para conservar el espíritu de franca evolución y sinceramente revolucionario. Luego de haber tenido su momento de desaliento y hasta de escepticismo, dejarán que “los muertos entierren a sus muertos” y volverán a ocupar un puesto al lado de los vivos. Pero que sepan que todo “partido” conlleva el espíritu de cuerpo y, por consecuencia, la solidaridad tanto en el mal como en el bien: cada miembro de este partido se hace solidario con las faltas, mentiras y ambiciones de todos sus camaradas y jefes. Sólo el hombre libre que de buen grado une su fuerza a la de otros hombres actuando por su propia voluntad tiene derecho a desaprobare los errores y malas acciones de sus sedicentes compañeros. Él no puede ser considerado responsable más que de sí mismo.



No, le moltitudini in disordine, munite soltanto di pietre e di armi d'occasione, rischiano di urtare inutilmente contro i solidi ripari, difesi da uomini disciplinati che sanno puntare i cannoni! La tromba di Gerico non abbatte piú i muri delle città. E' imprudente pascersi di parole, di vani suoni.

Per combattere, la cosa piú sicura é sempre di essere il piú forte e nel tempo stesso il piú avveduto: al fervore, alla potenza della volontà bisogna aggiungere la scienza invincibile.

Eliseo Reclus.





VII

Las fuerzas en lucha. Prodigioso equipamiento para la represión. Falta de lógica en el funcionamiento de los Estados modernos. La “suprema razón” de los reyes: el “derecho del más fuerte”.

Conocemos en todos sus detalles el funcionamiento actual de la sociedad civilizada, así como el ideal de los socialistas revolucionarios. Hemos constatado igualmente que las pretendidas reformas de los “liberales” están condenadas de entrada a ser ineficaces y que en el choque de las ideas —lo único que nos debe preocupar, puesto que hasta la vida depende de eso— todo abandono de principios conduce finalmente a la derrota. Ahora nos resta evidenciar la importancia respectiva de las fuerzas que se entrechocan en esta sociedad tan prodigiosamente compleja; se trataría, por decirlo así, de hacer el recuento de los ejércitos en lucha y de describir sus posiciones estratégicas con la fría imparcialidad de los agregados militares que estudian matemáticamente las probabilidades de una y otra parte. Sólo que este gran choque de ideas cuyo resultado nos preocupa de manera tan apremiante no se desarrollará siguiendo las mismas peripecias que una de nuestras batallas ordinarias con generales, capitanes y soldados, con la orden inicial de “¡Fuego!” y el grito desesperado de “Sálvese quien pueda” final. Es esta una lucha incesante, continua, que para los hombres primitivos empezó en la selva hace millones y millones de años y que hasta nuestros días sólo ha obtenido triunfos parciales. Habrá, sin embargo, una solución definitiva, ya sea por la destrucción mutua de las energías vitales y el regreso de la humanidad al caos originario, o bien por el acuerdo de todas estas fuerzas, o sea la transformación consciente y voluntaria del hombre en un ser superior.

La sociología contemporánea ha determinado claramente la existencia de las dos sociedades en lucha: estas se entremezclan diversamente relacionadas aquí y allá, según los sectores, que fingen adelantarse para luego retroceder. Pero si miramos las cosas con elevación, sin fijarnos en los indecisos e indiferentes a los que el destino pone en movimiento, vemos claramente que

el mundo actual se divide en dos campos perfectamente deslindados: los que trabajan para conservar la desigualdad y la pobreza, es decir, la obediencia y la miseria para los demás y los placeres y el poder para ellos mismos, y aquellos que reivindican la libre iniciativa y el bienestar para todos.

En estos dos campos parecería a primera vista que las fuerzas son muy diferentes: los conservadores, se dice, son incomparablemente los más fuertes. Los defensores del orden social vigente disponen de propiedades sin límite, de ganancias que se cuentan por millones y miles de millones, de todo el poder del Estado con sus ejércitos de empleados, de soldados, de policías, de magistrados; cuentan con todo el arsenal de leyes y ordenanzas, con los llamados dogmas infalibles de la Iglesia y con la inercia de la costumbre de los instintos hereditarios y la baja rutina que asocia casi siempre a vencidos rastreros con vencedores orgullosos. Y los anarquistas, los artífices de la nueva sociedad, ¿qué pueden oponer a todas esas fuerzas organizadas? Al parecer, nada. Sin dinero, sin ejército, sucumbirían, en efecto, si no representasen la evolución de las ideas y las costumbres. No son nada, pero tienen de su parte todo el movimiento de la iniciativa humana. Todo el pasado los abrumba con un peso enorme, pero la lógica de los acontecimientos les da la razón y los impulsa hacia adelante, a pesar de las leyes y los esbirros.

Los esfuerzos intentados para contener la revolución pueden, en apariencia y por un tiempo, tener éxito. Los reaccionarios entonces celebran clamorosamente, pero su alegría es vana porque el movimiento rechazado en un punto se produce inmediatamente en otro. Después de la derrota de la Comuna de París, en el mundo oficial y cortesano de Europa se pudo creer que el socialismo, el elemento revolucionario de la sociedad, estaba muerto, definitivamente enterrado. El ejército francés, ante la vista de los alemanes vencedores, se creyó rehabilitado degollando y ametrallando a los parisienses y a todos los descontentos y revolucionarios consuetudinarios. En su jerga política los conservadores pudieron jactarse de haber “sangrado a la puta”. M. Thiers, tipo incomparable de burgués advenedizo, creía haberla exterminado en París y haberla enterrado en las fosas del Père Lachaise. En Nueva Caledonia, en las antípodas, se hallaban debidamente encerrados aquellos que suponían las últimas

muestras raquílicas del socialismo de otros tiempos. Después de Thiers, todos sus buenos amigos de Europa se apresuraron a repetir las mismas palabras y en todas partes fue un canto de victoria. En cuanto a los socialistas alemanes, ¿no estaba para vigilarlos el amo de los amos, aquel que hacía temblar a Europa con sólo fruncir el ceño? ¿Y los nihilistas de Rusia? ¿Qué eran esos miserables? Monstruos bizarros, salvajes salidos de los hunos y los bashkires en los cuales los hombres del mundo refinado de Occidente sólo podían ver especímenes de una historia natural.

¡Ay! Comprendemos sin dificultad que un siniestro silencio se haya hecho cuando “el orden reinaba en Varsovia” y alrededores. Al día siguiente de una matanza hay pocos hombres que osen presentar su pecho a las balas. Cuando una palabra, un gesto, se castiga con prisión, son muy escasos los hombres que tienen el coraje de exponerse al peligro. Aquellos que aceptan tranquilamente el papel de víctimas por una causa cuyo triunfo está aún lejano o es dudoso son raros. Además, no todo el mundo tiene el heroísmo de esos nihilistas rusos que componen sus periódicos en el propio antro de sus enemigos y que los pegan en los muros entre dos centinelas militares. Uno debe ser muy entregado a las Ideas para otorgarse el derecho de criticar a la gente que no se atreve a declararse libertaria cuando el trabajo de esta gente, o sea la vida de los que ama, depende de su silencio. Pero si no todos los oprimidos tienen el don del heroísmo, no por eso dejan de sentir el sufrimiento y de tener el deseo de escapar a esa situación, y el estado de espíritu de todos aquellos que sufren, y saben el porqué, acaba por crear una fuerza revolucionaria. En una ciudad en la que no existe ni un solo grupo anarquista declarado, todos los obreros ya lo son de un modo más o menos consciente. Por instinto aplauden al compañero que les habla de un estado social en el que no habrá patrones y en el que el producto del trabajo estará en manos del productor. Este instinto encierra en germen la revolución futura, porque de día en día se va precisando y convirtiéndose en conocimiento. Lo que el obrero sentía vagamente ayer, hoy lo sabe, y cada nueva experiencia lo hace saber más. Y los campesinos que no pueden alimentarse con el producto de su parcela y aquellos, más numerosos aún, que no tienen ni una mota de arcilla propia, ¿no empiezan ya a comprender que la tierra debe pertenecer

a los que la cultivan? Siempre lo sintieron así instintivamente; ahora lo saben y muy pronto hablarán el lenguaje preciso de la reivindicación.

Así es que la alegría causada por la pretendida desaparición del socialismo no ha durado mucho. Malos sueños turbaban a los verdugos, les parecía que las víctimas no estaban realmente muertas. Y en estos momentos, ¿existe todavía algún ciego que ponga en duda su resurrección? Todos los lacayos de pluma que repetían después de Gambetta: “¡No existe la cuestión social!” son los mismos que, tomando al vuelo las palabras del emperador Guillermo, exclamaron a su vez “¡La cuestión social nos invade!”; “¡La cuestión social nos asedia!”, reclamando contra todos los “causantes del desorden” una legislación especial, una despiadada represión. Pero, por más dura que se pueda promulgar, la ley no podrá comprimir al pensamiento que fermenta. Si algún Encélado³³ consiguiera arrojar un trozo de montaña sobre un cráter, la erupción no se producirá por la brecha obstruida súbitamente, pero la montaña se abrirá por otra parte y será por esa nueva abertura por donde fluirá la lava. Así fue que, después de la explosión de la Revolución Francesa, Napoleón se creyó el titán que tapaba el cráter de las revoluciones y una turba de aduladores y la multitud infinita de los ignorantes lo creyeron junto con él. Sin embargo, los mismos soldados que arrastraba tras de sí por Europa contribuían a esparcir las ideas y las costumbres nuevas al mismo tiempo que realizaban su obra de destrucción; esos futuros “decabristas”³⁴ o “nihilistas” rusos tuvieron su primera lección de rebeldía de un prisionero de guerra salvado de los hielos de Berézina³⁵. De manera similar, la conquista temporal de España por los ejércitos napoleónicos rompió las cadenas que unían el Nuevo Mundo al país de la Inquisición y liberó del intolerable régimen colonial a las inmensas provincias ultramarinas. Europa parecía detenerse, pero en cambio la América se ponía en marcha. Napoleón no había sido más que una sombra pasajera.

³³ En la mitología griega, uno de los gigantes, hijo de Urano. [N. de E.]

³⁴ El Levantamiento Decembrista o Decabrista, rápida y severamente reprimido, fue protagonizado por oficiales liberales del ejército ruso en diciembre de 1825, día de la coronación de Nicolás I como Zar de todas las Rusias. [N. de E.]

³⁵ Batalla entablada los días 26 y 29 de noviembre de 1812, entre los restos del ejército francés en retirada y el ejército ruso. [N. de E.]

La forma exterior de la sociedad debe cambiar en proporción al empuje interior: ningún hecho de la historia ha sido mejor constatado. Es la savia la que hace al árbol y le da las hojas y las flores; es la sangre la que hace al hombre y son las ideas las que hacen a la sociedad. Ahora bien, no hay conservador que no se lamente de que las ideas, las costumbres, todo lo que constituye la vida profunda de la humanidad, hayan cambiado desde los “buenos viejos tiempos”. Las formas sociales correspondientes ciertamente también cambiarán. La revolución se acerca en relación directa con el trabajo interior de las inteligencias.

No obstante, no conviene abandonarse a una dulce paz mental, a la espera de los acontecimientos favorables. Aquí la postura no es la del fatalismo oriental, pues nuestros enemigos no descansan y, además, están frecuentemente arrastrados por una corriente regresiva. Algunos de ellos son hombres de real energía, que no retroceden ante ningún medio y poseen el vigor de espíritu necesario para dirigir el ataque y no descorazonarse ante las dificultades ni la derrota: “¡La sociedad moribunda!” –decía sardónicamente un industrial a propósito de un libro anarquista publicado por nuestro camarada Grave– “¡La sociedad moribunda vive aún lo suficiente como para devorarlos a todos ustedes!”. Y cuando los republicanos y librepensadores hablaban de la expulsión de los jesuitas, que siempre son los inspiradores de la Iglesia Católica, exclamaba uno de estos curas: “Verdaderamente, nuestro siglo es demasiado delicado. ¿Se imaginan, acaso, que la ceniza de las hogueras está apagada al punto de que no queda ni un pequeño tizón para encender una antorcha? ¡Insensatos! ¡Llamándonos jesuitas creen llenarnos de oprobio, pero estos jesuitas les reservan la censura, la mordaza y el fuego!”. Si todos los enemigos del libre pensamiento y de la iniciativa personal tuvieran esta lógica vigorosa, esta energía en la resolución, prevalecerían gracias a los poderosos medios de presión y de represión que posee la sociedad oficial; pero los grupos humanos, comprometidos en su evolución de perpetuo “devenir”, no son lógicos ni podrían serlo porque todos los hombres difieren por sus intereses y afectos. ¿Quién es el hombre entero que no tiene un pie en el campo enemigo? “Siempre se es el socialista de alguien”, dice un proverbio político de absoluta veracidad. No hay una institución que sea francamente, netamente, autoritaria, ni un patrón que, siguiendo el consejo de

Joseph de Maistre³⁶, tenga siempre una mano en el hombro del verdugo para alentarlo. Fuera de las proclamas de tal o cual emperador a sus soldados, de citas jactanciosas en los álbumes de las princesas y de afirmaciones arrogantes expectoradas luego de algún trago, el poder ya no osa ser absoluto; o no lo es más que por capricho, contra prisioneros por ejemplo, contra desgraciados cautivos, contra personas sin amigos. Cada soberano tiene su camarilla, sin contar sus ministros, delegados, consejeros de Estado, todos ellos virreyes; él está obligado, ligado por los precedentes, los considerandos, los protocolos, las convenciones, las situaciones heredadas, una etiqueta, que es toda una ciencia con problemas infinitos: el Luis XIV más insolente se siente atrapado en los miles de hilos de una red de la que no se desembarazará jamás. Todas esas convenciones en las cuales el Señor se ha encerrado fastuosamente le hacen saborear anticipadamente la tumba y, sobre todo, disminuyen su fuerza para la reacción.

Los que están marcados por la muerte no esperan a que se los mate: se suicidan, sea alojándose una bala en el cerebro o atándose una cuerda al cuello, o bien dejándose vencer por la melancolía, el marasmo o el pesimismo, todas enfermedades mentales que pronostican el fin y anticipan su llegada. Entre los jóvenes privilegiados, hijos de una raza agotada, el pesimismo no es sólo una forma de hablar, una actitud; es una enfermedad real. Antes de haber vivido, la pobre criatura no encuentra ningún sabor en la existencia; se arrastra por la vida con gesto hosco, y esta vida soportada de mal grado es como una muerte anticipada. En este triste estado se está condenado a todas las enfermedades del espíritu: locura, senilidad, demencia o “decadentismo”.

Se lamenta la disminución de hijos en las familias; ¿pero de dónde proviene esta esterilidad creciente, sea voluntaria o no, si no es de una disminución de la fuerza viril o de la alegría de vivir? Pero en el mundo del trabajo, donde sin embargo se tienen muchos motivos para la tristeza, no hay tiempo para abandonarse a las languideces del pesimismo. Es preciso vivir, ir hacia adelante, progresar a pesar de todo, renovar las fuerzas vivas para la tarea cotidiana. La sociedad se mantiene por el crecimiento de esas familias laboriosas de cuyo seno salen constantemente hombres que

³⁶ (1753-1821) Filósofo reaccionario nacido en Chambéry en 1753 (capital de la Saboya histórica) y muerto en Turín en 1821. [N. de E.]

continúan la obra de sus predecesores y que por su audaz iniciativa impiden que el mundo caiga en la rutina. La nueva sociedad en formación no debe ser asfixiada por la constante y parcial regresión de las clases acomodadas y ahítas.

Otra garantía de progreso para el pensamiento revolucionario nos la proporciona la intolerancia del poder en donde se colisionan las supervivencias del pasado. La jerga oficial de nuestra sociedad política, donde todo se entremezcla sin orden, es tan ilógica y contradictoria, que en una misma frase habla de “libertades públicas imprescriptibles” y de “derechos sagrados de un Estado fuerte”. Asimismo, el funcionamiento legal del organismo administrativo conlleva la existencia de alcaldes y síndicos que actúan simultáneamente como mandatarios de un pueblo libre ante el gobierno y como transmisores de órdenes del gobierno para las comunas subordinadas. No existe unidad ni buen sentido en este inmenso caos donde se entrecruzan las concepciones, las leyes y las costumbres de cien pueblos y de diez mil años, como en las orillas del mar los guijarros desprendidos de las montañas, arrastrados por los ríos y rodados por las olas. Desde el punto de vista lógico, el Estado actual presenta una imagen de tal confusión que sus defensores más interesados renuncian a justificarla.

La función presente del Estado consiste, en primer lugar, en defender los intereses de los propietarios, los “derechos del capital”; sería indispensable para el economista tener a su disposición algunos argumentos vencedores, algunas mentiras maravillosas que los pobres, siempre deseosos de creer en la fortuna pública, pudieran aceptar como indiscutibles. Pero, ¡ay! esas bellas teorías, en otro tiempo imaginadas para uso del pueblo imbecil, no tienen hoy ningún crédito: daría pudor en nuestros días discutir la vieja aserción de que “prosperidad y propiedad son siempre la recompensa del trabajo”. Pretendiendo que el trabajo es el origen de la fortuna, los economistas tienen perfecta conciencia de que no dicen la verdad. Al igual que los anarquistas, saben que la riqueza es producto, no del trabajo personal, sino del trabajo de otros; no ignoran tampoco que las jugadas de bolsa y las especulaciones, origen de las grandes fortunas, pueden ser justamente asimiladas a las proezas de los bandoleros, y ciertamente no se atreverían a afirmar que el individuo, que

tiene un millón por semana para gastar, es decir, exactamente la suma que necesitan cien mil personas para vivir, se distinga de los demás hombres por una inteligencia y una virtud cien mil veces superiores a las de la media. Sería engañoso, casi cómplice, detenerse a discutir los argumentos hipócritas sobre los cuales se apoya ese pretendido origen de la desigualdad social.

Pero he aquí que se emplea un razonamiento de otra naturaleza para defender las mismas injusticias y que tiene al menos el mérito de no basarse en una mentira. Contra las reivindicaciones sociales se invoca el derecho del más fuerte y hasta respetable nombre de Darwin ha servido, bien que contra su voluntad, para defender la causa de la violencia y de la injusticia. ¡La potencia de los músculos y de las mandíbulas, del garrote y de la porra; aquí está el argumento supremo! Es, efectivamente, el derecho del más fuerte el que triunfa con el acaparamiento de las fortunas. Aquel que es más apto materialmente, el más favorecido por su nacimiento, por su instrucción, por sus amigos, aquel que está mejor armado por la fuerza o la astucia y que encuentra por delante a los enemigos más débiles es el que tiene más oportunidades de triunfar. Mejor que los demás puede batirse en lo alto de una ciudadela desde la cual tirará sobre sus infortunados hermanos. Así se decide el grosero combate de los egoísmos en lucha. En otros tiempos nadie se atrevía a admitir esta teoría del hierro y el fuego; hubiera parecido demasiado violenta y se preferían las palabras de hipócrita virtud. La disfrazaban con graves fórmulas de las que se esperaba que el pueblo no comprendiera el sentido: “El trabajo es un obstáculo”, decía Guizot. Pero las investigaciones de los naturalistas, relativas al combate por la existencia entre las especies y el triunfo de las más vigorosas, han animado a los teorizadores de la fuerza a proclamar sin ambages su arrogante desafío. Ellos dicen: “Vean, es la ley fatal, es el inmutable destino al que devorados y devoradores están sometidos”.

Debemos felicitarnos de que la cuestión haya sido así simplificada en toda su brutalidad, porque así está más cerca de solucionarse. “La fuerza reina”, dicen los sostenes de la desigualdad social. ¡Sí, es la fuerza la que reina!, gritan cada día más fuerte aquellos que se benefician de la industria moderna en su perfeccionamiento impiadoso, buscando, sobre todo, reducir el

número de trabajadores. ¿Pero lo que dicen los economistas y lo que dicen los industriales, no pueden decirlo acaso también los revolucionarios, entendiéndose que entre ellos el acuerdo por la existencia reemplazará gradualmente a la lucha? La ley del más fuerte no funcionará siempre en beneficio del monopolio industrial. “La fuerza prevalece sobre el derecho”, ha dicho Bismarck luego de muchos otros; pero podemos preparar el día en que la fuerza esté al servicio del derecho. Si es cierto que las ideas de solidaridad se expanden; si es cierto que las conquistas de la ciencia terminan por penetrar en las capas profundas; si es cierto que el “haber” moral se convierte en propiedad común, los trabajadores, que tienen al mismo tiempo el derecho y la fuerza, ¿no se servirán de ella para hacer la revolución en beneficio de todos? Contra las masas asociadas, ¿qué podrán los individuos aislados, por más fuertes que sean, ya sea por dinero, por inteligencia o por astucia? La gente de gobierno, desesperando de poder dar una moral a su causa, no piden más que autoridad, la única superioridad que desean tener. No nos sería difícil citar ejemplos de ministros que no han sido elegidos por su gloria militar, ni por su noble genealogía ni por su talento y elocuencia, sino por su falta de escrúpulos. Desde este punto de vista, se tiene plena confianza en ellos: ningún prejuicio los detiene para la conquista del poder o la defensa del dinero.

En ninguna de las revoluciones modernas hemos visto a los privilegiados librar sus propias batallas. Siempre se apoyan en ejércitos de pobres, a los que se les enseña la llamada “religión de la bandera” y que ellos levantan para el llamado “mantenimiento del orden”. Seis millones de hombres, sin contar la policía alta y baja, son empleados para este trabajo en Europa. Pero estas fuerzas pueden desorganizarse, pueden recordar sus lazos de origen y de porvenir que las unen a la masa popular. A la mano que las dirige le puede faltar vigor. Compuestas en gran parte de proletarios, ellas pueden devenir, ciertamente devendrán para la sociedad burguesa, en lo que los bárbaros a sueldo del imperio fueron para la sociedad romana: un elemento de disolución. La historia abunda en ejemplos de espantosas locuras en las que sucumben los poderosos, incluso aquellos que han conservado su fuerza de carácter, porque hay también numerosos “dirigentes” que son al mismo tiempo simples degenerados, que no tienen la suficiente

energía ni la fuerza física para abrirle un paso a cien a través de un tabique de madera ni la suficiente dignidad para dejar a los niños y las mujeres huir de un incendio antes que ellos³⁷. Cuando los desheredados se hayan unido por sus intereses, de oficio a oficio, de nación a nación, de raza a raza, o espontáneamente, de hombre a hombre; cuando conozcan bien su objetivo, no cabe duda de que para ellos se presentará la ocasión de emplear la fuerza al servicio de la libertad común. Por poderoso que sea el amo de entonces, resultará bien débil frente de todos aquellos que, reunidos por una voluntad común, se levantarán en su contra para, de ahí en más, asegurarse el pan y la libertad.



³⁷ El autor vuelve a evocar aquí el incendio del Bazar de la Caridad, ver nota 14. [N. de E.]



VIII

La potencia de la fascinación religiosa. Progreso aparente de la Iglesia, convertida en el refugio de todos los reaccionarios. Su imposibilidad para acomodarse a un medio nuevo. La enseñanza confiada a los enemigos de la ciencia. Enseñanza de la naturaleza y de la sociedad. La ciencia vivida y la ciencia oficial.

Además de la fuerza material y de la pura violencia descarada que se manifiesta por la exclusión del trabajo, la prisión y los ametrallamientos, se encuentra a disposición de los gobernantes otra fuerza más sutil y posiblemente más poderosa, la de la fascinación religiosa. Indiscutiblemente esta fuerza es todavía tan grande que es necesario tenerla en cuenta muy seriamente en el estudio de la sociedad contemporánea.

Es, pues, con un entusiasmo demasiado juvenil que los enciclopedistas del siglo XVIII celebraban la victoria de la Razón sobre las supersticiones cristianas; debemos recordar el burdo desprecio de Cousin, el filósofo famoso, que bajo la Restauración exclamaba en un círculo de discretos amigos: “¡El catolicismo aún tiene en su vientre para cincuenta años”. El medio siglo ha sido sobrepasado ampliamente y todavía numerosos católicos hablan de su Iglesia, con orgullo y total tranquilidad, calificándola de “eterna”. Montesquieu decía que “en el estado actual no se prevé que el catolicismo pueda durar más de quinientos años”.

Pero si la Iglesia católica ha podido hacer progresos aparentes; si la Francia de los enciclopedistas y los revolucionarios se ha dejado “consagrar al *Sagrado Corazón*” por una asamblea atemorizada; si los pontífices del culto se han aprovechado hábilmente del temor general de los conservadores políticos para recomendarles la panacea de la fe como el gran remedio social; si la burguesía europea, compuesta en el pasado por escépticos contestatarios y de volterianos sin otra religión que un vago deísmo, ha creído prudente asistir regularmente a misa y promover hasta el confesionario; si el Quirinal y el Vaticano, el Estado y la Iglesia ponen tanta buena voluntad en resolver todas

las antiguas diferencias, no es porque la creencia en los milagros haya tomado preponderancia alguna en las almas de la parte activa y viviente de la sociedad. Sólo ha ganado a los miedosos, a los fatigados de la vida y la hipócrita adhesión de cómplices interesados. Sin embargo, hay que reconocer que el cristianismo de los burgueses no es pura simulación: cuando una clase se halla penetrada por el sentimiento de su próxima e inevitable desaparición, cuando ya siente las angustias de la muerte, se vuelve bruscamente hacia una divinidad salvadora, un fetiche, un vocablo, un mensaje bendito, o hacia el primer brujo que llegue, predicando la salvación y la redención. Así se cristianizaron los romanos, así se catolizaron los volterianos. Efectivamente, los que quieren a todo precio mantener la sociedad privilegiada deben apelar al dogma, que es su piedra angular. Si los contramaestres, los guardias rurales o forestales, los soldados, la policía, los funcionarios y los soberanos no inspiran suficiente terror al pueblo, ¿no se debería apelar a Dios, aquel que hasta hace poco disponía las eternas torturas del infierno y las penurias mitigadas del purgatorio? Se invocan sus mandamientos y todo el aparato de la religión que se reclama de su autoridad; se finge obedecer al Papa infalible, al vicario del mismo Dios, al sucesor del apóstol que tiene las llaves del Paraíso. Todos los reaccionarios se coaligan en esta unión religiosa, que les ofrece la última oportunidad de salvación, el recurso supremo de la victoria; y en esta liga los protestantes y los judíos no son menos católicos que los católicos, ni los hijos menos queridos del soberano Pontífice.

Pero “todo se paga”. La Iglesia abre sus puertas principales para recibir a herejes y cismáticos; y en consecuencia se vuelve forzosamente indiferente y débil. No puede acomodarse a este ambiente tan complejo y tan cambiante de la sociedad moderna sino con la condición de no poder conservar nada de su antigua intransigencia. Se supone que el dogma es inmutable, pero se las arreglan de modo que no haya necesidad de hablar de él y dejando al neófito en la ignorancia hasta del símbolo de Nicea³⁸. Ya ni siquiera se demanda aparentar fe: “¡Creer es inútil, hay que practicar!”. Las genuflexiones, la señal de la cruz en el momento apropiado, las

³⁸ El autor se refiere al establecimiento del dogma de fe cristiana por el concilio de Nicea (325). [N. de E.]

ofrendas ante el altar de un “sagrado corazón cualquiera” sea el de “Jesús” o el de “María”, son suficientes. Así dice Flaubert en una carta a George Sand: “Se debe estar por el catolicismo sin creer ni una palabra”. Cada uno puede estar seguro de tener una buena acogida, con tal de aportar, a falta de una convicción, al menos una firma, una presencia, para aumentar en una persona más la cifra de los pretendidos fieles; muy bien recibidos son los que a su nombre pueden añadir una influencia de familia, de nacimiento, de pasado, de carácter o de fortuna. La Iglesia llega hasta disputarles a parientes y amigos los cadáveres de hombres que vivieron siempre apartados de la religión y como enemigos de la doctrina. El tribunal de la Inquisición maldecía y quemaba las carnes de los herejes; actualmente los curas, confesores de la fe, quieren bendecirlos a cualquier precio.

No sabríamos apreciar en su verdadero valor la evolución contemporánea de la Iglesia si nos limitáramos a constatar sus progresos exteriores, es decir, cuanto aumentó el número de templos y cuanto el de individuos en el rebaño de los fieles. El catolicismo estaría seguramente en pleno apogeo de un nuevo florecimiento si todos los que adoptan la consigna y la librea fueran sinceros, si de su parte no tuvieran interés en fingir la vieja creencia de sus antepasados. Pero actualmente se cuentan a millones los hombres que se benefician por decirse cristianos y que lo hacen por pura hipocresía: digan lo que digan los periódicos de sacristía, las persecuciones que sufre la gente de iglesia son de esas que no se toman en serio, y el “prisionero del Vaticano”³⁹ sólo hace derramar lágrimas de piedad a los llorones interesados. ¡Cuanto peor es la situación de los obreros huelguistas, a los que se expulsa de sus pobres viviendas o se los fusila en masa y la de los anarquistas torturados en los calabozos! Las convicciones merecen respeto en razón directa al espíritu de sacrificio que inspiran. Ahora bien, todos estos sibaritas y hombres de mundo que retornan con ostentación al regazo de la Iglesia, ¿se han vuelto por este hecho piadosos con el desgraciado, amables con el que sufre? Nos permitimos dudarlo.

³⁹ El autor hace referencias a los Papas que, a partir de 1870, cuando los Estados Pontificios se unieron al resto del reino de Italia, se consideraron “Prisioneros en el Vaticano”. Esta situación recién sería superada en 1929 con la firma de los Pactos de Letrán, entre el Papa Pío XI y el gobierno fascista, por los cuales, entre otros acuerdos, se reconoció a la Santa Sede como un Estado independiente. [N. de E.]

Los signos de los tiempos nos prueban, al contrario, que la extensión material de la Iglesia corresponde a una disminución real en la fe. El catolicismo no es ya hoy esa buena religión de resignación y humildad que permitía al pobre aceptar devotamente la miseria, la injusticia y la desigualdad social. Los mismos obreros que se constituyen en sociedades llamadas “cristianas”, y que por consecuencia deberían alabar continuamente al Señor por su infinita bondad, esperando piadosamente a que, mañana y tarde, el cuervo de Elías les lleve el pan y la carne⁴⁰, van a hacerse socialistas, a redactar estatutos, a reclamar aumentos de salarios y a tener a los no cristianos como aliados de sus reivindicaciones. La confianza en Dios y sus santos ya no les alcanza: necesitan también garantías materiales y las buscan, no en la dependencia absoluta y la obediencia perfecta, tan frecuentemente recomendada a los hijos de Dios, sino en la unión con sus camaradas, en la fundación de sociedades de interés mutuo y tal vez incluso en la resistencia activa. La religión cristiana no supo oponer nuevos instrumentos a las situaciones nuevas: no sabiendo acomodarse a un medio que sus doctores no habían previsto, se atiene a sus viejas fórmulas de caridad, de humildad, de pobreza, y fatalmente debe perder todos los elementos jóvenes, viriles, inteligentes y conservar sólo a los pobres de corazón y de espíritu, y —en el sentido menos noble— a esos “bienaventurados” a los que el *Sermón de la Montaña* promete el reino de los cielos. Mientras que los hipócritas entran en la Iglesia, los sinceros salen de ella. Se cuentan por centenas los curas conscientes que abandonan la banda de los traficantes de la salvación, y la masa, hasta ayer hostil a los que renuncian a los hábitos, hoy comprende su conducta y los acompaña con su respeto. El catolicismo está virtualmente condenado desde el día en que, habiendo perdido todo genio creador en el arte, permaneció incapaz de manifestar otro talento que no fuera la imitación neogriega, neorromana, neogótica y neorrenacentista. Es una religión de muertos y ya no de seres vivientes.

⁴⁰ Reyes 17: 2-6-3-4-5-6. “Y vino a él palabra de Jehová diciendo: —Apártate de aquí y vuélvete al oriente y escóndete en el arroyo de Querit, que está frente al Jordán / Beberás del arroyo; y yo he mandado a los cuervos que te den allí de comer / Y él fue e hizo conforme a la palabra de Jehová: pues se fue y vivió junto al arroyo de Querit, que está frente al Jordán. Y los cuervos le traían pan y carne por la mañana, y pan y carne por la tarde; y bebía del arroyo”. Reina-Valera revisión 1960. [N. de E.]

Una prueba incontestable de la impotencia real de todas las iglesias es que ellas ya no poseen la fuerza para detener el movimiento científico de arriba ni el de la instrucción de abajo: no pueden más que retardar la marcha del saber, nunca suprimirlo; algunas ensayan o fingen secundarlo y mantienen alejado al profesor gruñón que en sus cursos proclama el “fracaso de la ciencia”. No habiendo podido impedir la apertura de escuelas, al menos querrían poder acapararlas todas, tomar su dirección y tener la iniciativa de la disciplina que se llama instrucción pública, teniendo en muchas regiones un éxito a la medida de sus deseos. Se pueden contar por millones y por decenas de millones los niños confiados a la solicitud intelectual y moral de los curas, monjes y religiosos de diversas denominaciones: la enseñanza de más de la mitad de la juventud europea está abandonada a la libre disposición de las autoridades religiosas, e incluso en los lugares donde estas están apartadas por la autoridad civil, a veces se les ha concedido el derecho de revisar la enseñanza y a veces se les ha dado una garantía de neutralidad o aun de complicidad.

La evolución del pensamiento humano, que se realiza más o menos rápidamente según los individuos, las clases y las naciones, ha conducido entonces a esta situación falsa y contradictoria, atribuyendo la función de enseñar precisamente a aquellos que por principio deben profesar el desprecio y la abstención de la ciencia, ateniéndose a la primera prohibición formulada por su Dios. “No tocarás el fruto del árbol del conocimiento”⁴¹. La prodigiosa ironía de las cosas ha hecho que actualmente sean ellos los distribuidores oficiales de esos frutos venenosos. Ciertamente no podemos creerles cuando se jactan de distribuir esas “manzanas” del pecado con prudencia y parsimonia y de proporcionar el antídoto al mismo tiempo. Para ellos hay ciencia y ciencia, la que se enseña con toda clase de debidas precauciones y aquella que debe callarse cuidadosamente. Un hecho que se considera moral puede entrar en la memoria de los niños; otro que pueda despertar el espíritu de rebeldía y de indisciplina entre los alumnos se deja pasar en silencio. Comprendida de este

⁴¹ Génesis 2: 17. “Más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”. Reina-Valera revisión 1960. [N. de E.]

modo, la historia no es más que un relato mentiroso; las ciencias naturales consisten en un conjunto de hechos sin cohesión, sin causa y sin fin; en cada serie de estudios las palabras ocultan las cosas, y en la llamada enseñanza superior, donde es permitido abordar los grandes problemas, esto se hace siempre por vías indirectas, amontonando las anécdotas, las fechas y nombres propios, las hipótesis, los argumentos retorcidos de sistemas contradictorios, de modo tal que la inteligencia desconcertada, librada a la confusión, vuelva fatigada a los vagidos de la infancia y a prácticas sin objetivo.

Y sin embargo, por falsa y absurda que sea esta enseñanza, se dice que tal vez, tomada en conjunto, resulte más útil que funesta. Todo depende de las proporciones de la mixtura y del recipiente intelectual, de la personalidad infantil que la recibe. Las únicas escuelas conformes al programa de la contrarrevolución son aquellas cuyas directoras, “santas hermanas”, no saben ni leer y donde los niños sólo aprenden el signo de la cruz y el *oremus*. El empuje de afuera ha penetrado en todas las escuelas, aún en aquellas en las que la educación, católica, protestante, budista o musulmana, no está restringida a simples fórmulas, frases místicas o a extractos de libros incomprensibles. A veces un súbito resplandor surge de este revoltijo, una lógica consecuencia aparece en la mente de un niño de espíritu abierto; una lejana alusión adquiere el carácter de una revelación; un gesto irreflexivo, un adjetivo aventurado pueden producir el mal que se quería evitar, una palabra vital surge de este raudal de repeticiones inútiles, y he ahí que de repente el espíritu lógico del niño salta a conclusiones temibles. Las probabilidades de emancipación intelectual son más grandes aún en las escuelas, congregacionistas o no, donde los profesores, observando la rutina obligatoria de las lecciones y explicaciones reticentes, se ven, no obstante, obligados a exponer los hechos, a mostrar relaciones y señalar las leyes. Sean los que sean los comentarios con que un profesor acompaña sus enseñanzas, los números que escribe en la pizarra no son por eso más corruptibles. ¿Qué verdad prevalecerá? ¿Aquella en virtud de la cual dos y dos siempre suman cuatro y que nada se crea de la nada, o bien la antigua “verdad” que nos muestra a todas las cosas como salidas de la *nada* y nos afirma la identidad de un solo Dios en tres personas divinas?

Sin embargo, si la instrucción se impartiese solamente en las escuelas, los gobernantes y las iglesias podrían esperar mantener aún los espíritus en la servidumbre, pero es por fuera de las escuelas donde la instrucción es mayor, en la calle, en el taller, en las barracas de las ferias, en el teatro, en los vagones de los trenes, a bordo de los barcos, ante los paisajes novedosos, en las ciudades del extranjero. Hoy todo el mundo viaja, ya sea por placer, ya sea por sus intereses. No hay una reunión donde no se encuentren personas que han visitado Rusia, Australia, América; y si los circunnavegadores de la tierra son todavía una excepción, no hay, por decirlo así, ningún hombre que no haya viajado para ver, al menos, el contraste entre el campo y la ciudad, entre los cultivos y los desiertos, entre la montaña y la llanura, entre la tierra firme y el mar. Entre los que viajan están seguramente quienes lo hacen sin método y como ciegos; cambiando de país no cambian de medio ambiente y, por así decirlo, permanecen en su casa; el lujo, los placeres de hotel no les permiten apreciar las diferencias esenciales de un país a otro, de un pueblo a otro pueblo. El pobre que se enfrenta con las dificultades de la vida es aún el que, sin cicerone, puede observar y retener mejor. ¿Y acaso la gran escuela del mundo exterior no muestra los prodigios de la industria humana tanto a pobres como a ricos, a aquellos que producen esas maravillas con su trabajo y aquellos que las aprovechan? Ferrocarriles, telégrafos, arietes hidráulicos, perforadoras, fuentes de luz que se alzan desde el suelo...; el desheredado, si ha podido darse cuenta del cómo y el porqué, ve estas cosas al igual que las ve el poderoso y su espíritu no se encuentra menos afectado. Para el disfrute de algunas de estas conquistas de la ciencia el privilegio ha desaparecido. Conduciendo la locomotora a través de montes y llanos, doblando su velocidad o conteniendo la marcha a su gusto, el maquinista se cree inferior al soberano que viene detrás de él en un vagón dorado. ¡Pero este no por eso tiene menos temor, sabiendo que su vida depende de un chorro de vapor, de un movimiento de palanca o de un cartucho de dinamita!

La visión de la naturaleza y de las obras humanas, la práctica de la vida, he aquí los colegios donde se realiza la verdadera educación de las sociedades contemporáneas. Aunque las escuelas propiamente dichas hayan, también ellas, realizado su

evolución en el sentido de la verdadera enseñanza, tienen una importancia relativa muy inferior a la de la vida del entorno social. Ciertamente el ideal anarquista no es el de suprimir la escuela, sino al contrario, el de engrandecerla, de hacer de la sociedad misma un inmenso organismo de enseñanza mutua donde todos sean a la vez alumnos y profesores, donde cada niño después de haber recibido “nociones de todo” en sus primeros estudios, aprendería a desarrollarse integralmente, en proporción a sus fuerzas intelectuales en una existencia libremente elegida. Además, con escuelas o sin ellas, toda gran conquista de la ciencia acaba por entrar en el dominio público. Los científicos de profesión han hecho durante largos siglos el trabajo de investigaciones y de hipótesis, debatiéndose en medio de errores y falsedades; pero cuando la verdad ha sido al fin conocida, con frecuencia a pesar de ellos y gracias a algunos audaces abucheados, se ha revelado con todo su esplendor, clara y simple. Todos la comprenden sin esfuerzo; parece como si siempre hubiese sido conocida. En otro tiempo los sabios creían que el cielo era una cúpula redonda, un techo de metal –¡qué sé yo!– una serie de bóvedas, tres, siete, nueve y hasta trece, cada una sus procesiones de astros, sus leyes diferentes, su régimen particular y con sus tropas de ángeles y arcángeles para guardarlas. Pero después de que todos esos cielos superpuestos de los que nos hablan la Biblia y el Talmud fueron destruidos, no hay ni un solo niño que no sepa que el espacio es libre e infinito alrededor de la Tierra. Casi no se aprende. Es una verdad que ahora forma parte del patrimonio universal. Lo mismo ocurre con todas las conquistas científicas; no se estudian, por así decirlo, se saben; están en el aire que respiramos.

Cualquiera que sea el origen de la instrucción, todos la aprovechan y el trabajador no es el que toma la menor parte. Que un descubrimiento sea realizado por un burgués, un noble o un campesino, que el sabio sea el ceramista Palissy⁴² o el canciller Bacon⁴³, el mundo entero utilizará sus investigaciones. Es cierto que los privilegiados querrían guardar para ellos los beneficios

⁴² Bernard Palissy (1510-1590) inventor, entre otros aportes, de técnicas refinadas de cerámica. Murió prisionero en la Bastilla. [N. de E.]

⁴³ Francis Bacon (1561-1626), miembro de la nobleza y canciller de Inglaterra, considerado el padre del empirismo científico. [N. de E.]

de la ciencia y dejar al pueblo en la ignorancia: a diario los industriales se apropian de tal o cual procedimiento químico y, con una licencia o una patente, se arrogan el derecho de la fabricación exclusiva de tal o cual cosa útil a la humanidad. Se ha podido ver al médico Koch⁴⁴, obligado por su patrón Guillermo⁴⁵, reivindicar la curación de todos los enfermos del Imperio como un monopolio del Estado; pero demasiados investigadores están poniendo manos a la obra como para que los deseos egoístas puedan realizarse. Esos explotadores de la ciencia se encuentran en la misma situación que aquel mago de las *Mil y una noches* que abrió la redoma en donde desde hacía diez mil años dormía encerrado un genio. Ellos quisieran hacerlo volver a entrar en su reducto y cerrarlo bajo siete sellos, pero han olvidado la palabra del conjuro y el genio se ha liberado para siempre.

Por un extraño contraste de las cosas resulta que, para todas las cuestiones sociales en las cuales los obreros tienen un interés directo y natural en reivindicar la igualdad de los hombres y la justicia para todos, les es mucho más fácil que a los científicos de profesión el llegar al conocimiento de la verdad, que es la real ciencia. Hubo un tiempo en que la gran mayoría de los hombres nacían y vivían esclavos y no tenían otro ideal que un cambio de servidumbre; nunca se les pasó por la cabeza que “un hombre vale un hombre”. Ahora ya lo han aprendido y comprenden que esta igualdad virtual dada por la evolución debe cambiarse en adelante en igualdad real, gracias a la revolución, o mejor dicho, a las revoluciones incesantes. Los trabajadores, instruidos por la vida son, de otra manera, tan expertos como los economistas de profesión acerca de las leyes de la economía política. No se toman el enojoso trabajo de inútiles detalles y van derecho al corazón de la cuestión, preguntándose para cada reforma si ésta asegurará o no el pan. Las diversas formas del impuesto, progresivo o proporcional, los dejan indiferentes porque saben que todos los impuestos son, a fin de cuentas, pagados por los más pobres. Saben también que para la mayoría de ellos funciona una “ley de hierro”, que, sin

⁴⁴ Robert Koch (1843-1910), científico alemán al que se considera fundador de la bacteriología por haber aislado y reconocido a los bacilos causantes de la tuberculosis y del cólera. [N. de E.]

⁴⁵ El autor hace referencia al Káiser Guillermo I (1797-1888). [N. de E.]

tener el carácter fatal e ineluctable, que se le atribuía en otros tiempos, sin embargo representa, para millones de hombres, una terrible realidad. En virtud de esta ley el famélico está condenado por su propia hambre a no percibir por su trabajo más que una pitanza de miseria. La dura experiencia confirma cada día esta necesidad que se deriva del derecho de la fuerza. Más aún, cuando el individuo se ha vuelto inútil para su patrón, cuando ya no vale más nada, ¿no es la regla dejarlo perecer?

Así, sin paradoja alguna, el pueblo, o al menos la parte del pueblo que tiene la oportunidad de pensar, por lo común sabe mucho más que la mayoría de los sabios, y esto sin haber pasado por las universidades; no conoce los detalles hasta el infinito, no está iniciado en las mil fórmulas del grimorio; no tiene la cabeza llena de nombres en todas las lenguas como un catálogo de biblioteca, pero su horizonte es más amplio, ve a mayor distancia, de un lado, los orígenes bárbaros, del otro, el porvenir transformado; tiene mejor comprensión de la sucesión de los acontecimientos; toma una parte más consciente en los grandes movimientos de la historia y conoce mejor las riquezas del globo: en definitiva, es más hombre. Desde este punto de vista se puede decir que tal compañero anarquista amigo nuestro, juzgado por la sociedad como digno de morir en presidio, es realmente más sabio que toda una academia o que una banda de estudiantes recién salidos de la universidad, atiborrados de hechos científicos. El científico tiene una inmensa utilidad como cantero: extrae los materiales, pero no es él quien los emplea, es al pueblo, al conjunto de hombres asociados a quien corresponde la tarea de construir el edificio.

Que cada uno recurra a sus recuerdos y verá los cambios que luego de la mitad del siglo XIX se han producido en el modo de pensar y de sentir y que necesitan, por consecuencia, las modificaciones correspondientes en el modo de obrar. La necesidad de un patrón, de un jefe o de un capitán en toda organización parecía fuera de duda: un Dios en el cielo, aunque sólo fuese el Dios de Voltaire; un soberano en un trono o en un sillón, aunque no fuera más que un rey constitucional o un presidente de república; “un cerdo engordando”, según la feliz expresión de uno de ellos; un patrón en cada fábrica o taller, un presidente en cada corporación, un marido, un padre con

voz gruesa en cada hogar. Pero día a día el prejuicio se disipa y el prestigio de los jefes disminuye. Las aureolas empalidecen a medida que avanza el día. A pesar de la consigna, que consiste en aparentar creer cuando no se cree, a pesar de los académicos y los egresados de la Normal que deben su dignidad al fingimiento y al disimulo de sus ideas, a pesar de las genuflexiones, de los signos de la cruz y de las parodias místicas, a pesar de la creencia en el Amo Eterno, del que se deriva el poder de todos los amos mortales, la fe se va y se disipa como el sueño de una noche. Los que han visitado Inglaterra y los Estados Unidos luego de veinte años de intervalo se asombran de la prodigiosa transformación que se ha realizado en los espíritus desde este punto de vista. Dejamos a muchos hombres fanáticos, intolerantes, feroces en sus creencias políticas y religiosa y encontramos a personas con la inteligencia abierta, el pensamiento libre y el corazón ensanchado. Ya no están obsesionados por la alucinación de un Dios vengador.

La disminución del respeto es, en la práctica de la vida, el resultado más importante de esta evolución de las ideas. Preguntemos a los curas, bonzos o morabitos de donde provienen sus amarguras: de aquello que se osa pensar sin consultar su opinión. Y los grandes personajes, ¿de qué se quejan?: de que se los trata como a los demás hombres. No se les cede el paso, se pasa por alto el saludarlos. Cuando se obedece a los representantes de la autoridad, porque los ganapanes así lo exigen, y cuando les mostramos los signos exteriores de respeto, al mismo tiempo sabemos lo que valen esas autoridades; y son sus propios subordinados los primeros en ponerlos en ridículo. No pasa una semana sin que haya jueces que, sesionando vestidos de rojo y con la cabeza cubierta, no sean insultados y ridiculizados por sus víctimas en el banquillo. Incluso un detenido le ha tirado su zapato a la cabeza del presidente. ¡Y los generales! Los hemos visto actuando. Los hemos visto importantes, hinchados, solemnes, inspeccionar los puestos de avanzada no tomándose ni siquiera la molestia de subirse a un globo o de mandar a un oficial a examinar las posiciones del enemigo. Los hemos oído dar la orden de destruir puentes que ninguna batería amenazaba y acusar a sus ingenieros de haber construido puentes demasiado cortos para sus columnas de ataque. Hemos escuchado con

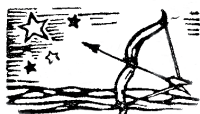
angustia el terrible cañoneo de Bourget⁴⁶, en donde algunas centenas de desdichados quemaban sus “últimos cartuchos”, esperando vanamente a que el “generalísimo” enviara en su auxilio una parte del medio millón de hombres que obedecían a su voz. Luego presenciamos con estupor el bello “caso Dreyfus”, donde los oficiales mismos nos probaron que los juicios por órdenes, la administración de lupanares y la redacción de “falsificaciones patrióticas” no son nada contrarias a las costumbres y al honor del ejército. ¿Es de asombrarse entonces que el respeto se pierda y, más aún, que se convierta en desprecio?

Es cierto; el respeto se pierde, pero no el justo respeto que acompaña al hombre recto, de dedicación y trabajo, sino ese respeto bajo y vergonzoso que sigue a la riqueza o a la función; ese respeto de esclavo que lleva a una muchedumbre de curiosos a presenciar el paso de un rey y que transforma a los lacayos y a los caballos de un gran personaje en objetos de admiración. Y no sólo el respeto se pierde, sino que los mismos que pretenden merecer la consideración de todo el mundo son los primeros en comprometer su rol de seres sobrehumanos. En otros tiempos los soberanos del Asia conocían el arte de hacerse adorar. Sus palacios sólo se veían desde lejos, sus estatuas se hallaban por todas partes, se leían sus edictos, pero ellos no se mostraban. Los más cercanos de sus súbditos sólo los abordaban arrodillados; a veces un velo se abría a medias para mostrarlos como en un relámpago y hacerlos desaparecer súbitamente, dejando emocionada el alma de todos los que los habían entrevisto por un instante. Entonces el respeto era lo bastante profundo como para llegar a la postración: un mudo llevaba a los condenados un cordón de seda y esto bastaba para que el fiel adorador se ahorcara. El súbdito de un emir en el Asia Central debía presentarse ante su amo con la cabeza inclinada hacia el hombro derecho, con una soga anudada en el cuello desnudo y con un cuchillo filosos atado al extremo, como para que el señor no tuviera más que tomar el arma según su capricho para deshacerse

⁴⁶ Le Bourget es una localidad a unos 10 km de París, donde se desarrolló uno de los últimos combates de la Guerra Franco-Prusiana. El 29 de octubre de 1870 la ciudad fue recuperada de los ocupantes prusianos mediante un afortunado golpe de mano, pero sólo pudo ser mantenida hasta el día siguiente a consecuencia del feroz bombardeo y el abandono de sus defensores por el Estado Mayor francés. [N. de E.]

de su dócil esclavo. Tamerlán, paseándose por lo alto de una torre, hace un signo a los cincuenta cortesanos que lo rodean y todos se arrojan al vacío. ¿Qué son, en comparación, los Tamerlán de nuestros días sino más o menos apariencias, aunque todavía formidables? La institución monárquica de la realeza, convertida en pura ficción constitucional, ha perdido esa sanción del respeto universal que le daba todo su valor. “El rey, la fe, la ley”, se decía en otros tiempos. “La fe” ya no existe y, sin ella, el rey y la ley se desvanecen transformados en fantasmas.

Pero, ¡por desgracia!, son duros para morir. Estos muertos son también los “que hay que matar”.



Apprendere: ecco il delitto, secondo la Chiesa, ecco il delitto secondo lo Stato. chacché possano immaginare dei preti e degli agenti del Governo che hanno assorbito, a loro mal grado, dei germi d'energia. Apprendere — è, al contrario, la virtù per eccellenza per l'individuo libero che si affranca ad ogni autorità divina od umana; egli respinge ugualmente coloro che, in nome di una "Ragione suprema", si arrogano il diritto di pensare e di parlare per l'altro e coloro che, attraverso la volontà dello Stato, impongono delle leggi, una pretesa morale esteriore, codificata e definitiva. Così, l'uomo che vuole svilupparsi come essere morale deve fare proprio l'opposto di ciò che la Chiesa e lo Stato gli raccomandano; è necessario che egli pensi, parli, agisca liberamente. Sono queste le condizioni indispensabili di qualunque progresso.

Eliseo Reclus.





IX

Situación presente y porvenir próximo. Nacimiento de la Internacional. Las huelgas. Impotencia del proletariado en sus huelgas parciales contra la gran industria. La huelga de los tejedores de Vienne, primer ejemplo de embargo de fábricas como propiedad colectiva. La huelga general y la huelga de soldados. La solidaridad de los huelguistas. Asociaciones comunitarias. Dificultades de adaptación a un medio nuevo. Falansterio de Texas y Freiland. Asociaciones cooperativas y sociedades anarquistas. La “Comuna de Montreuil”.

La ignorancia disminuye, y entre los evolucionistas revolucionarios el saber dirigirá pronto el poder. Este es el hecho capital que nos da confianza en el destino de la Humanidad: a pesar de la infinita complejidad de las cosas, la historia nos prueba que los elementos de progreso prevalecerán sobre los de regresión.

Observando todos los hechos de la vida contemporánea, aquellos que testimonian una decadencia relativa como los que, al contrario, indican una marcha hacia adelante, se constata que los últimos son superiores en valor y que la evolución cotidiana nos aproxima incesantemente a este conjunto de transformaciones, pacíficas o violentas, que anticipadamente llamamos “revolución social” y que consistirá, sobre todo, en destruir el poder despótico de las personas y de las cosas, y el acaparamiento personal de los productos del trabajo colectivo.

El hecho capital es el nacimiento de la Internacional de los Trabajadores. Sin duda que esta existe en germen desde que los hombres de naciones diferentes se ayudan mutuamente con toda simpatía y por sus intereses comunes. Y adquiere una existencia teórica el día que los filósofos del siglo XVIII dictaron a la Revolución Francesa la proclamación de los “Derechos del Hombre”; pero estos derechos quedaron como simple fórmula y la asamblea que había proclamado ante el mundo se cuidó bien de aplicarlos: ni siquiera osó abolir la esclavitud de los negros en Santo Domingo y no cedió más que después de años de insurrección, cuando la última posibilidad de salvación tuvo ese precio.

No, la Internacional, que en todos los países civilizados estaba en vías de formación, no tomó conciencia de sí misma hasta la segunda mitad del siglo XIX y surgió en el mundo del trabajo: no fueron en absoluto las “clases dirigentes”.

¡La Internacional! Desde el descubrimiento de América y la circunnavegación de la Tierra, ningún otro hecho tuvo tanta importancia en la historia de los hombres. Colón, Magallanes, Elcano, fueron los primeros que constataron la unidad material de la Tierra, pero la futura unidad normal que deseaban los filósofos no tuvo un principio de realización hasta el día en que los trabajadores ingleses, franceses y alemanes, olvidando la diferencia de origen y a pesar de la diversidad de lenguaje, se comprendieron unos y otros y, con desprecio de todos los gobiernos respectivos, se unieron para no formar más que una sola nación. Los comienzos de la obra fueron poca cosa; apenas algunos miles de hombres estaban agrupados en esta asociación, célula primitiva de la Humanidad futura, pero los historiadores comprendieron la importancia capital del acontecimiento que acababa de realizarse. Y desde los primeros años de su existencia, durante la Comuna de París, se pudo ver por la destrucción de la columna Vendôme⁴⁷ que las ideas de la Internacional ya se habían vuelto una realidad viviente. Cosa inaudita hasta ahora: los vencidos derribaron con entusiasmo el monumento de las antiguas victorias, no por halagar cobardemente a los que a su vez venían de vencer, sino para testimoniar su fraternal simpatía hacia los hermanos que habían sido llevados a enfrentarse a ellos y sus sentimientos de execración contra los señores y reyes que de una y otra parte conducían a sus súbditos al matadero. Para aquellos que saben colocarse fuera de luchas mezquinas de partido y contemplan desde lo alto la marcha de la historia, no existe en este siglo un signo que tenga un significado más imponente que el haber abatido la columna imperial sobre una capa de estiércol.

Después se la enderezó, al igual que después de la muerte de Carlos I y de Luis XVI se restauraron las realezas en Inglaterra

⁴⁷ La columna Vendôme fue construida por orden Napoleón Bonaparte en conmemoración de la batalla de Austerlitz y era considerada por los comuneros como un monumento al patriotismo y al odio entre los pueblos. Fue demolida el 16 de mayo de 1871. [N. de E.]

y Francia, pero todos sabemos lo que valen las restauraciones; se pueden revocar las grietas, pero el empuje del suelo no tardará en reabrir las; se pueden reconstruir los edificios, pero no se puede hacer renacer la fe primera que los había edificado. Ni el pasado se restaura ni el porvenir se evita. Es cierto que todo un aparato de leyes prohíbe a la Internacional. En Italia la han calificado de “asociación de malhechores” y en Francia han promulgado contra ella las “leyes canallas”. A sus miembros se los castiga con la cárcel y los trabajos forzados. En Portugal sólo pronunciar su nombre es un crimen duramente castigado. ¡Miserables precauciones! Con cualquier nombre que con el que se disfrace, la Federación Internacional de los Trabajadores existe y se desarrolla siempre más solidaria y poderosa. Hasta resulta una singular ironía de la suerte el hecho de mostrarnos en qué medida esos ministros y esos magistrados, esos legisladores y sus cómplices, son seres predisuestos a engañarse a sí mismos y cuánto se enredan en sus propias leyes. Sus armas apenas se han utilizado y, ya embotadas, no cortan más. Prohíben la Internacional, pero lo que no pueden prohibir es el acuerdo natural y espontáneo entre todos los trabajadores que piensan; es el sentimiento de solidaridad que los une de más en más; es su alianza cada vez más íntima contra los parásitos de diversas naciones y diversas clases. Esas leyes no sirven más que para hacer grotescos a los graves y majestuosos personajes que las promulgan ¡Pobres locos, que ordenan al mar que retroceda!

Es cierto que las armas que los trabajadores emplean en sus luchas de reivindicación pueden parecer ridículas y, en efecto, la mayoría de las veces lo son. Cuando se tienen que quejar de alguna flagrante injusticia, cuando quieren testimoniar su espíritu de solidaridad con algún compañero ofendido, o bien cuando reclaman un salario superior o la disminución de las horas de trabajo, amenazan a los patrones con cruzarse de brazos: como los plebeyos de la república romana, abandonan la labor acostumbrada y se retiran a su *Monte Aventino*⁴⁸. Ya no se los

⁴⁸ Una de las siete colinas donde fue edificada la ciudad de Roma. En el 449 AC los plebeyos enfrentados a los patricios se retiraron al Aventino amenazando con crear una nueva ciudad. De acuerdo a la leyenda, el senador Menenio Agripa convenció a la plebe de volver al orden establecido al utilizar una metáfora sobre los miembros que se negaban a alimentar al estómago provocando la postración de todo el cuerpo. [N. de E.]

conduce nuevamente al trabajo contándoles fábulas sobre *los Miembros vs el Estómago*, por más que los periódicos bien pensantes nos sirvan todavía este apólogo de diferentes maneras, pero se los rodea de tropas, con las armas cargadas, la bayonetas calada y la amenaza constante de ser masacrados; esto es a lo que se llama “proteger la libertad de trabajo”.

A veces, efectivamente, los soldados disparan a los trabajadores en huelga: el suelo del taller o la boca de la mina se bautizan con un poco de sangre. Pero si las armas no intervienen, el hambre no deja de cumplir su obra. Los trabajadores, desprovistos de todo ahorro personal, privados de crédito, se encuentran en presencia de la implacable fatalidad: ya no están sostenidos por la embriaguez que le habían proporcionado la cólera y el entusiasmo de los primeros días y, bajo pena de suicidio, no pueden más que ceder, a sufrir humildemente las condiciones impuestas y volver con la cabeza gacha a la mina que, hasta apenas ayer, llamaban la prisión. Es que realmente la partida no es igualitaria. De un lado el capitalista en buenas condiciones materiales y sin ninguna preocupación respecto a la conservación de su bienestar; con el panadero y todos los otros proveedores que continúan mostrándose atentos con él y con los soldados montando guardia en la puerta de su morada; toda la potencia del Estado, y si es necesario hasta la de los Estados vecinos, se coloca a su servicio. Del otro lado una multitud de hombres que bajan los ojos, por temor a que alguien pueda ver su chispa, y que vagan errantes y famélicos a la espera de un milagro.

Y, no obstante, este milagro algunas veces se produce. Un patrón insolvente es sacrificado por sus colegas, que juzgan inútil solidarizarse con él; otro dueño de fábrica o taller, sintiéndose manifestamente equivocado, cede a la majestad de la verdad o a la presión de la opinión pública. En muchas pequeñas huelgas donde los intereses en disputa no representan más que un débil capital y el amor propio de los poderosos barones de las finanzas no corre el riesgo de ser lesionado, los trabajadores logran a veces un fácil triunfo: incluso a algún ambicioso rival no le incomoda jugar una mala pasada a un colega que lo molesta y enfrentarlo mortalmente con sus obreros. Pero cuando se trata de luchas verdaderamente considerables, o en las que están en juego grandes capitales y el espíritu de cuerpo exige todas las

energías, la enorme diferencia de recursos entre las fuerzas en conflicto no ofrece a los pobres, que no poseen más que sus músculos y su derecho, demasiadas esperanzas de victoria frente a una liga de capitalistas. Estos pueden acrecentar indefinidamente sus fondos de resistencia y disponen además de todos los recursos del Estado y del apoyo de las compañías de transporte. La estadística anual de huelgas nos prueba con cifras indiscutibles que en estos choques desiguales terminan, cada vez con mayor frecuencia, con el aplastamiento de los obreros huelguistas. La estrategia de ese género de guerra de ahora en más es bien conocida: los dueños de las fábricas y compañías saben perfectamente que, en circunstancias parecidas, disponen libremente de los capitales de sociedades similares, del ejército y de la turba ínfima de los muertos de hambre.

Así, los historiadores del período contemporáneo deben reconocer que, en las condiciones del medio, la práctica de las huelgas parciales emprendidas por multitudes con los brazos cruzados no ofrece ciertamente ninguna chance de conducir a una transformación social. Pero lo que importa estudiar no son tanto los sucesos actuales sino las ideas y las tendencias generatrices de acontecimientos futuros. Ahora bien, la potencia de la opinión, en el mundo de los trabajadores, se manifiesta poderosamente, superando con creces ese pequeño movimiento de huelgas que, en resumen, reconoce y en consecuencia confirma en principio al salariado, es decir, la subordinación de los obreros a los que contratan trabajo. Ahora bien, en las asambleas donde el pensamiento de cada uno se precisa en voluntad colectiva, el aumento de salarios no es el ideal aclamado: es por la apropiación de la tierra y de las fábricas, considerada ya el punto de partida de la nueva era social, que los obreros de todos los países reunidos en congreso se pronuncian con total acuerdo. En Inglaterra, en los Estados Unidos, en el Canadá, en Australia, resuena el grito de “nacionalización de la tierra”, y ya ciertas comunas y hasta el gobierno de Nueva Zelanda han creído oportuno ceder parcialmente a las reivindicaciones populares. ¿Acaso la literatura espontánea de canciones y refranes socialistas no ha recuperado en esperanza todos los productos del trabajo colectivo?

*Nègre de l'usine,
Forçat de la mine,
Ilote du champ,
Lève-toi peuple puissant ;
Ouvrier, prends la machine!
Prends la terre, paysan!*⁴⁹

Y la naciente comprensión de los trabajadores no se evapora totalmente en canciones. Ciertas huelgas han tomado un carácter agresivo y amenazante. No son solamente actos de desesperación pasiva, paseos de famélicos pidiendo pan.

Semejantes manifestaciones han tomado tintes muy molestos para los capitalistas. ¿No hemos visto en los Estados Unidos a los obreros hacerse dueños durante ocho días de todos los ferrocarriles del Estado de Indiana y de una parte de la vertiente Atlántica? Y con motivo de la gran huelga de los maleteros y changarines de Londres, ¿no se ha encontrado de hecho todo el barrio de los Docks en manos de una multitud internacional, fraternalmente unida? Hemos visto más aún. En Vienne, cerca de Lyon, cientos de obreros y obreras, casi todos tejedores de lana, han sabido festejar noblemente la jornada del Primero de Mayo forzando la puerta de una fábrica, no como saqueadores, sino como justicieros. En forma solemne, casi religiosamente, se apoderaron de una pieza de paño que ellos mismos habían tejido y tranquilamente se distribuyeron esta tela, de más de trescientos metros de largo, y esto sin ignorar que brigadas de gendarmes de todos los pueblos vecinos, convocadas por telégrafo, estaban agrupadas en la plaza pública para librar batalla y tal vez fusilarlos; pero sabían también que el acto de embargo a la fábrica, verdadera propiedad colectiva, arrebatada por el capital, no sería olvidada por sus hermanos de trabajo y sufrimiento. Ellos se sacrificaron, entonces, por la salvación común y millares de hombres han jurado que seguirán se ejemplo. ¿No es esta una fecha memorable en la historia de la humanidad? Esto

⁴⁹ Estribillo de la canción *Ouvrier prend la machine*, con música de Zède y letra de Charles Keller, a propósito de la Comuna de París: “*Esclavo de la fábrica / forzado de la mina / ilota del campo / levántate, pueblo poderoso / ¡Obrero, apodérate de la máquina! / ¡Campesino, apodérate de la tierra!*”. [N. de E.]

fue una verdadera revolución en la más noble acepción de la palabra. Además, si esta revolución hubiera tenido la fuerza de su lado, no hubiera sido por eso menos pacífica en lo absoluto.

La cuestión principal es saber si la moral de los obreros condena o aprueba actos semejantes. Si se encuentra cada vez más de acuerdo con aprobarlos, creará los hechos sociales correspondientes. El albañil reclamará la casa que construyó, lo mismo que el tejedor se apoderó de la tela que tejió, y el agricultor recogerá el producto del surco. Esta es la esperanza del obrero y este es también el temor del capitalismo. También algunos gritos de desesperación se han oído en el campo de los privilegiados, y algunos de entre ellos ya han recurrido a medidas supremas de salvación. Así, por ejemplo, la famosa fábrica de Homestead, en Pennsylvania, está construida como una ciudadela, con todos los medios de defensa y de represión contra los obreros que puede proveer la ciencia moderna. En otras fábricas se emplean con preferencia los condenados a trabajos forzados, que el Estado presta benevolentemente por un menor salario; todos los esfuerzos de los ingenieros se encaminan hacia el empleo de la fuerza bruta de máquinas dirigidas por el impulso inconsciente de hombres sin ideal y sin libertad. Pero aquellos que quieren prescindir de la inteligencia lo logran sólo con la condición de debilitarse a sí mismos, de mutilarse y preparar así la victoria de hombres más inteligentes que ellos: huyen ante las dificultades de una lucha que pronto los alcanzará.

Cuando el espíritu de reivindicación haya penetrado en la masa entera de los oprimidos, todo acontecimiento, por la menor importancia que parezca tener, podrá determinar un terremoto de transformación, es de esta manera que una chispa hace saltar a todo un barril de pólvora. Ya los signos precursores han anunciado la gran lucha. Así, cuando en 1890 resonó la llamada de “Primero de Mayo” lanzada por un desconocido cualquiera, tal vez por un camarada australiano, pudimos ver a todos los obreros del mundo unirse solidarios con un mismo pensamiento. Ellos ese día probaron que la Internacional, oficialmente enterrada, estaba bien resucitada y no por la voz de los jefes, sino por la presión de las masas. Ni los “sensatos consejos” de los funcionarios socialistas ni el aparato represivo de los gobiernos pudieron impedir que los oprimidos de todas las naciones se

sintieran hermanos en todo el planeta y se lo dijeran unos a otros. Y sin embargo en apariencia se trataba de muy poca cosa, de una simple manifestación platónica, de una consigna, de un santo y seña. En efecto, patronos y gobernantes, ayudados por los mismos jefes socialistas, han reducido esta palabra fatídica a no ser más que una simple fórmula sin valor. No obstante, ese grito, esa fecha fija, había tomado un sentido épico por su universalidad.

Todo otro grito, súbito, espontáneo, imprevisto, puede conducir a resultados más sorprendentes todavía. La fuerza de las cosas; es decir, el conjunto de las condiciones económicas, ciertamente hará nacer por una u otra causa, en relación a algún hecho quizá sin importancia, una de esas crisis que apasionan hasta a los indiferentes, y veremos surgir repentinamente toda esa inmensa energía almacenada en el corazón de los hombres por el sentimiento violado de la justicia, por los sufrimientos inexpiados, por los odios insatisfechos. Cada día puede conducir a una catástrofe. El despido de un obrero, una huelga local, una masacre fortuita, pueden ser la causa de la revolución: es que el sentimiento de solidaridad crece de día en día y todo temblor local tiende a conmover a la Humanidad. Hace algunos años una nueva consigna estalló en los talleres: “Huelga general”. Este grito pareció extraño; se lo tomó como la expresión de un sueño, de una esperanza quimérica; después se lo repitió en un tono más alto y actualmente resuena tan fuertemente que, muchas veces, tiembla el mundo capitalista. No, la huelga general —y entiendo por ella no la simple cesación del trabajo, sino una reivindicación agresiva de todo el haber de los trabajadores— no es un acontecimiento imposible; más aún, se ha vuelto inevitable y puede estar próxima. Los asalariados ingleses, alemanes, belgas, franceses, americanos, australianos, saben perfectamente que depende de ellos negarse en determinado día a todo trabajo para los patronos y, ese mismo día, ocupar la fábrica en beneficio colectivo; y lo que comprenden, o al menos lo presienten, hoy. ¿Por qué no lo practicarían mañana, sobre todo si a la huelga de los trabajadores se suma la de los soldados? Los periódicos, con perfecta prudencia, callan unánimemente cuando los militares se rebelan o abandonan el servicio en masa. Los conservadores, que pretenden ignorar absolutamente los hechos

que no están de acuerdo con sus deseos, se imaginan de buena gana que semejante abominación social no es posible, pero sin embargo las deserciones colectivas, las rebeliones parciales y el negarse a disparar son fenómenos que se producen con frecuencia en los ejércitos mal encuadrados y que no son totalmente desconocidos en las organizaciones militares más sólidas. Aquellos que entre nosotros se acuerdan de la Comuna aún ven en su memoria a los millares de hombres que Thiers había dejado en París y que el pueblo desarmó y convirtió fácilmente a su causa. Cuando la mayoría de los soldados se haya compenetrado por el deseo de la huelga, tarde o temprano se presentará la ocasión de realizarla.

La huelga, o mejor dicho, el espíritu de huelga tomado en su sentido más amplio, vale sobre todo por la solidaridad que establece entre todos los reivindicadores del derecho. Luchando por la misma causa, aprenden a amarse entre sí. Pero, además también existen obras de asociación directa, y estas contribuyen igualmente en una parte creciente a la revolución social. Es cierto que esas asociaciones de fuerzas entre pobres, agricultores o trabajadores industriales encuentran grandes obstáculos como consecuencia de la falta de recursos materiales de los individuos: la necesidad de ganarse el pan los obliga a casi todos, ya sea a abandonar el suelo natal para vender su fuerza de trabajo al mejor postor, ya sea a quedarse en él aceptando las condiciones, por mezquinas que sean, propuestas por los distribuidores de la mano de obra. De todas maneras son reducidos a la servidumbre, y la tarea cotidiana les impide hacer planes para el porvenir y elegir asociados a su gusto para la batalla de la vida. Así es que sólo de una manera totalmente excepcional pueden llegar a realizar una obra de pequeña escala, ofreciendo no obstante, en relación al mundo que los rodea, un carácter de nueva vida. Sin embargo, numerosos indicios de la sociedad futura se muestran entre obreros, gracias a las circunstancias propicias y a la fuerza de la idea, que penetra aun en los medios sociales pertenecientes al mundo de los privilegiados.

Con frecuencia se complacen en interrogarnos sarcásticamente sobre las diversas tentativas de asociaciones, más o menos comunitarias, ya realizadas en diversas partes del mundo, y seríamos poco juiciosos si la respuesta a estas cuestiones nos

molestara en algo. Es cierto: la historia de estas asociaciones da cuenta de muchos más fracasos que éxitos, y no podría ser de otro modo porque se trata de una revolución completa: el reemplazo del trabajo individual o colectivo en beneficio de uno solo, por el trabajo de todos en provecho de todos. Las personas que se agrupan para integrar esas sociedades con un nuevo ideal no están completamente despojadas de prejuicios, de prácticas antiguas y del atavismo inveterado; todavía no se han “despojado del viejo hombre”⁵⁰. En el microcosmos “anarquista” o “armonista” que han formado, han tenido que luchar siempre contra las fuerzas de disociación y disrupción que representan los hábitos, las costumbres, los lazos de familia, siempre tan poderosos, las amistades con sus edulcorados consejos, los amores y los celos feroces, la vuelta a las ambiciones mundanas, el deseo de aventuras, la manía del cambio. El amor propio y el sentimiento de dignidad pueden sostener a los iniciados durante algún tiempo, pero a la primera desilusión se dejan invadir fácilmente por una secreta esperanza: la de que la empresa no sea exitosa y que nuevamente se sumergirán en los flujos tumultuosos de la vida exterior. Se recuerda la experiencia de los colonos de Brook Farm en Nueva Inglaterra que, manteniéndose fieles a la asociación pero solamente por un lazo de virtud, por fidelidad a su primer impulso, no estuvieron por esto menos encantados de que un incendio destruyese su palacio societario, desligándolos así del voto contraído por ellos mediante una suerte de juramento interior, aunque diferente de las formas monacales. Evidentemente la asociación estaba condenada a perecer, aun sin que el incendio hubiera realizado el deseo íntimo de muchos, ya que la voluntad profunda de los asociados estaba en desacuerdo con el funcionamiento de su colonia.

Por causas análogas, es decir, por falta de adaptación al medio, la mayor parte de las asociaciones comunitarias han perecido: no estaban reglamentadas, como los cuarteles y los conventos, por la voluntad absoluta de jefes religiosos o militares y por la obediencia no menos absoluta de los inferiores, soldados, monjes o religiosas y, por otra parte, no tenían aún el lazo de perfecta solidaridad que da el respeto absoluto de las personas,

⁵⁰ Colosenses 3: 9. “No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos”. Reina-Valera revisión 1960. [N. de E.]

el desarrollo intelectual y artístico, la perspectiva de un gran ideal constantemente ampliado. Las ocasiones de disenti- mientos o aun de desunión son tanto más previsibles cuanto que los colonos, atraídos por el espejismo de una región lejana se diri- gen a una tierra totalmente diferente de la de la suya, en donde cada cosa les parece extraña y donde la adaptación al suelo, al clima y a las costumbres locales está sometida a las mayores incertidumbres. Los falansterianos que, luego de la fundación del segundo imperio, acompañaron a Víctor Considerant⁵¹ a las llanuras septentrionales de Texas, marchaban a una ruina segura, puesto que iban a establecerse en medio de poblacio- nes cuyas costumbres brutales y groseras debían necesariamente chocar con su fina epidermis de parisienses y porque entraban en contacto con la abominable institución de la esclavitud de los negros, sobre la cual hasta les estaba prohibido por ley expresar su opinión. Asimismo, la tentativa de *Freiland*, o de la “Tierra libre”, realizada bajo la dirección de un doctor austríaco y en comarcas sólo conocidas por vagos relatos y penosamente con- quistadas mediante una guerra de exterminio, presentaba a los ojos del historiador algo de bufonesco: era evidente por antici- pado que todo aquel conjunto de elementos heterogéneos no podían unirse en un conjunto armónico⁵².

Ninguno de esos fracasos puede desanimarnos, porque los es- fuerzos sucesivos indican una tensión irresistible de la voluntad social: ni los desengaños ni las burlas pueden desviar a los pione- ros. Además, ellos siempre tienen ante sus ojos el ejemplo de las “cooperativas”, las sociedades de consumo y otras, que también tuvieron comienzos difíciles y que actualmente, en gran número, han alcanzado una prosperidad maravillosa. Sin duda la mayor parte de esas asociaciones han tomado muy mal rumbo, sobre todo las que han sido más prósperas, en el sentido de que los beneficios realizados y el deseo de acrecentar su importancia han

⁵¹ El francés Victor Considerant (1808-1893) fue discípulo de Fourier y el principal divulgador de sus ideas. [N. de E.]

⁵² Reclus se refiere aquí a Theodor Hertzka (1845-1924) pensador de origen judío nacido en Budapest (en ese entonces parte del Imperio Austro- húngaro), autor de la novela utópica *Freiland, ein soziales Zukunftsbild*. En 1894, se intentó establecer en Kenia una comunidad basada en sus principios, intento que fracasó en parte debido a oposición de las autoridades coloniales inglesas. [N. de E.]

encendido el deseo del lucro entre los cooperativistas, o al menos los han alejado del fervor revolucionario de sus años jóvenes. Este es el peligro más temible, ya que la naturaleza humana está pre-dispuesta a recurrir a pretextos para evitar los riesgos de la lucha.

Es fácil que se limiten a su “buena obra” descartando las preocupaciones y los peligros que nacen de la devoción a la causa revolucionaria en toda su amplitud. Se dice que lo que importa ante todo es hacer triunfar a la empresa, en la cual el honor colectivo de un gran número de amigos se encuentra empeñado, y poco a poco se dejan arrastrar por las pequeñas prácticas del comercio habitual: tuvieron el firme propósito de transformar el mundo y, sencillamente, se transformaron en simples almaceneros. No obstante, los anarquistas estudiosos y sinceros pueden sacar provechosas enseñanzas de las innumerables cooperativas que han surgido por todas partes y que se agregan unas a otras, constituyendo organismos cada día más vastos, de modo que pueden abrazar las funciones más diversas, de la industria, del transporte, de la agricultura, de la ciencia, del arte y del placer y que se esfuerzan por constituir un organismo completo para la producción, el consumo y el ritmo de la vida estética. La práctica científica de la ayuda mutua se expande y se hace fácil; no queda más que darle su verdadero sentido y su moralidad, simplificando todo ese intercambio de servicios y no conservando más que una simple estadística de productos y consumo en lugar de todos esos grandes libros del “debe” y del “haber” devenidos inútiles.

Y esta revolución profunda no sólo está en vías de realizarse, sino que se realiza aquí y allá. No obstante, sería inútil señalar las tentativas que nos parece se aproximan más a nuestro ideal, porque sus probabilidades de éxito no pueden más que acrecentarse en tanto el silencio continúe protegiéndolas, si el sonido del reclamo no perturba sus modestos principios. Recordemos la historia de la pequeña sociedad de amigos que se habían agrupado con el nombre de *Comuna de Montreuil*. Pintores, carpinteros, jardineros, amas de casa, institutrices, a los que se les había metido en la cabeza simplemente trabajar los unos para los otros sin tener un contador como intermediario y sin pedir consejos al recaudador de impuestos ni al escribano. Quién tenía necesidad de sillas o de mesas iba y las buscaba en la casa del

amigo que las fabricaba; quién no tenía su casa en buenas condiciones le avisaba a un camarada que, al día siguiente, aportaba su pincel y la pintura. Cuando había buen tiempo se engalanaban con ropa limpia debidamente bien planchada por las ciudadanas; luego iban paseando a recoger verduras frescas a la casa del compañero horticultor; y cada día los chicos aprendían a escribir en la casa de la maestra. ¡Era demasiado hermoso! Semejante escándalo debía cesar... Afortunadamente un “atentado anarquista” sembró el espanto entre los burgueses y el ministro cuyo feo nombre recuerdan las “convenciones canallas” tuvo la buena idea de ofrecer a los conservadores, como presente de fin de año, un decreto de pesquisas y arrestos en masa. Los bravos comuneros de Montreuil fueron incluidos y los más culpables, es decir, los mejores, tuvieron que sufrir esa tortura disfrazada llamada instrucción secreta. Así mataron a la pequeña Comuna tan temida; pero no hay que temer, ella renacerá.





ELISEO RECLUS
a 19 anni



X

Últimas luchas. Futura coincidencia pacífica, por la anarquía, de la evolución y de la revolución. El orden en el movimiento.

Recuerdo, como si la viviera aún, una hora desgarradora de mi vida, cuando la amargura de la derrota sólo estaba compensada por la alegría misteriosa y profunda, casi inconsciente, de haber procedido siguiendo mi corazón y mi voluntad, de haber sido yo mismo, a pesar de los hombres y del destino. Ya ha transcurrido un tercio de siglo desde aquella época.

La Comuna de París estaba en guerra contra las tropas de Versalles y el batallón del que yo formaba parte había caído prisionero en la meseta de Châtillon. Era por la mañana; un cordón de soldados nos rodeaba y los oficiales burlones se pavoneaban delante de nosotros. Muchos nos insultaban; uno de ellos, que más tarde se convirtió sin duda en uno de los elegantes charlatanes de la Asamblea, peroraba sobre la locura de los parisinos, pero nosotros teníamos otras preocupaciones que la de escucharlo. Uno de entre ellos, el que más me golpeó, era un hombre lacónico, de mirada dura y con figura de asceta, probablemente un pequeño propietario del campo educado por los jesuitas. Se paseaba lentamente por el borde abrupto de la meseta y se destacaba en negro como una fea sombra sobre el fondo luminoso de París. Los rayos del sol naciente se extendían como un mantel dorado sobre las casas y las cúpulas: ¡jamás la hermosa ciudad, la ciudad de las revoluciones, me había parecido tan bella! “¡Miren a su París!” –nos decía el hombre sombrío mostrándonos con su arma el deslumbrante cuadro–. “¡Pues bien, no quedará piedra sobre piedra!” Y repitiendo de acuerdo con sus maestros esta frase bíblica aplicada antes a Nínive y Babilonia, el fanático oficial esperaba sin duda que su grito de odio fuera una profecía. París, sin embargo, no ha sido derribada; no solamente permanece “piedra sobre piedra”, sino que aquellos cuya existencia les hacía execrar a París, es decir, los treinta y cinco mil hombres degollados en calles, cuarteles y cementerios, no han muerto en vano y de sus cenizas han nacido los vengadores. ¡Cuántos otros “París”, cuántos otros focos de revoluciones conscientes han nacido en todo el mundo!

Dondequiera que vayamos, a Londres o a Bruselas, a Barcelona o a Sidney, a Chicago o a Buenos Aires, por todas partes tenemos amigos que sienten y hablan como nosotros. Bajo la gran fortaleza que han edificado los herederos de la Roma cesariana y papal, el suelo está minado en todas partes y en todas partes se espera la explosión. Se encontrarían aún, como en el siglo pasado, los Luis XV lo bastantes indiferentes que, encogiéndose de hombros, digan: “¡Después de mí, el diluvio!”. La catástrofe vendrá hoy, tal vez mañana. Baltasar está en el festín⁵³, pero sabe perfectamente que los persas están escalando las murallas de la ciudad.

Lo mismo que el artista que, pensando siempre en su obra, la tiene entera en su cerebro antes de haberla escrito o de pintarla, el historiador ve anticipadamente la revolución social: para él es ya cosa hecha. Sin embargo, nosotros no nos engañamos con ilusiones: sabemos que la victoria definitiva nos costará todavía mucha sangre, muchas fatigas y angustias. A la Internacional de los oprimidos se opone la Internacional de los opresores. Por todo el mundo se forman sindicatos para acapararlo todo, productos y beneficios, regimentando a todos los hombres en un inmenso ejército de asalariados. Y esos sindicatos de multimillonarios y de fabricantes, circuncisos y no circuncisos, están absolutamente seguros de que por la omnipotencia del dinero tendrán a su favor a los gobiernos y a su parafernalia represiva: ejército, magistratura y policía. Esperan, además, que por una habilidosa evocación de los odios entre razas y pueblos, conseguirán mantener a las masas explotadas en ese estado de ignorancia patriótica y boba que mantiene la servidumbre. En efecto, todos esos viejos rencores, esas tradiciones de antiguas guerras y esas esperanzas de revancha, esa ilusión de la patria con sus fronteras y sus gendarmes, y las cotidianas excitaciones de los chauvinistas de profesión, soldados o periodistas, aún nos presagian muchas penas; pero nosotros tenemos ventajas que no nos pueden arrebatar. Nuestros enemigos saben que persiguen una obra funesta y nosotros sabemos que la nuestra es buena; ellos se detestan y nosotros nos amamos; ellos pretenden ir a contrapelo de la historia y nosotros marchamos con ella.

⁵³ Según el relato bíblico el rey Baltasar de Babilonia profanó, al utilizarlos en un banquete, los vasos sagrados del templo de Salomón de Jerusalén, por lo que un dedo misterioso escribió en las paredes las palabras *Mene, mene, tequel, ufarsin*, las que traducidas por el profeta Daniel anunciaban el fin de su reinado a manos de Darío el Medo. [N. de E.]

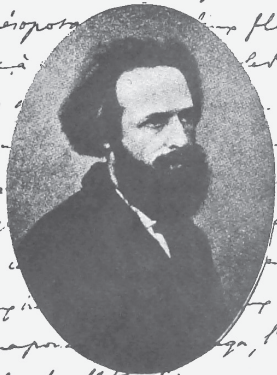
Así se anuncian los grandes días. La evolución se ha hecho, la revolución no tardará. ¿Acaso no se produce constantemente mediante múltiples sacudidas ante nuestros ojos? Cuanto más aprendan las conciencias, que son la verdadera fuerza, a asociarse sin abdicar, los trabajadores, que son los más numerosos, tendrán conciencia de su valor y las revoluciones serán tanto más fáciles y pacíficas. Finalmente, toda oposición deberá ceder y hasta ceder sin lucha. Vendrá el día en que la Evolución y la Revolución se sucederán inmediatamente, del deseo al hecho, de la idea a la realización; confundándose en un solo y mismo fenómeno. Así es como funciona la vida en un organismo sano, ya sea el de un hombre o el de un mundo.



Conférence 18

des fleurs jaunes Tige et l'Euphraise.

vous avez plusieurs fois parlé des deux
grandes fleurs qui naissent dans l'antiquité
et la Taurin aménis selon l'histoire
se confond avec celle des grandes nations
de la Mésopotamie. Les fleurs, le
Tigre, dans l'antiquité ou
le "Cours de" ... espallena,
reproduire de fleurs
pouvait appeler le
grand g... comme
m... l'anti
le Hoang... le
Brahmapou... l'Indus
et l'Inde le plus grand d'autres
exemples fameux.



Des fleurs, jaunes, le Tige
l'Euphraise, quel est le plus important ?
A cette question, il doit répondre naturellement
de répondre immédiatement que le
grand fleuve est l'Euphraise, car il est

ELISEO RECLUS
durante la sua detenzione nel 1871

ÍNDICE

Una historia de amor, de locura y de muerte Por Horacio R. Silva	9
Impresiones y recuerdos de Eliseo Reclus Por Luigi Galleani	45
EVOLUCIÓN, REVOLUCIÓN Y EL IDEAL ANÁRQUICO	55
Capítulo I	59
Capítulo II	65
Capítulo III	77
Capítulo IV	85
Capítulo V	99
Capítulo VI	109
Capítulo VII	121
Capítulo VIII	131
Capítulo IX	145
Capítulo X	159

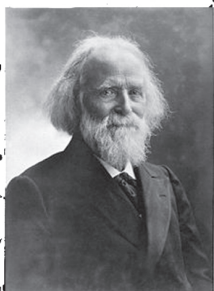


(Paris, en voyage)

Adressa ordinària Bonvicelli, 26 r. Villanò XIV
b. 88. 04

Mon cher camarade et ami

J'ai bien reçu la lettre que vous me
signalez dans votre lettre et je vous en
remercie très
les passages et
vous remercie
vous y exprimez
des bacheliers
souhaiter des
avec moi je
moral de la grande famille humaine



Quant à la lettre que vous me signalez
comme n'ayant été envoyée, il y a un an,
je l'avais également reçue et je m'occuperai
de vous en avoir remercié.

Très cordialement à vous et à toutes
causes universelles humanitaires.

Eliseo Reclus

ELISEO RECLUS
nell 1900

FINITO DI STAMPARE
NEL MESE DI OTTOBRE 1930

